



DE REPENTE SUCEDE

Dina Reed

**DE REPENTE SUCEDE
DINA REED**

©Dina Reed, septiembre 2017

©Todos los derechos reservados

Foto de portada: Fotolia

Queda prohibido reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente, por cualquier medio analógico o digital, sin permiso de la autora con la Ley de Derechos de Autor.

Los personajes que aparecen en la novela son ficticios, cualquier parecido con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

ÍNDICE

ÍNDICE

SINOPSIS

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[EPÍLOGO](#)

SINOPSIS

Peter Dune es el jugador del momento de la liga de fútbol italiana y lo tiene todo: guapo, talentoso, rico y famoso, pero a él lo que más le gusta es perderse con su cámara por el mundo, siempre que sus obligaciones deportivas se lo permiten, retratando desde el anonimato todo lo que le fascina.

Después de una dura y larga temporada, Peter tiene miles de invitaciones para disfrutar de sus vacaciones, si bien él pasa de mujeres y de fiestas en yates, y decide viajar solo por Estados Unidos para hacer lo que más le gusta.

En Seattle, una tarde en un parque retrata a una chica que llama completamente su atención y, cual no es su sorpresa que al día siguiente, se la encuentra en el hotel en el que se aloja.

Susan es camarera de planta en el mejor hotel Seattle, por nada del mundo quiere perder su trabajo, pero la llegada a su hotel de Peter Dune está a punto de revolucionarlo todo...

¿Qué sucede cuando una estrella del deporte pierde la cabeza por una chica normal? ¿Qué sucede cuando la chica normal se vuelve loca de remate y se deja llevar como nunca antes se atrevió a hacerlo?

Capítulo 1

La cometa de colores volaba cada vez más alto y a Tommy le chispeaban los ojos más que el sol que esa tarde brillaba con fuerza.

Después de unos días de lluvia plomizos y tristes, el sol de junio se había decidido a salir en el parque Gas Works de Seattle y la gente lo celebraba volando cometas, con picnics divertidos y largos paseos hasta la colina desde la que se veía cómo los barcos se deslizaban hasta el puerto.

Susan no tenía muchas ganas de salir, después de una semana de duro trabajo, lo que más le apetecía en su día libre era una buena sesión de series y *pelis* tumbada tan ricamente en el sofá de su casa.

Pero la había llamado Ketty...

Ketty era su compañera en el hotel en el que las dos trabajaban como camareras de planta, también libraba ese domingo, y no se le había ocurrido mejor plan que llevar a Tommy, su hijo de siete años, a que volara la cometa en el parque.

Ketty era madre soltera, el padre de su hijo la había abandonado cuando Tommy apenas tenía seis meses, y lo estaba sacando sola adelante con mucho esfuerzo y dedicación.

Menos mal que contaba con el apoyo de Susan, que siempre estaba ahí para echar una mano, ya fuera haciendo de canguro o ayudándole a pagar aquellos gastos extras que surgían de repente: una visita al dentista, unos medicamentos para las alergias, una equipación de fútbol...

Cuando tienes un hijo son todo gastos y más gastos y el sueldo siempre es el mismo... Afortunadamente, Susan era una chica desprendida y generosa que siempre aportaba lo que podía para que su mejor amiga pudiera respirar un poco tranquila.

Bueno, en realidad no mucho, porque Ketty estaba siempre agobiada, pero lo justo para que al menos sonriera de vez en cuando como esa tarde en la que estaban viendo cómo el pequeño Tommy volaba su cometa:

—¡Suelta hilo, campeón! —le gritó Susan, que estaba sentada junto a su amiga, sobre un pañuelo azul gigante que habían tendido en la hierba.

El niño obedeció y la cometa voló más alto todavía, mientras las dos chicas aplaudían emocionadas...

—Muchas gracias por hacernos tan felices, Susan... —masculló Ketty con los ojos vidriosos.

Susan se giró risueña y le replicó a su amiga:

—¿Se puede saber de qué estás hablando, Ketty? ¡Sois vosotros los que me hacéis felices a mí! Mi plan para hoy era vagar en el sofá y qué quieres que te diga... ¡Esto es mucho más divertido! —reconoció respirando hondo y dando un mordisco al sándwich que le había preparado su amiga.

—No te quites mérito, bien sabes que mi hijo tiene una cometa gracias a ti. Yo no puedo permitirme comprarle una... Y las gafas, ni te cuento... Si no llega a ser por ti, todavía estaría con las que rompió hace un mes, pegadas con papel celo... Te estamos tan agradecidos...

—¡Tú eres boba, Ket! —exclamó Susan dando un manotazo al aire—. ¡Lo hago encantada! Tú bien sabes lo que quiero a ese muchachito y a ti, por favor... No tienes que darme las gracias de nada. ¡Sois mi familia y la familia está para ayudarse! ¿Lo entiendes?

Ket asintió con los ojos llenos de lágrimas y entonces se fijó en que metros más allá, había sentado un joven atractivo, que no paraba de hacerles fotos.

—Oye ¿y ese?

Susan se volteó hasta el lugar que su amiga estaba señalando con el dedo y se percató de que había un chico que estaba disparándole fotos sin parar.

—¡Yo qué sé! ¿Por qué no deja de tirarme fotos?

—¡Te habrá confundido con una famosa! —respondió su amiga partida de risa.

Susan detestaba que le tomaran fotos, pero es que aunque le hubiera encantado, consideraba que lo de ese chico era una intromisión a su intimidad en toda regla, así que sin pensárselo dos veces, se levantó y se dirigió ofuscada hacia ese fotógrafo tan pesado...

Cuando Peter Dune vio cómo la chica que le había dejado completamente fascinado se estaba dirigiendo hacia, él se puso muy nervioso. Y no porque temiera que fuera una fan que le hubiera reconocido, sino porque esa chica le había despertado algo que le tenía muy... inquieto.

Bueno, tal vez inquieto no fuera la palabra, porque la presencia entera de esa mujer, de cabello ondulado y castaño, ojos verdes, boca deliciosa, cuello largo, pechos generosos y curvas perfectas por todas partes, le tenía con el corazón a mil y la sangre ardiendo.

Y más cuando a través de su objetivo vio que ya estaba justo frente a él, en jarras y preguntando:

—¿A ti qué te pasa conmigo, tío?

La respuesta de Peter fue disparar unos primeros planos, porque era imposible resistirse ante tanta belleza.

Esa chica era muy especial, tenía una belleza de verdad, auténtica, algo puro e inexplicable que no tenía nada que ver con las bellezas al uso, con la legión de muñecas de plástico que le acosaban a todas horas.

Esa chica era diferente, llevaba una sencilla camiseta blanca y unos vaqueros, apenas un poco de brillo en los labios, pero sus ojos brillaban de una forma tan intensa, el color de su piel destilaba tanta vida y su cuerpo se movía de tal forma, entre sinuosa y salvaje, que le provocó una tremenda erección.

—¡Maldita sea! —gruñó Peter, sin dejar de disparar con su cámara.

—¿Cómo dices? —inquirió la chica más ofuscada todavía.

Susan estaba frunciendo el ceño, tenía el rostro en tensión, pero aún así a Peter le pareció que era la chica más hermosa que había visto nunca.

—Joder... Eres tan preciosa... —susurró con una sonrisa de oreja a oreja.

Él que recorría el mundo buscando belleza, la belleza del mundo donde quiera que estuviese, en una flor, en una puesta de sol, en un mar que ruga, de repente lo tenía todo ahí... Frente a él...

Porque esa chica lo tenía todo, a sus ojos, era todo lo que merecía la pena en este jodido mundo.

Pero ella ajena a los pensamientos de Peter Dune, solo pudo replicar tremendamente enfadada:

—¡Pero se puede ser más insolente! ¡Deja de hacerme fotos de una puñetera vez!

Susan soltó un manotazo para que ese tío bajara la cámara, pero Peter fue rápido de reflejos, que por algo era el delantero más hábil de la liga de fútbol italiana, y dio varios pasos atrás:

—¿Cómo voy a dejar de hacer fotos a lo más bonito de Seattle? —replicó Peter, divertido, sin dejar de hacer fotos.

—¿Te estás burlando de mí? ¿A qué juegas, tío? No me toques las narices que llamo a seguridad.

—Ojalá fuera un juego, pero esto es demasiado importante y serio... —replicó Peter tragando saliva.

Susan bufó... desesperada:

—Tú estás mal de la cabeza, ¿es eso no? ¿De qué psiquiátrico te has escapado?

—Al psiquiátrico es donde voy a tener que ir porque me acabas de dejar loco de remate —respondió mientras hacía un primer plano a los ojos verdes de Susan, intensos, profundos, misteriosos.

—¿Quién yo?

—Tienes una belleza tan auténtica, eres tan especial, desprendes tanto misterio, fuerza, fuego, dulzura, sensualidad... Supongo que estarás harta de que te lo digan.

A Susan no le habían dicho nada parecido jamás, es más se tenía por una chica normal y corriente, del montón, que no había despertado en su vida nada semejante en ningún chico.

Había tenido tres novios, que tampoco es que hubieran sido demasiado efusivos, tal vez le habían dicho alguna vez que estaba bonita si estrenaba un vestido nuevo, pero nada más...

Y qué más daba. Ella era una chica que detestaba las frivolidades de la moda y de la belleza, su única preocupación era transmitir un aspecto pulcro, fresco y aseado. Lo demás le importaba un bledo...

Así que si ese tío pensaba que iba a ablandarse por cuatro zalamerías, iba listo. Le funcionaría con otras, pero con ella no. Y es que a pesar de que tenía el rostro tapado por la cámara, el chico tenía un cuerpazo, un pelo bonito y unas manos fuertes y anchas. Seguro que estaba acostumbrado a soltar cuatro bobadas y que las tías cayeran a sus pies. Pero ella no era así...

Por eso, se puso más seria que nunca, le apuntó con el dedo índice y le lanzó un ultimátum:

—Deja de cachondearte de mí y lárgate de una vez...

Capítulo 2

Lo que menos quería Peter Dune eran líos, sobre todo con la prensa deportiva, que estaba siempre al acecho de cualquier chisme con el que rellenar páginas de periódicos y horas de programas de televisión.

Solo le faltaba que llegara a Italia la noticia de que estaba pasando sus vacaciones acosando a pobres americanas en los parques, así que no le quedó más remedio que dejar de disparar, muy a su pesar porque esa chica le tenía completamente trastornado y mascullar bajando la cámara:

—No me estoy burlando de ti, te digo la verdad. Me has llamado muchísimo la atención, pero tranquila y perdona si te he incomodado.

Susan se envaró y respondió airada:

—Me has tocado las narices, ¡y mucho!

Peter se revolvió el pelo con la mano, carraspeó un poco y susurró:

—Lo siento, de verdad. Es que era difícil resistirse a tanta belleza...

—Y dale... —bufó la chica.

—Por favor, discúlpame. Ya me voy...

Peter bajó la mirada y Susan tuvo que reconocer que el chico estaba para caerse de espaldas, tenía unos ojos verdes que eran para embrujar a cualquiera, una nariz recta y orgullosa y una boca gruesa por la que cualquiera habría perdido la cabeza.

Menos ella, sí porque Susan no entendía a esa gente que perdía el norte por una sonrisa bonita, unos ojos dulces o unos andares sugerentes. Ella no creía en los flechazos ni en esas milongas en las que creían los ingenuos y los soñadores.

Ella era demasiado realista, su vida era lo suficiente dura como para tener los pies en el suelo y muy bien puestos.

Y es que desde muy pequeña había tenido que aprender a sacarse las castañas del fuego sola, porque sus padres se habían divorciado cuando apenas era un bebé y ambos habían decidido rehacer sus vidas en distintas partes del mundo, uno en Australia y la otra en Chile, por lo que ella había quedado al cuidado de su abuela Thelma.

La abuela Thelma era una mujer trabajadora y fuerte, una modista que se había dejado las pestañas por sacar adelante a su nieta, trabajando de sol a sol, muy duro.

Desde que Susan tenía uso de razón recordaba el sonido de la máquina de coser de su abuela, a la que permanecía aferrada de día y de noche.

Pero la verdad era que los ingresos de la abuela como modista de barrio eran muy modestos, sacaban lo justo para pagar el alquiler, la luz y la comida, poco más...

Por eso, Susan empezó a trabajar desde muy pronto, repartiendo periódicos, cuidando niños, sacando perros, limpiando casas, empleándose en hamburgueserías y últimamente trabajando como camarera de planta en el mejor hotel de Seattle.

Susan había trabajado en todo lo que le salía y además no había dejado de estudiar, con mucho esfuerzo y dedicación, en el turno de la noche, con tan buenos resultados que había logrado llegar a la Universidad, donde estaba a punto de terminar la carrera de Fisioterapia.

Desde siempre le había interesado ese campo, sobre todo para intentar ayudar a calmar los dolores de su pobre abuela, que con tantas horas de trabajo, tenía todo fatal, la espalda, los hombros, los codos, las muñecas...

Todo lo que aprendía en sus estudios lo aplicaba con su abuela, que sí que notaba mejoría porque Susan era una estudiante modelo y una futura fisioterapeuta excepcional.

Eso sí, para pagarse los estudios y a pesar de que había conseguido algunas

becas, se había entrampado en créditos por unos cuantos años. Pero todo merecía la pena, trabajaría duro y acabaría haciendo realidad su sueño: comprar una bonita casa con jardín para ambas y tener una profesión que la llenaba como nada en el mundo.

Así que alguien con las cosas tan claras, *¿cómo iba a perder el tiempo en bobadas como romances o flechazos a primera vista?*

Ella desde luego que no...

—¡Genial! A ver si puedo seguir disfrutando de mi día libre —le espetó al chico, enfurruñada.

—A mí en cambio me va a pasar lo contrario...

—¿Qué? ¿Cómo dices?

—Que al dejar de verte se va a echar a perder mi día...

Susan se echó a reír y dando un manotazo al aire, bromeó:

—Ah sí, seguro que sí, espera que me lo creo.

—Te digo la verdad, pero da lo mismo. Ha sido un placer —reconoció esbozando una tímida sonrisa.

—No puedo decir lo mismo.

—No sabes cuánto lo siento, pero es que no he podido controlarme. ¿No te pasa? ¿Cuándo estás ante algo bonito no te sucede que no puedes parar de tirarle fotos?

—Menos rollos, tío. No he venido al parque a ligar.

—Yo tampoco, te estoy diciendo la verdad.

Susan estaba a punto de perder la paciencia y, muy nerviosa, le advirtió:

—La verdad es que me estás haciendo perder el tiempo de una forma estúpida. No te quiero volver a ver haciéndome fotos o tendré que avisar a Seguridad. ¿Estamos?

Peter sintió una tristeza extraña, que no entendía bien pero sabía que estaba tirando de la cuerda demasiado, que como siguiera un instante más frente a

esa a belleza iba a tener problemas serios.

—¡Hasta siempre! —se despidió alzando una mano y abandonando el lugar con un aire de derrota.

Susan, en cambio, resopló aliviada y regresó junto a su amiga que contemplaba divertida la escena:

—Y eso que no querías venir, pillina... ¿Te ha dado el teléfono? —preguntó Ket con curiosidad.

—Tía, ¿cómo se te ocurre? ¿Cómo le voy a dar mi teléfono a un tío que no para de hacerme fotos? ¡Debe ser un chiflado!

—Está buenísimo. ¿Tú has visto bien qué tipazo tiene? ¡Y qué cara! Ese tío es un monumento, chavala.

—Tú y tus frivolidades. En la vida hay cosas mucho más importantes que un físico...

—¿Ah sí? ¿Cuáles? ¿La billetera? Jajajajaja. Pues ese tío llevaba una cámara que debe valer un riñón y calzaba unas zapatillas deportivas que deben costar más de 500 dólares. ¡Y la cazadora vaquera era de Armani!

—Ni soy frívola ni materialista. Y menos aún caigo rendida ante ligones baratos...

—¿Ese pedazo de tío se ha puesto a ligar contigo? ¿Qué te ha dicho?

—Chorradas. Que poseo tal belleza que no ha podido resistirse a retratarme...

Ketty se revolvió un poco, emocionada y con los ojos chispeantes, dijo:

—Es que eres muy bonita, amiga. Y eso que no te cuidas nada...

—Como sano, me cuido, lo que no hago es subirme a tacones de infarto ni salgo a la calle pintada como una puerta.

—Tienes una belleza natural que ya quisieran muchas y ese chico se ha quedado fascinado, es algo normal... Tenías que haberle dado una oportunidad.

—¿Oportunidad de qué? ¿De llevarle a mi casa para que acabara retratándose en pelotas?

—Hombre si es lo que quieres... Jajajajajaja. ¿Hace cuánto que no te pegan un buen polvo? Porque ese tío está para un polvazo de muerte...

—Ssssssssssssh. ¿Te quieres callar, descarada? ¿No ves que nos puede escuchar Tommy?

—Está concentrado en la cometa, ni nos escucha... Venga dime... ¿Hace cuánto?

—¡Déjame en paz!

—Jajajaja. Ni te acuerdas, ya te lo digo yo: siglos. Hija, deberías permitirte una aventura de vez en cuando. Y ese chico era ideal, parecía extranjero, guapo, con pasta... Te lo tiras y punto. Te das el gustazo y luego si te he visto no me acuerdo. Yo no puedo hacerlo por el niño, porque estoy atada de pies y manos, pero anda que si fuera soltera... Madre mía, me iba a poner las botas...

—A mí el sexo por el sexo no me interesa, ya lo sabes. Y no sé qué hacemos hablando de esto... Yo jamás tendría nada con un tío que aparece de la nada para hacerme fotos sin parar. ¡No estoy tan loca!

—Pues yo creo que es lo que te falta, Sue... Un poquito de locura en tu vida...

Susan negó con la cabeza y, con toda la seguridad del mundo, replicó ajena a lo que la vida le tenía deparado:

—No, gracias. Estoy genial como estoy...

Capítulo 3

Peter después de abandonar el parque, se metió en un bar a tomarse una cerveza bien fría para quitarse el mal sabor de boca que le había dejado el encuentro con esa chica.

Se sentía un imbécil, las cosas podían haber sido de otra manera, pero por culpa de su impulsividad y su impaciencia, solo había conseguido molestarla.

Y podía haber sido peor, si hubiese llegado a llamar a Seguridad con toda la razón del mundo, porque se había pasado con su obsesión de retratar la belleza allá donde surgiese.

Esa chica no era una nube que pasa, una sombra extraña que se refleja alargada con la última luz de la tarde o un viejo que dormita en un vagón de tren de cercanías.

O sí, se podía haber conformado con haberle tirado un par de fotos y seguir con su paseo, pero se había pasado mil pueblos y el precio era que estaba tomándose una cerveza bien fría, solo y con una música deprimente de fondo, que le hizo sacar un billete, dejarlo en el mostrador y salir corriendo del lugar, con la cerveza todavía a medias.

Después, con esa sensación de que era el tío más estúpido del universo, se refugió en el hotel y bajó al gimnasio a machacarse en una dura sesión de entrenamiento.

Estaba de vacaciones, pero daba lo mismo. Él nunca dejaba el ejercicio físico, y ese día además por duplicado, pues a la sesión matinal, sumaba esa de tres horas que le dejó completamente molido.

Luego, llamó al servicio de habitaciones, se pidió una hamburguesa con todo y una copa de vino y se puso una película de acción en un vano intento de no pensar en nada.

Pero no lo logró, como tampoco lo había conseguido cuando se había metido una paliza tremenda en el gimnasio, ni a esa hora en la que debería estar durmiendo y sin embargo estaba pensando en ella.

La chica de las fotos, la desconocida de la que no sabía ni siquiera el nombre, pero en la que no podía dejar de pensar.

Harto de sentirse un completo gilipollas, se levantó de la cama y se dirigió a por la cámara con la intención de borrar todas las fotos. Como si así, con ese gesto rápido y pequeño, pudiera acabar con esa estúpida obsesión de una vez.

Sin embargo, sucedió al revés, no le bastó más que ver una foto para quedarse otra vez fascinado con aquellos ojos verdes, con esa boca, con ese cuerpo que incitaba a todo...

Y se puso duro como una roca.

Maldita sea, pensó. Acariciando el botón de borrar, pero sin ninguna gana de deshacerse de aquella foto. Ni de esa, ni de las siguientes que siguió pasando extasiado...

Porque a esa chica la cámara la quería, tenía algo especial que era muy difícil de encontrar, era dulce pero a la vez fuerte, tenía ángel pero también una parte misteriosa y un poco oscura, tremendamente *sexy*.

Su mirada era inteligente, más que eso, ocultaba una sabiduría como ancestral, y su boca... La boca era una invitación a las más ardientes de las lujurias, por no hablar de sus pechos que le parecieron perfectos para correrse entre ellos, o su culo redondo y prieto que tuvo que apartar de su vista, porque las fantasías que se le vinieron a la cabeza estaban a punto de romperle los calzoncillos.

Bufando de puro deseo, apartó la cámara a un lado y se tumbó en la cama sin poder dejar de pensar en esa chica.

¿Por qué la vida era tan puta?, pensó. *La única mujer que le había vuelto*

loco en los últimos tiempos, era una desconocida que no iba a volver a ver más en su vida. Una chica normal, con una vida normal, sensata, prudente, juiciosa, inteligente, bonita y jodidamente sexy. Justo el tipo de mujer que llevaba toda la vida esperando y justo el tipo de mujer que pasaba completamente de él.

Y además no le había reconocido, al contrario que las otras chicas europeas, que en cuanto se percataban de quién era, les faltaba tiempo entregarse sin más, esta chica no tenía ni idea de quién era y le había puesto en su sitio como merecía.

Le gustaban las mujeres así, con carácter, con orgullo, con garra, con determinación... Mujeres que no perdían la cabeza de repente por el cuerpo de un futbolista de élite y mucho menos por su billetera.

Y la chica del retrato tenía pinta de ser así, esa chica estaba convencido que era de las que se entregaba de verdad, por un sentimiento puro y auténtico, y no por el mero interés.

Pero la había perdido y ya nada se podía hacer, pensó Peter resoplando.

Después, cerró los ojos y dejó la mano posada sobre la erección que pujaba entre sus piernas.

Estaba muy caliente, como no recordaba haberlo estado en un montón de tiempo, y eso que tenía muchas amigas con las que tenía sexo cuando le apetecía.

Pero eran solo eso, amigas en las que podía confiar por su absoluta discreción y con las que pasaba un rato agradable. Nada más.

Con las desconocidas no tenía absolutamente nada, no se fiaba de ninguna. Era triste pero era así, después de ver los líos en los que estaban metidos algunos de sus compañeros, casados incluso, con los polvos de una noche, que luego habían ido raudas y veloces a vender las conversaciones de wasaps y videos comprometidos, a las cadenas y revistas de cotilleo, él no se

arriesgaba en absoluto.

Tampoco era que le gustasen demasiado las fiestas, pero si coqueteaba con desconocidas, jamás se las llevaba a la cama. Ni siquiera permitía que se la chuparan en el coche o pegarlas un polvazo rápido en los baños, prefería reprimirse y dejar los contactos más íntimos para sus amigas de confianza, esas que sabía que jamás le iban a vender por un puñado de billetes.

No obstante, con la chica de la foto hubiese sido distinto, con ella habría tenido lo que hubiese querido, desde una charla estimulante delante de un par de pintas de cerveza, hasta un polvo salvaje en cualquier lugar donde les hubieran asaltado las ganas.

Porque ganas las tenías todas, incluso en ese momento en el que estaba tumbado solo en su hotel y en el que solo de pensar en ella, se había puesto tan caliente, que se arrancó los calzoncillos, tomó la erección con la mano, y comenzó a masturbarse de una forma dura y desesperada.

Ver, para creer. Uno de los hombres más deseados del mundo, estaba solo en un hotel de Seattle haciéndose una paja como un adolescente en celo.

Él que podía levantar el teléfono y tener a quien quisiera, incluso a Mandy Strauss, una actriz de moda que era de las pocas que sabía que estaba en Seattle y que no había dejado de enviarle wasaps, desde que había llegado a la ciudad.

Sin embargo, no quería complicaciones, ni iba a exponerse a que le vendiera cualquier chica con ganas de hacerse con un dinero fácil, ni mucho menos a tener un lío con Mandy Strauss que llevaba todo el día ochenta paparazzi pegados a los talones.

Y eso que reconocía que era una chica talentosa y bonita, con un sentido del humor maravilloso, pero no le gustaba lo suficiente como para dar el salto y arriesgarse.

No encontraba que pudiese tener con ella nada más que una amistad y tal

vez sexo de tanto en tanto... Pero nada más...

Así que nada mejor para quitarse todo ese deseo de encima que el autoerotismo y caer en un sueño profundo, sin más complicaciones.

O eso creía porque la cosa no fue tan fácil, pues por la mente de Peter empezaron a pesar escenas de lo más calientes, protagonizadas por la chica de las fotos y él, los dos juntos follando incansables, en todas las posturas posibles y devorándose hasta el último centímetro de la piel.

Es más, su mente voló tan lejos, se desató tal locura hot en su cabeza, que acabó sucumbiendo a un orgasmo tan feroz que le hizo gritar como no recordaba.

Luego, se quedó dormido pensando en esos ojos verdes que le habían hechizado tanto que dolía y en la boca que en sus fantasías le había llevado al séptimo cielo, sin apenas sospechar la sorpresa tan grande que la vida le tenía deparado apenas el día despuntara...

Capítulo 4

A pesar del incidente con el tipo de las fotos, Susan había pasado una tarde estupenda con Ket y Tommy, en la que había desconectado de todo por unas horas y que le había permitido volver al trabajo al día siguiente con las pilas cargadas.

Eran las siete de la mañana, cuando Susan empezó su jornada laboral en el hotel, en las habitaciones de la séptima planta, que habían ocupado unos ejecutivos de Boston que habían acudido a una convención y que habían sido los primeros en abandonar las estancias.

Lo que ella no sabía era que en esa misma planta, al fondo del pasillo en el que se encontraba, le esperaba una sorpresa que en ese instante ni podía sospechar...

Esa sorpresa se llamaba Peter Dune, que apenas había pegado ojo en toda la noche y que acababa de decidir que lo mejor era darse una buena ducha, desayunar en la cafetería del hotel y luego salir a correr un rato por los alrededores.

Después, una visita al Museo *Chihuly Garden and Glass* y más tarde almorzar en algún lugar donde sirvieran unas buenas hamburguesas, que para algo estaba de vacaciones...

No estaba nada mal cometer algún que otro exceso de vez en cuando... Pero solo con la comida, y tampoco era tanto exceso porque Peter corría por las mañanas y se mataba en el gimnasio por las tardes.

Él era sumamente responsable, todo lo hacía con mesura aunque *de haber tenido cerca a la chica del retrato, con ella habría sido de todo menos comedido*, pensó aquella mañana mientras se duchaba.

Y es que no podía quitarse de la cabeza a esa chica, a pesar de que sabía

que era algo completamente absurdo y que no llevaba a ninguna parte.

Pero su cabeza era así de terca y no paraba una y otra vez de recordar esa figura salvaje, ese precioso rostro, esa voz que acariciaba el alma...

—Joder, qué me está pasando —dijo mientras se enjabonaba el pecho y sentía de nuevo una tremenda erección pujando entre sus piernas.

Desesperado, terminó de enjabonarse y luego abrió el agua fría a ver si aquello bajaba de una vez, pero no lo logró porque estaba duro como una roca.

—Maldita sea —rugió dándose unos golpecitos en el miembro.

Luego se secó con una toalla esponjosa y blanca, se peinó, se lavó los dientes y se vistió con unos *jeans*, que le costó bastante abrochar dado el abultamiento de su entrepierna, y finalmente se puso una camiseta negra.

—Esto es ridículo, ni que tuviera quince años... —masculló furioso consigo mismo, porque no entendía cómo esa chica le ponía tener así.

Reconocía que era una chica especial, diferente, bonita, auténtica, *pero ¿eso era para empalmarse cada vez que pensara en ella?*

Tal vez era la falta de sexo, hacía más de seis semanas que no lo hacía, la última vez había sido con Pat, una de las amigas a las que llamaba cuando el cuerpo le pedía guerra. Había sido divertido, Pat era una chica con mucha experiencia a la que le gustaba jugar duro en la cama. Era atrevida, morbosa, sensual y le fascinaba explorar sus límites. Además era muy discreta y tenía una conversación amena, no se podía pedir más. Con ella podía abrirse, contarle sus cosas, tener una comida agradable y luego echar un buen polvo que les dejaba más que aliviados.

Los dos estaban encantados y los dos sabían que no había nada más. Lo tenían clarísimo y no había ningún temor a que cualquiera de los dos se enganchara o cruzara ciertas líneas, porque ambos sabían a ciencia cierta que aquello no era amor.

No sentían todo eso que había que sentir para que esa relación fuera más allá y era muy reconfortante para ambos. Cuando se juntaban sabían a lo que iban y lo que buscaban...

Por eso, Peter estaba tan incómodo con lo que estaba sintiendo aquella mañana, esa obsesión, esos pensamientos recurrentes, esa estúpida desazón en el estómago por esa chica a la que no iba a ver nunca más en su vida.

¿Se podía tener más mala suerte?

Él, el futbolista de éxito, el hombre que se suponía que deseaban miles de mujeres, estaba pasando sus vacaciones solo, y colgado de una chica que había visto en un parque.

Patético, pensó.

Acto seguido, para no seguir compadeciéndose de sí mismo, abrió la puerta de la habitación y salió de allí pitando, sin apenas sospechar lo que le esperaba al final de pasillo.

Porque justo cuando Susan salía de terminar de limpiar la primera de las habitaciones de los ejecutivos de Boston, se percató para su más absoluto asombro de que el tío del parque se estaba acercando a ella:

—No puede ser... —farfulló Susan, nerviosa, aferrada al carrito de la limpieza.

Y Peter, alucinado también o más que la chica, tuvo que pestañear unas cuantas veces para asegurarse de que no estaba soñando.

—Esto no me puede estar pasando a mí... —masculló tragando saliva y sin dejar de caminar hacia ella.

Susan, resignada a lo irremisible, respiró hondo, se colocó bien la cofia, se planchó el delantal con la mano y, levantando bien la barbilla, siguió empujando el carrito hasta la siguiente habitación que tenía que limpiar.

Y Peter, con el corazón latiendo con fuerza, y muerto de los nervios continuó caminando hacia ella, despacio y tan ilusionado que creyó que hasta

iba a marearse.

Luego, cuando llegó a su lado, cuando un perfume a rosas frescas le invadió por completo, habló con todo el aplomo del que pudo hacer acopio:

—Buenos días, yo no creo en las casualidades ¿y tú?

Susan que acababa de parar el carrito frente a la puerta de la habitación que tenía que acondicionar, se limitó a responder muy seria:

—Buenos días, estoy trabajando. Si me disculpas...

Susan sacó una tarjeta con la que abrió la puerta de la habitación y Peter, que no podía permitir que esa chica se fuera de su vida otra vez, murmuró angustiado:

—Por favor, tenemos que hablar...

Susan le miró con el ceño fruncido y replicó severa:

—Estoy trabajando, no me pagan para hablar. Dispongo de dos horas para terminarme toda esta planta. No puedo demorarme ni un segundo. Así que no insistas...

Susan entró en la habitación empujando el carrito y Peter se metió detrás, cerrando la puerta tras él.

—¿Qué estás haciendo? ¡Abre ahora mismo la puerta! —exigió la chica, con determinación y sumamente enojada.

¿Pero qué se creía ese tipo que porque fuera atractivo, muy atractivo, y tuviera la pasta suficiente como para alojarse en un hotelazo de cinco estrellas iba a perder la cabeza por él?

—No te asustes, por favor.

—No estoy asustada, tengo un cabreo tremendo que no es lo mismo. Y como no salgas ahora mismo de aquí, yo mismo te echaré a palos... — aseguró blandiendo el palo de la fregona.

—¡Menudo carácter tienes, chiquilla! —exclamó Peter, divertido.

—Mira, tío, no me toques las narices. Sal, de una vez o no respondo... —

dijo levantando el palo sobre la cabeza de Peter.

—Mis rivales te lo agradecerán más si me das en las piernas, suelo ser más efectivo con ellas... —ironizó arqueando una ceja.

—¿Tus rivales? —replicó parpadeando muy deprisa—. ¡Tú estás chiflado! Venga... Coge la puerta y sal de aquí...

—Antes tengo que hacer una cosa o moriré... —susurró Peter, poniendo una cara muy rara.

Susana tragó saliva y dijo confundida:

—¿El qué?

Peter ni se lo pensó, como buen goleador sabía que las grandes ocasiones no había que desaprovecharlas y esa era una de ellas. Así que recorrió los apenas tres pasos que le separaban de la chica y, sin que ella pudiera reaccionar, la tomó de la cintura, la estrechó fuerte contra él y la besó en los labios...

Fue algo rápido, apenas un instante, pero fue lo suficiente húmedo, intenso y *sexy* como para que la sangre de la chica ardiese entera.

Luego Peter se apartó y se marchó de allí sin decir absolutamente nada: su beso ya había dicho bastante.

Capítulo 5

Susan se pasó lo que le quedaba de jornada laboral intentando reponerse del beso, pero fue imposible. Ese tío besaba demasiado bien, más que bien, era un jodido crack de los besos... Y eso que solo le había besado unos instantes, si hubiera durado un poco más no quería ni pensar en cómo habría terminado aquello.

Madre mía, pensó, qué locura era esa y qué mala suerte la suya que de todos los hoteles de Seattle ese tío hubiese ido a parar al suyo. Pero no iba a volverse a repetir, eso lo tenía clarísimo porque iba a evitar la séptima planta fuera como fuese, así tuviese que suplicar a su jefa Daisy de rodillas que le librara de ese tormento los días que ese tío estuviera hospedado en el hotel.

De hecho, lo primero que hizo en cuanto terminó con las tareas del día, fue buscar a su jefa y contarle lo que había sucedido:

—Mañana dame otras plantas, menos la siete, por favor, te lo suplico. Está alojado un tío que conocí ayer en el parque y no le soporto...

Daisy una mujer mayor, a la que apenas le quedaban unos meses para jubilarse, se partió de risa al escuchar ese relato:

—A ver, a ver, jajajajaja. Cuéntame más, muchachita que esa historia me gusta...

Susan desesperada, agitó la cabeza y luego replicó nerviosa:

—¿Cómo te va a gustar esa historia? Estaba en el parque con mi amiga y su hijo, que estaba volando una cometa, y nos percatamos de que había un tío que no paraba de hacerme fotos.

—Mira que si es un fotógrafo famoso y estás a punto de ser lanzada al estrellato... —comentó Daisy entre risas, frotándose las manos.

—¡Daisy, por favor! Que esto es muy serio...

—Ya veo ya. Y ahora dime que ese joven es guapo, para que el cuento de hadas sea completo...

Susan resopló, se encogió de hombros y habló agobiada por la situación:

—Es guapo, sí, y no sé a lo que se dedica. Lo único que sé es que tuve que pedirle que dejara de hacerme fotos, pero se puso de un pelma que ni imaginas. ¡Y para colmo me lo encuentro hoy en el hotel y en la mejor habitación! El tío desde luego tiene buen gusto...

—¿Y ha pasado algo? —preguntó Daisy intrigada.

A Susan le daba vergüenza contar lo del beso a su jefa, ese pedazo de beso que le había vuelto del revés, así que prefirió obviar ese asunto y responder:

—No, no. Nada. Pero no quiero no volver a toparme con él.

—El joven ha tenido un flechazo contigo —sentenció Daisy sin inmutarse.

—¡Daisy, por favor! ¡Que te tengo por una mujer sensata y juiciosa! ¿Tú crees en esas bobadas de flechas y Cupidos?

—Y en los unicornios —repuso muy seria.

A Susan no le quedó más remedio que echarse a reír, tenía muchísima suerte con su jefa, una mujer exigente y puntillosa con las cosas del trabajo, como era ella que le gustaba siempre dar al máximo, y además una mujer justa, generosa y con un gran sentido del humor.

—Yo no sé qué película se le está pasando por la cabeza a ese tipo, pero antes de que esto pueda ir a más, prefiero cortarlo de raíz.

—¿Qué película se le va a pasar? Le has gustado muchísimo y encima no has caído rendida a sus encantos de joven guapo y millonario. ¡Le tienes en el bote!

—¿Qué?

—Nena, eso les encanta a los hombres, todos son cazadores, no hay nada que le fascine más que perseguir a una buena presa...

—¡Lo que me faltaba! O sea que ahora soy una presa... ¡Razón de más para que me saques de la planta séptima!

—Como que no te va a buscar... Además ¿no has escuchado hablar del destino? —comentó Daisy achinando los ojos.

—¿También crees en el destino? ¡Lo que no entiendo es cómo siendo tan romántica sigues todavía soltera!

—Precisamente por eso, porque sé perfectamente lo que busco y aún no ha aparecido. Pero ya vendrá, ya... Aunque espero que se dé prisita porque a este paso me va a pillar con ciento y pico de años...

—Jajajaja. Eres tremenda, Daisy. Bueno, ¿entonces me libras de la puñetera planta siete?

—Es la mejor planta, tú lo sabes, si tuviera dinero me hospedaría justo en esa planta y precisamente en la habitación de ese joven que es la que tiene mejores vistas...

—Bueno, como nunca voy a tener dinero suficiente para hospedarme en este hotel, la verdad es que nunca me he parado a pensar dónde me alojaría. ¿Bueno entonces me liberas de la planta siete, verdad?

—¿Y si te estás perdiendo la oportunidad de conocer a alguien que merece la pena? —inquirió Daisy, haciendo de abogada del diablo.

—¿Lo dices porque debe ser un tío con dinero? ¡No me ofendas, Daisy! No soy esa clase de chica que pierde la cabeza por un tío con una buena billetera...

—Buena billetera, buen cuerpo, bonita cara y encima besa de maravilla...

—¿Qué dices de besos? ¡Estás como una regadera! ¡Perdona que te lo diga!

—¿Qué forma es esa de tratar a tu jefa, niña? —replicó Daisy, entre risas—. Mira, cariño, a mí no me puedes engañar, tienes una carita que hacía tiempo que no te había visto. Tú estás como en las nubes y eso solo ha podido

ser culpa de un beso...

—Lees demasiada literatura romántica —murmuró Susan, dando un manotazo al aire.

—Lo que tú digas, cielo. Pero tiempo al tiempo... Te cambio con Ketty, mañana será ella la que se encargue de la planta séptima, pero recuerda que el destino es inexorable. Lo que es para ti, será para ti por mucho que te escondas, que patalees o que te resistas. ¿Estamos?

Susan asintió con la cabeza, mientras pensaba que el destino no podía tenerle deparado un gran amor, justo cuando estaba a punto de terminar la carrera y de empezar a cumplir tantas de sus metas.

—Sí, pero sé muy bien lo que quiero. Ahora necesito concentrarme totalmente en terminar la carrera y en preparar mi futuro profesional. Es para lo que llevo luchando mucho tiempo y no estoy dispuesta a que un amorcito me desvíe de lo que quiero.

—Todo es compatible, querida. Es más, con el corazón pleno y feliz, tú futuro profesional será mucho más brillante. Ya lo verás...

—Si tú lo dices, pero me temo que eso no va conmigo.

—Ya veremos, Sue. Ya veremos...

Y justo en ese instante apareció Ketty que acababa de cambiarse e iba con muchísima prisa a recoger a su hijo al colegio.

—¿Todo bien, chicas? Yo me voy pitando que no llego al cole...

Susan miró el reloj y vio que también se le hacía tarde para ir a comer a casa, cambiarse y luego ir a la Universidad para asistir a su último día de clase.

—¡Yo también me voy! ¡Que descanses, Daisy!

Las chicas se despidieron, luego caminaron juntas hasta la parada del autobús, pero el de Ketty llegó al momento y Susan no tuvo tiempo de contarle a su amiga lo que había sucedido con el tipo de las fotos.

Aunque bien pensado era lo mejor, porque Ketty iba a meterle a ese chico por los ojos y eso sí que no podía permitirlo.

Con esa convicción, se subió a su autobús, sacó los apuntes de clase y se puso a estudiar durante el trayecto de una hora que tenía hasta llegar a casa de su abuela.

Una vez allí, la abuela le tenía ya lista la comida.

—¡Macarrones! ¡Mi plato favorito! —comentó Susan sentándose a la mesa, mientras su abuela la miraba encantada de complacerla.

—Date prisa, que hoy vas mal de tiempo. Vas a llegar tarde a clase...

—Sí, es que me he entretenido un poco hablando con mi jefa...

—¿Todo bien? —preguntó la abuela, con cierta preocupación.

—Oh, sí, sí. Tranquila abuela... —mintió porque consideró absurdo contarle la historia del tipo del parque.

—Bien, entonces me voy a hacerte el filete...

Susan empezó a atacar a los macarrones que estaban deliciosos, con el ruido de fondo de la televisión que su abuela tenía puesta, concretamente un canal de deportes, donde estaban pasando un partido de fútbol de la temporada pasada...

—Abuela, voy a quitar los deportes que ahora están dando un partido de fútbol europeo, una cosa vieja y repetida que...

Susan se calló porque para su más absoluto pasmo, en ese justo instante, quien acababa de marcar un golazo por toda la escuadra, a un equipo inglés, era el mismo tío del parque...

—¡Pon lo que quieras, tesoro! —gritó la abuela desde la cocina.

Sin embargo, Susan no pudo replicar nada porque estaba completamente petrificada...

Ese tío estaba otra vez, ahí, en su tele, Dios Santo ¿es que nunca iba a librarse de él?

Capítulo 6

Todavía en *shock*, Susan cogió el teléfono móvil y escribió un wasap a Ketty, con los nervios de punta:

¿Estás en casa, Ket? Necesito que pongas la televisión porque esto es muy fuerte. Demasiado fuerte...

Eran casi las cuatro de la tarde, por lo que lo más probable era que su amiga hubiera llegado de recoger al crío del colegio.

La respuesta la recibió al momento:

¡Hola, nena! Acabo de llegar a casa, ¿para qué quieres que ponga la televisión? ¿Salimos nosotras o qué? Jajajajaja.

Susan pensó que ojalá fuera eso, en su lugar escribió:

Caliente, caliente, pon el canal TodoSportMax, que te vas a quedar muerta...

Ket se echó a reír, mientras Tommy le preguntaba que de qué se reía:

—Es Susan me dice que ponga un canal de deportes que no tengo ni idea de cuál es...

—¿Cómo se llama? —preguntó el niño.

Ket releyó el mensaje y le contestó a su hijo:

—TodoSportMax ¿lo tenemos sintonizado?

—Mama, por favor, si es el canal donde sigo la liga europea de fútbol...

—Ah. Es ese canal... Como yo detesto el fútbol... No tengo ni idea.

—Ahora estarán echando algún partido repetido. ¿Para qué lo quiere ver Susan? ¿Ahora le gusta el fútbol?

—No sé hijo, no tengo ni idea. Toma, coge el mando y pon ese dichoso canal...

Tommy obedeció, mientras su madre escribía a su amiga:

Ya lo tenemos puesto ¿y ahora qué quieras que vea?

Susan muy nerviosa, porque el tío de las fotos jugaba de maravilla y no paraba de salir y una y otra vez en pantalla, respondió:

Al número 9 del equipo rojo, ¿no te suena de nada?

Ketty miró al 9 del equipo rojo, que justo en ese momento acababa de tirar a puerta y la cámara le estaba haciendo un primer plano, y se quedó estupefacta:

—¡El chico del parque! —exclamó Ketty con los ojos como platos.

—¿Qué parque, mamá? —preguntó Tommy pestañeando muy deprisa.

—Ayer cuando estábamos en el parque, ese chico se puso a hacer fotos a Susan sin parar...

—¡Imposible! ¿Tú sabes quién es ese chico? —replicó el niño negando con la cabeza.

—¿Es bueno?

—¡Es Peter Dune! Es la estrella de su equipo, es un grandísimo jugador, el fichaje más caro de la liga... ¿Cómo va a estar haciendo fotos en un parque de Seattle?

—¡Pues era él! ¡Estoy segura!

—Qué va, mamá. Se parecerá y nada más. Voy a mirar en Internet a ver si dice algo, déjame tu teléfono...

—Me da igual lo que diga Internet, yo te juro que ese chico es el que estaba ayer en el parque.

—¿Cómo sea así es que me da algo! ¡Tú sabes lo que me gusta el fútbol! ¿Cómo es que ves a Peter Dune y no me dices nada? —soltó el niño muerto de ansiedad.

—¡Yo como iba a saber que era un futbolista famoso!

—Mamá, por favor, que tengo su poster colgado en mi cuarto...

—El suyo y el de tropecientos jugadores más. ¡No me da la mente para

registrar tanto rostro!

—Pues estoy mirando y no hay ninguna noticia que hable de él. Del resto de sus compañeros sí que hablan, están de vacaciones en Ibiza y otras islas exóticas, pero de él no dicen nada...

—Pues ya te digo yo dónde está... Y ahora trae el teléfono que tengo que escribir a Susan, que tiene que estar la pobre...

Ketty agarró el teléfono de nuevo y escribió a toda prisa a Susan:

Amiga, te has ligado a Peter Dune, que según me dice el niño es un figura de lo suyo.

Susan se puso colorada como un tomate y replicó a su amiga, nerviosa...

¿Qué dices, tía? ¡Yo no tengo nada con ese Peter Dune! ¡Nada de nada, a pesar de lo que ha pasado esta mañana!

Al leer aquello, Ket no pudo resistirse y llamó a su amiga ansiosa por saber mucho más.

—¿Qué ha pasado esta mañana? ¡Cuenta pero ya!

Susan bajó la voz todo lo que pudo para que su abuela no la escuchara y le contó a su amiga:

—Está hospedado en el hotel, en la planta siete y me lo he encontrado de bruces...

Ket soltó un gritito histérico y luego le gritó a su hijo:

—¡Nene, que el futbolista ese, está alojado en nuestro hotel! ¿Te lo puedes creer?

—*Nooooooooooooo* —replicó el niño estupefacto—. ¡Pídele un autógrafo mañana sí o sí! ¡Llévate la camiseta que tengo con su nombre, por favor, mami! ¡Por favooooooooooooor!

Ketty le miró muy sorprendida y le preguntó a su hijo:

—¿Tienes la camiseta de ese tío?

—Sí, bueno, la de imitación, me la compraste hace unos meses en el

mercadillo, te costó 12 dólares y me echaste una bronca tremenda. ¿No te acuerdas? Me llamaste niño capricho, manipulador y desaprensivo...

Ketty se partió de risa y, mirando a su hijo con cariño, le habló:

—Más que tu madre parezco tu madrastra. ¿Cómo te puedo decir esas cosas?

—Uy, pues me dices cosas mucho peores. Pero tranquila que sé que es por el agobio que tienes con el dinero... Sé los esfuerzos que tienes que hacer para comprarme camisetas truchas y lo valoro mamá, muy mucho —dijo el niño poniendo cara de bueno.

—Anda, no pongas esa cara, que soy tu madre y no puedes engañarme. Tú lo que quieres es camelarme para que mañana le pida a ese chico que te firme la camiseta.

—Mamá, no es ese chico, es uno de los más grandes del fútbol. ¡Es un puto crack!

—¡Te voy a lavar la boca con jabón! ¿Cuántas veces tengo que decirte que cuides tu lenguaje? —le reprendió Ket, frunciendo el ceño.

—Tú tráeme la camiseta firmada y ya verás lo bien que puedo llegar a hablar. ¡Vas a alucinar!

—¡Chantajista! —exclamó Ket, dando un manotazo al aire—. Bueno, pues ya has escuchado al manipulador este que tengo por hijo, mañana tenemos que ir a que nos firme la camiseta... —le comentó a su amiga.

—¿Tenemos? —replicó Susan revolviéndose en su silla—. No, perdona, mañana vas a ir tú solita a que te firme. Yo demasiado he tenido con el encuentro de hoy...

—¿Qué ha pasado? ¡Maldita sea, cuenta de una buena vez!

Susan, muy nerviosa, se giró para comprobar que su abuela seguía con el filete y le contó susurrando:

—Me ha empujado dentro de la habitación ¡y me ha besado el muy cerdo!

—¿Cómo que cerdo? ¿Además de estar bueno y estar forrado, ese tío besa muy cerdo? ¡Nena, tú ya no puedes tener más suerte en la vida!

—Calla, por favor. Yo no tengo nada de nada. Esto ha sido un accidente... —dijo mordiéndose los labios y todavía recordando lo bueno que había sido el beso.

—¡Yo quiero otro para mí! Y a ser posible con un tío guapo y rico...

—¡Déjate de bobadas! Ese tío por muy famoso que sea no está bien de la cabeza...

—¿Por qué? ¿Por quedarse alucinado con tu belleza y luego darte un buen morreo? No, hija, no. Ese tío está muy cuerdo, sabe lo que quiere y va a por ello. ¡Es un tío como me gustan a mí! ¡Con las cosas bien claritas y con un buen par de huevos!

—Y luego soy yo el que me tengo que lavar con lejía la boca... —recordó Tommy muerto de risa.

—Perdona, hijo, tienes razón. Rectifico. Ese chico tiene un buen par de pelotas.

—Oye, pues si también te firma un balón estaría genial... —propuso el niño.

—No te preocupes, cariño, que mañana iremos Susan y yo y te lo vamos a traer todito firmado... ¡Ya verás!

Susan resopló y, negando con la cabeza, repuso:

—Connigo no cuentas, vamos es que ni borracha...

Claro que una cosa son los deseos y otra muy distinta la realidad...

Capítulo 7

Y es que sucedió que al día siguiente, cuando Ket acompañaba a su hijo a la escuela, tuvo la mala fortuna de meter el pie en un agujero y caerse hacia delante de una forma tan aparatosa que se torció el pie completamente.

El diagnóstico del doctor, después de tres horas en urgencias, fue un esguince de grado tres y unas ocho semanas de reposo...

—Dime si no es mala suerte la mía... —comentó muy enfadada Ketty, cuando Susan subió a su casa a verla, tendida en el sofá del salón.

—Nos puede pasar a cualquiera, son accidentes... —replicó Susan encogiéndose de hombros.

—Esto solo me pasa a mí, que tengo demasiadas cosas en la cabeza...

—No te castigues más, Ket. Y céntrate en lo importante que es recuperarte lo antes posible del pie.

Ket se revolvió el pelo con la mano y, muy agobiada, dijo:

—¿Y ahora qué hago con Tommy? ¿Quién le va a llevar a la escuela los días que quedan de colegio?

Susan ni se lo pensó...

—¡Que todos los problemas sean esos! ¡Yo le llevo encantada! Además, quédate con la parte buena, como vas a estar en casa, ya no necesitarás un canguro para que se quede con él por las mañanas, cuando ya termine el colegio...

—¡Yo no necesito canguro! Ni que me lleven al colegio, ¡no soy un bebé!
—protestó el niño con la mirada puesta en un partido de fútbol que estaban dando por la televisión.

—Tú te callas... —replicó la madre, llevándose el dedo índice a la boca.

—Tommy sé que eres un crío muy responsable y serio, pero a mí me

encantaría que me dejaras que te acompañara a la escuela... —le pidió Susan, para destensar un poco el ambiente.

—Como quieras, pero a mí lo que me preocupa es otra cosa... —sugirió el niño.

—¿El qué? —preguntó Susan frunciendo el ceño.

—Pues que mamá tiene para ocho semanas de baja y para cuando esté buena para regresar al trabajo, Peter Dune ya se habrá ido...

—¿Peter Dune? —preguntó Susan, sin tener ni la menor idea de quién estaba hablando.

—¡El tío bueno de las fotos, hija! ¡Espabila! —le recordó Ket.

—Ah, sí... Ese Peter Dune... ¿Y qué pasa con él? —inquirió Susan, pestañeando muy deprisa.

—Pasa que vas a tener que ser tú la que vaya a pedirle un autógrafo, querida amiga —contestó Ket con una sonrisa enorme.

—Sí, por favor, Susie, te lo pido, por favor, por favor, por favor... —dijo el niño, juntando las manos y poniendo una carita a la que era imposible decir que no.

—Pero es que Tommy ese tío es un pesado y me cae como el culo... ¿Tan importante es para ti? —quiso saber Susan que por Tommy estaba dispuesta a hacer de todo, ¿pero eso?

Tommy fue a su cuarto a por la camiseta de Peter Dune y, con una cara de súplica que conmovía, le explicó a Susan:

—Es que le admiro muchísimo, para mí es tan importante como si a ti te lo firmara Brad Pitt...

—¡Yo paso de Brad Pitt!

—Bueno, pues alguien que te guste mucho....

—¡No me muerdo por la firma de nadie! Puedo vivir perfectamente sin el autógrafo del Dalai Lama...

—Ya, pero yo soy un niño y tengo ilusiones de niño. Los adultos os hacéis unos aburridos y unos tristes cuando crecéis, pero yo todavía tengo siete años y me hace ilusión tener una firma de mi jugador favorito. ¿Lo pillas? —habló el granuja de Tommy con una sonrisa enorme.

—Muy bonito, me llamas vieja, triste, aburrida y luego para rematar tonta —replicó Susan divertida—. ¡Y encima esperarás que te haga el favorcito!

—No es que lo espere, es que debes hacerlo... Jajajajaja.

Tommy se partía de risa al tiempo que le tendía la camiseta a Susan...

—Trae, anda, trae, que en vaya lío que me vais a meter... —dijo ella, cogiendo la camiseta de mala gana.

—No seas exagerada, Susan, que en el fondo lo estás deseando —intervino Ket divertida.

—Sí, seguro que sí... ¡Me muero de ganas! —ironizó Susan.

—Te lo agradezco mucho, Susie, y oye si pudieras concertarme una cita para que me enseñara algunos trucos para ser un crack como él... —pidió el niño con una cara de pillo tremenda.

Susan cogió al niño por los hombros y sin poder evitar partirse de risa le dijo:

—¡Y si quieres también le invito a que pase el fin de semana contigo!

—Hombre, eso estaría genial... ¡Si lo consigues jamás te volvería a llamar tía rollo y aburrida! ¡Eso estaría chulísimo!

—Mejor invítale a que lo pase contigo... Jajajaja. —Ket se partía de risa.

Y Susan divertida, pero también nerviosa por el marrón que acababa de caerle encima con lo de la petición del autógrafo, cogió su bolso, se lo colgó y anunció:

—Me marchó, mañana vendré pronto a llevarte a la escuela, pequeño manipulador, y luego le pediré ese maldito autógrafo a ese genio del balón. Si quieres que te traiga algo del supermercado, me lo dices, Ketty...

—He hecho un pedido, me lo traen luego... Pero si me traes pan recién hecho de la tienda de la esquina, cuando vengas a recoger a Tommy me harías muy feliz...

—¿Alguna cosa más, señora? —bromeó Susan, cuando estaba a punto de salir.

—¡Yo sí! Pídele a Peter Dune que me ponga en el autógrafo: “para mi amigo Tommy”, lo de amigo es muy importante, porque le he contado a los chicos del colegio que jugamos juntos en el parque...

Susan resopló, agarró la puerta y, antes de irse, dijo:

—¡Me voy antes que me metáis en más líos! ¡Pandilla de liantes!

Ya en la calle y durante el trayecto en autobús de regreso a casa, no dejó de pensar en cómo lo haría al día siguiente.

Y no se refería precisamente a cómo se iba a organizar para llevar a Tommy al colegio, porque solo se trataba de levantarse una hora antes, sino de abordar a Peter Dune, después de lo que había pasado con él.

Ese día no había pasado nada, porque gracias a Daisy de la planta séptima se había ocupado Olivia, otra de sus compañeras, cuando habían recibido la noticia de que Ket se había torcido el tobillo.

Pero ahora le tocaba enfrentarse a él para la cuestión del autógrafo. O no. Porque bien pensando se lo podría encargar a la misma Daisy o a Olivia, y así todos tan felices.

Tommy tan contento con su firma y ella también sin ver a ese tío que besaba demasiado bien.

Así, con el plan ya perfectamente urdido, respiró tranquila y pudo dormir de un tirón hasta que una pesadilla la despertó con el corazón agitado.

Más que pesadilla, un sueño bastante hot, le sobrevino en mitad de la noche ¡y no un sueño cualquiera!

Un sueño con el tío del parque, que de repente entraba por la ventana y le

hacía unas cosas que prefería ni recordar.

Para su horror, se quedó dando vueltas en la cama, excitada como no recordaba y dos horas más tarde se dio una ducha bien fría. Después desayunó fuerte y se fue a llevar a Tommy al colegio al que prometió una vez más que esa misma tarde vendría con el autógrafo.

Luego, se dirigió al trabajo diciéndose a sí misma que estaba todo bajo control, que no iba a pasar nada, que le daría la camiseta a Daisy y que ella se encargaría de todo.

Con lo que no contaba era con que al llegar a la puerta del hotel, iba a encontrarse con un tipo con una sonrisa enorme, gorra y gafas de sol, que al verla levantó la mano a modo de saludo:

—¡No me lo puedo creer! —farfulló Susan al ver a Peter Dune.

Peter que la había escuchado no pudo evitar comentar:

—Estoy hospedado en este hotel, así que tranquila que esta vez no lo llamaré destino...

Susan que estaba de todo menos tranquila, carraspeó un poco y dijo dando un manotazo al aire:

—Llámalo como quieras...

Y justo en ese instante se le cayó al suelo la bolsa en la que llevaba la camiseta de Tommy y Peter comprobó estupefacto cómo esa prenda llevaba su nombre...

—¡Esto sí que no me lo puedo creer! —exclamó tras agacharse y comprobar que esa chica llevaba en la bolsa la camiseta con su nombre.

Capítulo 8

Susan, muy nerviosa y cortada, le arrancó la camiseta de la mano y se excusó:

—¡No es lo que parece!

Peter se echó a reír, se cruzó de brazos divertido, y replicó:

—No, qué va, qué va... Llevas una camiseta, pirata por cierto, con mi nombre pero no es lo que parece.

—Yo no sabía que eras Peter Dune —se defendió guardando otra vez la camiseta en la bolsa.

—Ya, sí, eso dicen todas. Ninguna sabe que soy Peter Dune...

Susan le miró con los ojos furiosos y le dijo apuntándole con el dedo índice:

—Oye, no te pases. Yo no soy como todas, no tengo nada que ver con esas tías. Yo no tengo ni idea de fútbol europeo, me he enterado de quién eras ayer, mientras comía que te vi en la tele y por poco me atraganto de la impresión.

—¿En la tele? ¡Madre mía! ¡No me jodas que ha trascendido lo del parque! ¿Me viste en algún programa de farándula?

Susan negó con la cabeza y hasta un poco divertida al comprobar que ahora era Peter Dune el que lo estaba pasando fatal:

—Estaban pasando un partido de la temporada pasada y me quedé estupefacta, luego llamé a mi amiga para contárselo y su hijo nos comentó que eras una estrella...

Peter se revolvió el pelo con la mano y acto seguido observó:

—No sé por qué te has ofendido antes cuando te he dicho que eras como todas, si te estás comportando como ellas. Resulta que descubres que soy un

jugador famoso y cambia tu total percepción sobre mí...

Susan negó en rotundo con la cabeza y le corrigió:

—Perdona tío, a ver si te queda clarito, yo sigo pensando lo mismo sobre ti. Lo que pasa es que me impactó que fueras conocido, pero tranquilo que de ahí no pasa. No voy a perder la cabeza por ti, ni me voy a arañar la cara de emoción...

—No me importaría que lo hicieras —replicó el chico, burlón.

—Pues me parece que te vas a quedar esperando.

—¿Y me quieres explicar por qué si pasas de mí llevas una camiseta con mi nombre?

—Es para el hijo de mi amiga, te admira mucho y desearía que le firmaras la camiseta. Se llama Tommy...

—¿Quieres que le firme una camiseta que es una réplica?

—Entiendo que está mal comprar imitaciones pero mi amiga no tiene dinero para originales. En el hotel no tenemos los sueldos que os pagan a los futbolistas y encima trabajamos muchísimo más —se justificó.

Peter resopló, mientras pensaba que no se podía ser más *sexy* ni tener más estilo ni peor carácter que esa chica y le dijo:

—Espera un momento... Serán unos minutos.

Peter se dio la vuelta en dirección al ascensor y ella le cogió por el brazo:

—¿Dónde vas, tío? ¿Cómo que unos minutos? Oye, que yo tengo que trabajar —le recordó buscando un rotulador que había cogido de casa en su bolso—. Fírmame y te vas...

—Yo no te voy a firmar eso... —dijo mirando el rotulador negro que la chica le estaba tendiendo.

—Mira no te pongas tiquismiquis y firma de una vez la puñetera camiseta. De verdad, que yo no sé por qué los niños admirarán a gente tan odiosa como vosotros...

—¿Cómo dices? —replicó Peter, arqueando una ceja y en el fondo divertido porque le encantaba la gente con agallas y esa chica sin duda las tenía.

—Que dejes de hacerte el tío importante y firmes de una vez...

Peter se partió de risa y, tras cruzarse de brazos, dijo:

—No me estoy haciendo el importante, solo te digo que esperes un momento a que baje con una camiseta original y a por un balón que tengo en mi habitación.

Susan se quedó con la boca abierta y con unas ganas de que se la tragara la tierra tremendas:

—No hace falta... —atinó a decir con un hilillo de voz.

—Sí, claro que lo hace. Espera aquí...

Susan se sentía tan estúpida que no tenía el cuerpo para esperar ni un segundo más, necesitaba perder de vista a ese tío cuanto antes, por eso le dijo:

—Ya tenía que estar en mi puesto de trabajo, voy fatal de tiempo. Déjalo en recepción por favor y lo recogeré luego a la salida.

A Peter esa propuesta no le gustó para nada, porque quería seguir hablando con ella, pero lo entendió.

—Está bien. ¿A qué hora sales? —preguntó Peter, mirándola de una forma que la chica se sintió intimidada.

Y no porque la estuviera mirando de una forma lasciva, sino porque de pronto se acordó de las cosas que ese hombre le había hecho en sueños y sintió una vergüenza tremenda.

—A las cuatro, ¿por qué? —musitó nerviosa.

—¿Qué edad tiene ese crío? ¿Sabes su talla?

—Está flaco y mide como así —dijo poniendo la mano a la altura del pecho.

—Le voy a dar una camiseta de las mías, pero también le voy a comprar una equipación. ¿No sabrás su número de pie?

—Lo sé porque le compré unas zapatillas la semana pasada. Calza un 5 americano... Pero de verdad que no hace falta que compres nada, con que firmes la camiseta esta es suficiente...

—No. Es lo menos que puedo hacer como jugador odioso de fútbol que soy. Déjame que haga un pequeño gesto generoso...

Susan tragó saliva, se sentía tan mal que respiró hondo y se sinceró con ese chico:

—Perdona ¿vale? He sido una grosera, no tenía que haberte dicho esa cosa tan horrible.

—Has dicho lo que piensas... Y es verdad, este negocio es así, se gana mucha pasta, cantidades indecentes de dinero, cuando el mundo está jodido de verdad. Tienes razón, es injusto que ganemos tanto cuando la mayor parte de la humanidad vive en condiciones deplorables... Por eso tienes que dejarme que al menos utilice el cochino dinero que gano para hacer feliz a un crío que admira a un cretino como yo.

Susan se echó las manos a la cara y bufó:

—No sigas, por favor. Está bien... Cómprale lo que quieras y de verdad que te pido que me disculpes.

—Te repito que no tienes nada por lo que excusarte.

Peter miró a los ojos de esa chica y sintió unos deseos tremendos de besarla y decirle que no pasaba nada. Al contrario, si algo valoraba en la vida era a la gente sincera y a la gente valiente como ella...

—Sí, he sido una bocazas —replicó mordiéndose los labios.

Y ese gesto a Peter le volvió tan loco que prefirió marcharse de allí antes de que le diera por tomarla otra vez por la cintura y plantarle otro beso de los suyos.

—Está todo bien. Por cierto, dime tu nombre... es para cuando deje el paquete con las cosas del chico en recepción.

—Ah sí, claro, soy Susan... Susan Brown.

—Bien...

Peter respiró hondo y pensó que esa chica además de ser bonita tenía un nombre precioso.

—Gracias por todo, Peter Dune —dijo ella esbozando una tímida sonrisa.

—A ti, por darme la oportunidad de ser un poquito menos odioso...

Y se marchó hacia el ascensor, mientras Susan no podía dejar de sentirse una miserable por cómo se había portado con ese chico.

Pero qué podía hacer ya, se limitó a irse a los vestuarios, ponerse la ropa de trabajo y entregarse a fondo a lo suyo, para ver si así lograba olvidar todo lo que había sucedido.

Pero no solo no lo logró, sino que cuando después de ocho duras horas de trabajo, acudió a la recepción y leyó la nota que Peter le había dejado junto el paquete para Tommy, casi le da algo:

Si a Tommy le apetece estrenar sus botas en el parque, para mí sería un honor jugar un partidillo con él.

Capítulo 9

Cuando Susan llegó a casa con los regalos de Peter, al niño por poco no le dio algo:

—¡No me lo puedo creer! —gritó Tommy con los ojos llenos de lágrimas—. Una equipación completa y original, una pelota y una camiseta firmada por el mismísimo Peter Dune... —dijo alucinado, mientras olía la camiseta de Peter.

—¿Qué hueles, hijo? —preguntó Ket, feliz de ver a su hijo tan emocionado.

—¡A lo mejor todavía huele al césped del campo! —contestó el niño aspirando el aroma de la camiseta.

—¡No digas, bobadas! ¿Cómo te va a dar una camiseta usada? ¡Si trae la etiqueta y todo! —comentó Ketty.

—¡Ostras! Es verdad, pues no me habría importado que me la diera sudada. ¡Eso tiene más valor! ¡Jolín y qué firma más chula! ¡Y pone para mi amigo Tommy! ¡Ay, gracias Susan! Es que no tengo palabras para agradecerte esto que has hecho por mí... —confesó Tommy dando besos a la camiseta, con los ojos llenos de lágrimas.

Susan entonces se percató de que no le había pedido a Peter que pusiera en la camiseta para “mi amigo Tommy”, que si lo había escrito era porque había salido de él y eso decía mucho de ese tipo.

Lo cierto era que se había portado genial, no solo regalándole una camiseta a estrenar, sino también una equipación de niño con botas incluidas y luego estaba la invitación a estrenar todo aquello en el parque, que a ver cómo se lo comentaba al niño sin que se volviera loco.

Porque, aunque había estado tentada a no decírselo, más que nada para no

tener que volver a encontrarse con él, la verdad era que suponía una auténtica canallada no contarle a Tommy la propuesta de Peter. ¡Con lo que le idolatraba!

Así que cuando se calmó un poco y aun cuando le iba a tocar a ella llevarle al parque, le comentó:

—Los regalitos no acaban aquí...

—¿Cómo, que hay más? —dijo el niño con los ojos como platos.

—Peter Dune ha escrito una notita donde dice algo así como que se ofrece para jugar contigo un partidillo para que estrenes las botas.

—¿Cómo que algo así? ¿Lo dice o no lo dice? Oye, Susan no bromees conmigo que esto es muy serio. ¡Tú sabes lo que admiro a Peter Dune!

—Que no estoy bromeando, Tommy. Que es cierto. Mira, toma, lee... — habló sacando la nota de su bolso y tendiéndosela al chico.

El niño abrió ansioso la nota y embobado la leyó en voz alta...

—Esto es muy fuerte. ¡Es que cuando se enteren en el colegio no me van a creer! Pero me da lo mismo, además nos vamos a hacer muchas fotos. ¿Verdad que sí, Susie?

Susan asintió con la cabeza y luego respondió porque era incapaz de decir a ese muchacho a nada que no:

—Lo que quieras, Tommy.

—¡Gracias, Sue! Pues lo quiero esta misma tarde. ¡Venga llámalo! —dijo el niño al tiempo que se quitaba la camiseta que llevaba puesta y se ponía la de la equipación que le acababan de regalar.

Susan se quedó perpleja, pues lo que menos le apetecía en ese instante, y en ninguno más bien, era quedar con Peter Dune.

—¿Qué le llame, dices? ¿Adónde?

—¿Adónde va a ser? Al hotel, venga, o mejor llamo yo... Voy a decirle que quedamos a las seis en el parque...

—¿No te parece un poco precipitado, Tommy? —le sugirió Susan, pensando que así disuadiría al chico.

—¿Precipitado? ¡Por mí me iba a ahora mismo! ¡Venga, llama!

Ket soltó una carcajada y tendió al chico el teléfono para que llamara:

—Llama tu mejor, cariño.

Susan miró horrorizada a su amiga, que no podía ser más traidora. *¿Cómo podía estar moviendo los hilos para que se encontraran en un rato en el parque con Peter Dune?*

El niño cogió el teléfono y les dijo que se iba a la habitación de al lado a hablar para no ponerse nervioso.

—Tú, tranquilo, cielo, que todo va a salir bien —le comentó su madre, infundiéndole confianza.

El pequeño asintió y se marchó a la habitación contigua, mientras que Susan echaba una bronca tremenda a su amiga:

—Tía, ¡que no quiero encontrarme con ese tipo! Podías haber intercedido un poco para haberlo dejado para más adelante...

—¿Tan para más adelante que ese tío regrese a Italia y mi hijo se quede sin cumplir un sueño? ¡No, gracias! —replicó Ket negando con la cabeza.

—¡No me vengas con rollos, Ket! Tu hijo tiene su habitación llena de posters de futbolistas, si no es Peter Dune será otro...

—Ah, sí, claro, que Ronaldo y Messi se pasan el día dando vueltas por Seattle... —ironizó Ket.

—En la vida no se puede tener todo, ya es hora de que Tommy lo vaya asimilando —apuntó Susan, angustiada por la idea de volver a encontrarse con Peter.

—¿Tú crees que no lo sabe? ¿Tú crees que un crío que ha crecido sin su padre no se huele ya que en la vida no se puede tener todo? ¡Por favor, Susan, que parece que te has dado un golpe en la cabeza! Tommy sabe que su padre

nos dejó más tirados que una colilla. ¿Crees que eso no es suficiente como para madurar de golpe? —le recordó Ket con el ceño fruncido.

Susan resopló, estaba muy nerviosa y tal vez se estaba pasando un poco...

—Te entiendo y lamento por todo lo que habéis pasado. Yo siempre he estado a vuestro lado apoyando, pero esto me tiene completamente desquiciada.

Ket miró a su amiga esbozando una pequeña sonrisa y luego trató de reconfortarla:

—Nena, estás haciendo un castillo de un grano de arena. Esto que nos está pasando es muy bonito, solo tienes que disfrutar. Se trata de eso, nada más. ¿Te acordarás de cómo se hacía?

Susan negó con la cabeza y se cruzó de brazos mordiéndose los labios:

—No sé de qué estás hablando...

Ket soltó una carcajada, porque era muy gracioso ver a Susan, siempre tan autocontrolada, perder así el norte.

—¡De divertirse! Déjate llevar y que pase lo que tenga que pasar...

—Pero es que ese tío es famoso.

—¿Y? —quiso saber Ket, encogiéndose de hombros.

—¿Y si sucede otro accidente? —preguntó en voz baja, con cierta timidez.

—¡Aplaudes hasta con las orejas! —replicó Ket, muerta de risa.

—Por favor, Ket, esto es importante para mí. No es ninguna frivolidad, yo me tomo muy en serio todo. Ya lo sabes. No puedo permitir que un tío me bese así como así, si no hay nada de por medio. A mí no me gustan las prisas, me gustan las cosas cocidas a fuego lento, poquito a poquito, un día un paseo, otro un cine, otro día una conversación bonita por teléfono...

—Pues como vayas a ese ritmo, ese tío se te escapa vivo y coleando. ¡Que vive en Italia, nena! Como no te des prisita te van a comer la merienda... Jajajajajaja.

—¡Eso es lo que quiero! —exclamó Susan, divertida, dando un manotazo al aire—. Estoy muy a gustito con la vida que tengo, sin sobresaltos, sin sorpresas...

—Sin un hombre que te caliente las sábanas por las noches, ni te ilusione con alguna palabrita bonita durante por el día...

—Estoy sola y estoy genial... —le recordó Susan, orgullosa de su estado.

—Sí, pero si la compartes con alguien puede ser mucho más genial. ¡Así que relájate un poquito y ábrete a las cosas que la vida te trae porque con miedo solo...!

Ket se calló de pronto porque Tommy entró en el salón como una centella, gritando:

—¡Ha dicho que sí, no me lo puedo creer, Peter Dune me ha pedido a mí, Tommy White, que si quiero ir al parque a echar un partidillo! ¡Nos espera a las seis! ¡Ay qué nervios, mamá!

—¡Qué bueno, Tommy! —exclamó Ket dando un beso en la frente a su hijo que estaba eufórico.

—Sí, qué bueno... —farfulló Susan, ansiosísima por la que se le venía encima.

Capítulo 10

Cuando Susan y el crío llegaron al parque, Peter ya estaba allí vestido con un chándal oscuro y su mejor sonrisa.

Una sonrisa preciosa, pensó Susan después de soltar un suspiro de lo más tonto. Luego, Tommy empezó a gritar haciendo muchos aspavientos:

—¡Estamos aquí! ¡Somos nosotros! ¡Ya hemos llegado!

Y Susan no supo dónde meterse pero ya estaban allí y no había nada que hacer, o mejor dicho como su amiga le había aconsejado tan solo quedaba dejarse llevar y disfrutar en la medida de lo posible.

Las clases en la universidad habían terminado, y aunque era cierto que tenía que estudiar mucho para los próximos exámenes, por una tarde que se tomara libre tampoco pasaba nada.

—¡Hola chicos! —saludó Peter, encantado, en cuanto los vio llegar.

—¡Es que no me lo puedo creer! ¡Peter Dune! ¡Esto es lo más! ¡Peter Duneeeeeeeeeee!

Tommy emocionado se lanzó a los brazos de su jugador favorito, como si fuera un pariente querido al que hiciera muchísimo que no veía, y le abrazó con muchísima fuerza.

Peter le devolvió el abrazo y le pidió a Susan entregándole el móvil:

—¿Serías tan amable de hacerme una foto con este campeón?

Tommy le miró incrédulo y luego replicó:

—Perdona, yo no soy nadie. El campeón eres tú.

—¿Tú estudias duro en la escuela y en casa te portas muy bien? —preguntó Peter al crío.

—A ver bien, bien, tampoco... A veces hago alguna que otra, y con los estudios es que no me hace falta estudiar mucho para sacar buenas notas.

¿Entiendes? —se justificó Tommy.

—Pues hay que darlo todo, siempre —comentó Peter muy serio.

—Bueno, solo tiene siete años, lo suyo es que cometa errores, que sea travieso y que se divierta... —apuntó Susan, risueña.

—Peter Dune tiene razón, Susan. Tengo que esforzarme mucho más, si quiero ser un campeón tengo que darlo todo. No rindo al cien por cien de mis posibilidades, pero lo voy a hacer Peter. Ya verás cómo sí... —aseguró el niño levantando el pulgar.

Peter le cogió por los hombros y le pidió a Susan:

—¡Venga, una foto con este campeón!

El niño se giró y le preguntó con cierta timidez:

—Bueno, campeón, no del todo, ya te he dicho que no es que haya rendido al máximo...

—La actitud es lo más importante. ¡Y tú la tienes!

—A ver, sonreíd... —pidió Susan, mientras disparaba las fotos con el iPhone de Peter.

—Haz muchas, Sue, que esto es histórico. Y luego pídele el teléfono a Peter Dune para que te las pase todas por wasap.

Susan hizo un montón de fotos, luego el niño le pidió que ella también se pusiera y a ella le pareció buena idea tener un recuerdo de esa tarde.

—Hoy no me he traído la cámara, como sé que no te gustan las fotos... —le susurró Peter al oído cuando ella se colocó a su lado para tomar una *selfie* de los tres.

Susan sintió un escalofrío al escuchar la voz profunda y dura de ese hombre tan cerca, por oler su aroma a madera y limón, y por sentir esa presencia tan imponente tan cerca.

Con todo, respiró hondo y sonrió intentando mantener el tipo:

—Mejor así —musitó ella.

Después, Tommy propuso jugar al triángulo y Susan dijo que perfecto con tal de apartarse del lado de ese hombre que la estaba poniendo tan nerviosa.

Y no entendía por qué, bien era verdad que era muy atractivo, que la miraba de una forma muy intensa y que olía de maravilla, pero eso no era para que el corazón le estuviera latiendo a mil y que estuviera profundamente intranquila.

Lo que no sabía era que Peter estaba exactamente igual, que desde que la había visto aparecer con su melena al viento, un poco de brillo en los labios en la boca que se moría por morder, unos *shorts* vaqueros sencillos y una camisa blanca, su sangre estaba que ardía entera.

Menos mal que el niño había propuesto jugar al triángulo cuando estaba casi a punto de tomarla por la cintura y apretarla fuerte contra él.

Así de duras eran sus ganas y así de cardiaco le estaba poniendo esa mujer que cada minuto que pasaba le atraía más y más, y no solo por su físico. Necesitaba mucho más de toda ella, necesitaba su cuerpo, pero también necesitaba conocerla, saber de ella, de su vida, de su mundo, de sus deseos, de sus miedos... Todo.

Y mientras Peter pensaba en todo lo que quería de Susan, Tommy explicaba que el juego consistía en que dos se pasaban la bola y un tercero intentaba arrebatársela.

—Es muy fácil: Susan en medio y Peter y yo nos la pasamos —propuso el crío.

—¿Qué? —protestó Susan—. Yo jamás he jugado a esto, ¡no tengo ni idea! ¿Cómo os voy a robar el balón?

—Pues metiendo el pie, venga, Susan si es muy sencillo. ¡Vamos! —gritó el niño divertido, chutando la bola hacia Peter.

Peter controló el balón con una habilidad pasmosa que dejó al crío y a Susan con la boca abierta y luego replicó:

—Sí, es muy fácil. Todo el mundo sabe dar patadas a un balón...

Y disparó hacia el niño sin que Susan pudiera ni meter un pie para detener el balón.

—¡Jolines! ¡A ti te tienen que dar pronto el Balón de Oro! ¿Has visto cómo la pega, Sue? —comentó el niño admirado.

Susan no tenía ni idea de fútbol, pero no había que ser un experto para percatarse de que ese hombre hacía magia con los pies.

—Hasta que Ronaldo y Messi se jubilen me temo que lo tengo complicado... —confesó Peter, mientras seguía jugando al triángulo sin que Susan oliera la bola.

Y así estuvieron toreándola, sin que ella pudiera interceptar ni un balón, durante un buen rato que a Susan se le hizo eterno.

—¿Cuándo acaba este maldito juego? ¡Me temo que tengo que hacer más ejercicio! ¡Estoy agotada! —confesó Susan media hora después, jadeante, doblada hacia delante.

Peter la miró, de hecho no la había quitado ojo durante todo el tiempo, pero al verla en esa posición, jadeante y sudorosa, se le vinieron tantas escenas sucias a la cabeza que le entró un calor tremendo.

—Uf. Qué calor. Si quieres paramos un poco... —comentó el jugador, abanicándose con la mano.

—¡Qué dices! —protestó el niño—. Si estamos en lo mejor, y tú Susan no seas vaga ni quejica, que solo tienes que quitarnos la bola. ¡Aplicate más, chica!

Susan divertida se puso en jarras y retó al mocoso:

—¿Te atreves a llamarme vaga y quejica a mí? ¡Tommy White no quieras que salga la bestia que llevo dentro porque lo vas a lamentar, muchachito! ¡Y te va a doler y mucho!

—¡Esa la actitud! —comentó risueño Peter, dando unas palmadas—.

¡Vamos, Tommy! ¡Tira!

Tommy disparó y después de unos cuantos pases, Susan aprovechó que Peter estaba a escasos dos metros de ella para interceptar una bola, si bien con tan mala fortuna que tropezó y cayó encima de él, haciéndole un placaje.

—Jajajajajajajaja. Esto es fútbol no rugby —se carcajeó Tommy mientras Susan seguía en el suelo encima de Peter.

—¿Estás bien? —susurró Peter, con la boca muy cerca de la de Susan.

Peter pensó que ella olía tan bien, a pesar del sudor, olía a rosas, y su cuerpo era tan dulce y a la vez tan *sexy*. Tenía tantas ganas de enterrar la nariz en el pelo largo de la chica y luego arrancarle la ropa hasta que gritara de placer, que se erectó de una forma salvaje.

Susan al sentir el vientre duro de ese hombre contra el suyo y lo que es peor, la erección que se estaba clavando en el pubis, se sintió tan incómoda que se puso en pie como un resorte.

—Estoy bien... —dijo Susan, planchándose la camisa con las manos—. Sigamos jugando que parece que ya le voy cogiendo el tranquilo...

—¿Estás segura? —preguntó Peter, porque él estaba convencido de que aquello estaba a punto de írseles de las manos.

Y Susan asintió, aunque en ese instante de lo único de lo que estaba segura era de que se moría por besar a ese tío.

Capítulo 11

Después de seguir jugando al triángulo un buen rato más, decidieron parar a descansar un rato y después Peter insistió en acompañarles a casa, cosa que al niño le encantó porque así pudo estar junto a su ídolo otro poco más.

Lo que Tommy no podía ni imaginar fue que justo cuando estaban despidiéndose en el portal de casa, Peter le propusiera volver a verse al día siguiente:

—Aunque esté de vacaciones, realmente nunca dejo de entrenar. Me mato en el gimnasio todos los días, pero es tremendamente aburrido. Echo mucho de menos unas buenas pachangas y hoy me lo he pasado tan bien que si quisieras que mañana otra vez...

Tommy abrió los ojos como platos y, dando saltitos de felicidad, gritó:

—¡Síiiiiiiiiiiii!

Si bien, a Susan aquello no le pareció la mejor idea:

—Ya, pero es que yo tengo que estudiar, a finales de mes tengo los exámenes finales. Lo siento, Tommy pero...

—Estudia en el parque —propuso Peter—, yo entrenaré con Tommy.

Tommy se revolvió el pelo con la mano y alucinado replicó:

—Es que no me lo creo. ¡Peter Dune me está pidiendo que entrene con él! ¡Pellizcadme que no me lo creo!

—Venga, sube a casa, que mañana tienes colegio y se nos está haciendo tarde. Yo tendría que estar estudiando ya...

—Buah, pero si eres una empollona, Sue. Seguro que lo vas a sacar todo con buenas notas.

—¿Qué estudias? —preguntó Peter, arqueando una ceja, con curiosidad.

—Fisioterapia, termina este año —contestó Tommy, que estaba

entusiasmado con la idea de volver a encontrarse con Peter al día siguiente—. ¡Y es muy buena! ¡Tendrías que llevártela contigo a Italia, Peter! Jajajajaja.

Peter miró a la chica con admiración, porque no solo era bonita y *sexy*, sino también inteligente y trabajadora:

—Desde luego que sí. Yo encantado, no hay nada que convenga más a un futbolista que tener a una fisioterapeuta cerca.

Peter miró a Susan con tanta intensidad que ella tuvo que bajar la vista al suelo del pudor que le estaba entrando.

—Bueno, ¿entonces qué? ¿Mañana a las seis otra vez, Peter? —quiso saber Tommy.

—Perfecto, campeón —replicó Peter con una sonrisa enorme.

Susan abrió el portal y Tommy entró como una flecha, feliz y contento:

—Guay, tío. Pídele a Susan el wasap de mi madre y mándame las fotos de hoy, por favor.

—Lo que sí te pido, Tommy, es que no me etiquetes en ninguna red social. No quiero que nadie sepa que estoy aquí de vacaciones, porque dejarían de serlo. ¿Entiendes?

—Entiendo, Peter. Nada de fardar con los amigos, hasta que estés de vuelta en Italia. ¡Tranquilo que sé de qué va a esto! ¡Hasta mañana!

—¡Espera que te subo en el ascensor! —le ordenó Susan.

—Son solo dos pisos, subo andando...

—Vale, pero avisa cuando estés arriba...

—No soy un niño de teta, ¿sabes Sue?

—Ya, pero yo soy una adulta hiperprotectora y agobiante. Venga, tira para arriba...

El niño subió las escaleras de dos en dos y cuando llegó arriba, avisó a Susan por el telefonillo de que ya había llegado.

Luego, Susan le pasó el wasap de su amiga a Peter para que le enviara las

fotos y se despidió de él:

—¿Mañana te veo entonces? —preguntó Peter que no quería separarse de ella.

—¿Qué remedio, no? ¡Menudo par de embaucadores que estáis hechos! En fin, me marcho a casa que tengo mucho que estudiar, mi autobús para en esa esquina...

—Te acompaño, si quieres claro... —habló Peter, sin pensárselo dos veces.

—Voy en autobús y donde vivo no es un lugar muy turístico que digamos. No tiene nada de interés...

—Bien, me encantan los autobuses y todo lo que tenga que ver contigo seguro que es maravilloso.

Susan se echó a reír sin creerle para nada...

—¿Hace cuánto que no te subes a un autobús?

—No siempre he sido un futbolista con una buena cuenta corriente. Vengo de abajo, Susan, mi familia es de origen humilde. Mi padre es electricista, un inglés terco y malhumorado, y mi madre es peluquera, una italiana abierta, alegre y apasionada... Tengo los pies en la tierra, sé lo que cuestan las cosas, no me han regalado nada. Y me gusta la gente que lucha y que se esfuerza por lograr sus sueños. No somos tan diferentes... Créeme...

Susan se echó a andar hacia la parada del autobús y le hizo a Peter un gesto con la cabeza para que le acompañara:

—Por eso eres tan raro, eres un inglés tan poco inglés... —comentó la chica, con cierta timidez.

—El inglés es mi padre, yo nací en Italia. Tengo una parte latina totalmente marcada, soy impulsivo, puro fuego, tengo carácter, pero también tengo la parte inglesa que me hace ser reflexivo y cauto cuando la ocasión lo requiere. Eso me ha librado de meterme en muchos líos...

—Ahí viene mi autobús, creo que deberías hacer caso a tu parte inglesa y

volver al hotel en taxi.

—Precisamente es mi parte inglesa la que me está diciendo que no debo dejar que una chica vuelva sola a casa.

—Todavía no son las nueve de la noche, es una hora más que prudencial. Tranquilo...

El autobús paró y Peter le dijo:

—No me apetece volver al hotel, me gusta esta ciudad, me gusta estar en la calle, con la gente, contigo en especial... Me encantaría seguir descubriendo Seattle contigo, la ciudad de verdad, la que vive la gente, no la que sale en las postales...

Susan se conmovió con esas palabras que parecían tan sinceras y le dijo:

—Venga, sube...

Luego ya en el autobús, Susan le comentó entre risas:

—¿Qué tal la experiencia de volver al bus de la gente común y corriente?

—Me encanta. Además tú sabes qué gusto que nadie te reconozca. En Italia no puedo parar en ninguna parte sin que haya gente pidiéndome autógrafos. Y no me molesta, estoy encantado, pero no me permite llevar una vida normal y conocer a gente normal que es lo que me gusta.

—Es que eres un futbolista de élite, no puedes pretender llevar una vida normal.

—Por eso me gusta escaparme en vacaciones a sitios donde no me conozcan. En Seattle con una gorra y unas gafas de sol, puedo pasar inadvertido, como esta tarde en el parque que apenas había gente además... Me gusta evitar los lugares muy turísticos que estén atestados de europeos que puedan reconocerme. Y la verdad que elegir Seattle como destino de vacaciones ha sido todo un acierto. Y además estás tú... —confesó mirándola a los ojos verdes que le tenían embrujado, pues no podía dejar de mirarlos.

Susan pestañeó deprisa y tras retirarse de forma coqueta un mechón de

pelo, replicó:

—¿Yo?

—Sí, tú. Pero tranquila que lo que pasó el otro día no se va a volver a repetir. Fue mi parte italiana, pero la tengo completamente controlada. Estate tranquila...

Susan no estaba precisamente tranquila, además tampoco sabía si le gustaba del todo que tuviera tan controlada esa parte que era lo que la tenía bastante inquieta:

—Es todo tan raro... —musitó con nerviosismo—. Tú eres un tipo famoso y yo...

—Somos una chica y un chico viajando en bus por la ciudad después de haber jugado al triángulo. ¿Conoces una forma mejor de empezar una amistad?

Susan se echó a reír, porque aunque aquella situación era bien rara hacía mucho que no se lo pasaba tan bien...

Capítulo 12

Cuando llegaron a su destino, pasaron delante de la pizzería que estaba en la esquina de la casa de Susan:

—Aquí hacen las mejores pizzas de Seattle... —le indicó la chica.

—Te recuerdo que aunque mi padre sea inglés, tengo un lado italiano muy potente...

Al decir esas palabras, a Susan le entraron unas ganas tremendas y locas de que ese chico la volviera a besar y se asustó porque no podía permitirse sentir esas cosas.

Ella no era así, ella jamás había perdido la cabeza por nadie y menos iba a perderla por un jugador de fútbol que en unos días se iría del país.

—Ya, sí, olvídale... —dijo acelerando el paso y ansiosa por llegar a casa y perderle de vista, antes de que se le fuera la pinza y acabara haciendo cualquier tontería.

—Tengo un hambre tremenda, ¿tú no?

—Sí, pero ceno en casa. Vivo con mi abuela...

—Perfecto. Dile que baje a cenar con nosotros...

—Mi abuela cena una sopa y una fruta, su vesícula no le permite cenar cosas como pizza por la noche.

—Pues cena tú conmigo, anda... Quiero ver cómo es la mejor pizza de Seattle, ya has despertado mi curiosidad y no quiero quedarme con la duda de cómo será... Además, estoy harto de cenar solo en el hotel...

Peter puso tal cara de súplica, muy simpática por cierto, que Susan fue incapaz de resistirse:

—Está bien. Pero no puedo quedarme mucho, de verdad que tengo que estudiar...

—Si la pizza está tan buena como dices, te aseguro que soy de los que se la zampa en tres bocados...

Susan se echó a reír y pasaron al restaurante de Marcelo, un italiano grande, alto y gordo, que aunque llevaba quince años en Seattle, reconoció al instante a Peter Dune, nada más este pisó su restaurante:

—Caray, Susan, esto se avisa. ¡Tú sabes lo que admiro yo a Peter Dune! ¡Este tío es grande, muy grande!

—Tú sí que lo eres.

—Ya te digo, tío. Por lo menos tengo unos treinta kilos de más. Jajajaja.

—No te hagas el humilde, por lo que me ha contado Susan tus pizzas son espectaculares —comentó Peter estrechando la mano rechoncha de Marcelo.

—Madre mía, Peter Dune. Es que ni me lo creo... —farfulló Marcelo.

Susan le mandó callar, llevándose el dedo índice a la boca:

—Baja la voz. Está de vacaciones, no quiere que nadie sepa que está aquí.

—Pero si son todo gente del barrio que no sigue la liga italiana de fútbol...

—Quién sabe... Por si acaso te ruego discreción absoluta —le pidió Susan.

—Y ahora dame la gran noticia y dime que por fin has cazado a un tío como Dios manda... —dijo Marcelo que siempre decía todo lo que se le pasaba por la cabeza.

Susan se puso roja de la vergüenza y a Peter ese gesto le pareció de lo más encantador. En su mundo ya nadie se ruborizaba por nada y sin embargo esa chica... Suspiró...

—Está alojado en el hotel, nos conocimos el otro día en el parque... No digas bobadas...

—Pero ha habido tomate... ¿No?

Peter soltó una carcajada y Susan empujó a Marcelo para que se callara de una vez:

—Vete a la cocina a prepararnos dos pizzas de lo que te dé la gana y nos

las llevas a la mesa del fondo...

—¡A la romántica! Uy, que esto es el comienzo de algo... ¡Os voy a llevar un vinito para hacer el momento inolvidable!

Marcelo se marchó a la cocina y Susan, muerta de vergüenza, se excusó:

—Las pizzas de Marcelo están geniales, pero él es un poco... italiano.

—Es un tipo estupendo, me gusta mucho. Me encanta este lugar... Gracias por traerme, Susan —agradeció Peter, con una sonrisa enorme.

—Está loco porque tenga novio y como es la primera vez que me ha visto entrar con un chico, se ha empezado a pasar películas...

—¿Y tú? —preguntó Peter, mirándola muy serio—. ¿Estás loca por tener novio?

Susan tragó saliva porque no estaba preparada para responder a una pregunta como esa, y más si el que preguntaba era Peter Dune.

—Me tomo demasiado en serio el amor. Para mí no es algo frívolo, no sé si me explico...

—Perfectamente —replicó Peter, encantado de lo que estaba escuchando.

—El amor requiere tiempo y yo no tengo, trabajo, estudio, en mi plan de vida no hay espacio para un novio...

—Ya —masculló Peter, mientras que pensaba que a él no le importaría serlo.

Esa chica era tan diferente a todas, era natural, espontánea, libre, generosa, humilde y tan jodidamente *sexy*... Pero claro no se lo dijo...

—A ti te debe pasar algo parecido, imagino que con la vida que llevas como futbolista profesional no debe ser fácil sacar tiempo para el amor.

Peter iba a replicar algo, pero llegó Marcelo con el vino y prefirió esperar a que lo sirviera y se marchara para decirle a esa chica lo que pensaba al respecto:

—Tienes razón, no tengo tiempo para el amor. Solo para el sexo... Es algo

muy importante para mí, no puedo vivir sin él. Me relaja y me hace bien. Tengo amigas en las que confío y con las que pasamos buenos ratos — confesó Peter, en cuanto Marcelo se hubo marchado.

Y Susan al escuchar aquello por poco no se atragantó con el sorbo de vino que acababa de probar...

—Yo es que concibo el sexo de otra forma —susurró nerviosa—. No sé separar el sexo del amor, llámame boba romántica y todo lo que quieras, pero no sé vivirlo de otra manera.

Peter dio un sorbo a su vino y sonrió encantado de lo que estaba escuchando:

—No me pareces ninguna boba, al contrario. Es admirable y desde luego que es lo ideal. Sexo y amor, pero es tan complicado...

—Sí, por eso estoy sola. Jajajaja. Pero bueno, estoy muy a gusto como estoy.

—Sí, yo también. No te niego que me encantaría encontrar la mujer con la que pasar el resto de mis días, pero mientras llega...

—Te entretienes... —apuntó Susan, encogiéndose de hombros.

—Tampoco creas que me llena del todo, pero al menos es un parche.

Susan le entendía bien, aunque ella estaba a gusto sola sabía bien lo que era echar de menos no tener a alguien al lado con el que compartir tantas cosas de la vida, lo bueno y lo malo, las alegrías y las penas.

Luego, llegó Marcelo con la pizza que los dos devoraron mientras siguieron hablando de distintos temas, con tanta complicidad, que a ambos les sorprendió gratamente:

—Es increíble, llevamos un buen rato de charla y es como si nos conociéramos de siempre... —comentó Peter, cuando ya estaban en los postres.

—Sí, ha sido una cena muy agradable —reconoció Susan, al degustar su

profiterol.

Es más, Peter estaba tan a gusto que se le ocurrió preguntar:

—¿Te gustaría repetir? Así, una cenita relajada, con charla amena, nada más...

Y no es que no quisiera nada más, porque habría hecho el amor a esa mujer ahí mismo sobre la mesa, pero es que prefería ir despacio, descubriéndola poco a poco, hasta que lo inevitable sucediera.

—Sí, claro. ¿Por qué no? —respondió Susan, a la que le estaban entrando unas ganas tontas de que ese chico la besara.

—A mí me viene de perlas entrenar con Tommy, ya sé que tienes que estudiar, pero te prometo que en el parque no vamos a molestarte. Y estudiar al aire libre puede venirte genial... No sé...

Susan sí que no sabía qué hacer con eso que estaba sintiendo, pero decidió centrarse en lo importante y responder:

—Puedo probarlo a ver cómo resulta... Mañana nos vemos y si quieres luego podemos probar el turco de la otra esquina...

—Estoy loco por conocer todos los restaurantes de tu barrio, incluido el McDonalds que he visto tres cuadras más allá...

—Jajajaja. Está bien... Lo que quieras...

Capítulo 13

La idea de estudiar en el parque funcionó de maravilla, además con la motivación añadida de luego irse a cenar con Peter, el tiempo de estudio le cundía más que en casa o que en la biblioteca.

Aparte de que cuando llegaba tras la cena, luego se pasaba tres horas más estudiando que aprovechaba como nunca, para poder seguir disfrutando de esos ratitos con Tommy y con Peter, que tan bien le venían.

Y es que se lo estaba pasando en grande con los dos, le encantaba ver al crío disfrutando tanto con el jugador y Peter...

Bueno, Peter estaba siendo todo un descubrimiento, cada día que le conocía un poquito más, le parecía un tipo más que interesante. Además de ser un apasionado de la fotografía, era un gran lector, le encantaba el cine clásico, la buena mesa, el mar, pasear bajo la lluvia, cocinar para sus seres queridos, escuchar la música a toda pastilla, cantar bajo la ducha, escribir *mails* muy largos a los amigos...

Y así cientos de cosas más que se habían estado contando durante la semana que se pasaron de parque y cenas...

Precisamente una semana después de aquella primera cena en la pizzería de Marcelo, regresaron otra vez y este como siempre empezó con sus bromas:

—¿Cómo vamos chicos? ¿Ha caído ya el primer beso? ¿O estamos esperando a tener cien años?

Los dos se echaron a reír y se fueron directamente a la mesita del fondo, que tanto le había gustado a Peter el primer día...

—Este Marcelo es un caso... —dijo Peter muerto de risa.

—Además si supiera que el primer besó ya cayó... Jajajaja.

—Sí, y fue estupendo. Pero vamos, que estoy muy a gusto como estamos...

—mintió Peter para no agobiarla porque él quería besarla a todas horas.

Y más desde que la conocía un poco más y le tenía cada día más abducido...

—Yo también, estos días están siendo muy... productivos. Me está cundiendo mucho el estudio, me centro más para sacar tiempo para estar con vosotros —replicó Susan, que también estaba deseando que ese hombre volviera a besarla, pero no se lo dijo.

—Eso es genial. Yo te agradezco muchísimo tu compañía, para mí está siendo muy especial. Creo que podríamos llegar a tener una amistad verdadera, sincera y profunda.

Susan sintió un estremecimiento que le recorrió por completo, porque ella sentía lo mismo y algo más... Pero ese algo más no estaba dispuesta a confesarlo así que se limitó a decir:

—Sí, claro, en Seattle siempre vas a tener a una amiga. Cuenta conmigo.

Peter quería tenía en Seattle una amiga y algo más porque lo que estaba sintiendo por esa chica era cada día más fuerte, pero como no quería forzar nada, tan solo replicó para ver qué opinaba Susan:

—Tú también, conmigo. Dicen que un hombre y una mujer no pueden ser amigos, porque está siempre la sombra del sexo acechando. No sé qué te parece a ti...

A Susan le parecía que cada vez que estaba con Peter tenía ganas de abrazarlo, de besarlo y de ir mucho más allá. Y eso que ella no era así, que más bien era de fraguar sus relaciones a fuego muy lento, pero con ese hombre su libido estaba por las nubes...

Claro que ni por asomo iba a confesarlo, así que optó por ser prudente y decir:

—Claro que pueden ser amigos. Perfectamente.

Peter respiró hondo y se tomó la respuesta como un auténtico jarro de agua

fría, pero era lo que había.

Tal vez esa chica solo necesitaba tiempo para comprobar que debajo de toda la parafernalia del jugador de fútbol exitoso, había un hombre normal con ganas de amarla con locura...

Por eso, no se desesperó y después de que Marcelo dejara el vino sobre la mesa, decidió brindar por el futuro:

—... que seguro que será muy hermoso...

Los dos brindaron por ello y se despidieron esa noche, como todas, con dos besos castos en el portal de Susan.

Sin embargo, al día siguiente sucedió algo que no estaba en los planes de ninguno. Y es que Daisy le preguntó a Susan, a la que había visto charlar animadamente con Peter en muchas ocasiones en el hotel, si quería seguir evitando la planta séptima...

—No tengo inconveniente, Daisy... —aseguró Susan, pues era absurdo seguir evitándolo, cuando se veía a diario con ese hombre.

—Veo que ahora os lleváis muy bien...

—Es un buen tipo, le había juzgado fatal. Se está portando genial con Tommy y conmigo es un perfecto caballero...

—¿Y por qué te chispean los ojos cuando hablas de él? ¿Hay algo entre vosotros que deba saber? —preguntó en un tono cantarín.

—Amistad, nada más que amistad. Nos lo pasamos muy bien juntos, es como si nos conociéramos de siempre. Además tenemos una forma de ver el mundo muy parecida y muchos intereses comunes.

—Y es muy guapo y rico...

—Ya, bueno pero eso me da igual...

—Sí, pero es un plus.

—Un plus ¿para qué? De verdad, que entre nosotros no hay más que una gran complicidad y entendimiento y eso es maravilloso. La amistad es un

regalo de la vida.

—Y el amor también, querida.

—Sí, Daisy. Pero no insistas, que aquí no hay amor que valga...

—Ya veremos, preciosa. Ya veremos... Y ahora a trabajar... Para ti enterita la planta séptima...

Susan subió con su carrito hasta la planta séptima y empezó con la habitación que estaba justo en el extremo de la planta, de tal forma que dejó la de Peter para el final.

Además, como no le había visto en toda la mañana supuso que se habría ido pronto de excursión con su cámara de fotos a alguna parte.

Pero cuál no fue su sorpresa cuando a eso de las once de la mañana entró en la habitación y se lo encontró de frente recién salido de la ducha, con una toalla enrollada a la cintura...

—¡Peter estás aquí! —exclamó ella, sorprendida tras cerrarse la puerta.

—He estado haciendo ejercicio en la habitación y ahora me disponía a hacer un poco de turismo. ¿Hoy te toca hacer esta habitación?

Susan asintió con la vista clavada en los pectorales perfectos de ese hombre que no podía ser más atractivo.

—Le pedí a Daisy que me apartara de la planta séptima, para evitar que pasara lo que pasó aquella vez, pero como ya no hay peligro de que pase nada más... —confesó esta vez mirándole a los ojos verdes que refulgían como esmeraldas.

Peter se acercó a ella tanto, que pudo aspirar su maravilloso aroma a rosas frescas, y luego le susurró al oído:

—No tienes nada que temer conmigo. No hay ningún peligro.

Susan tragó saliva, luego le miró a los labios que se moría por sentir sobre los suyos y, temblando de deseo, murmuró:

—¿Y si quiero que lo haya?

—Eso lo decides tú... —contestó Peter, que se moría por arrancarle todas esas ropas de trabajo y dejarla desnuda sobre la cama.

Susan sintió un ligero mareo y acercando su boca a la de Peter, reconoció:

—Yo no sé ni quién soy. Se supone que soy una chica aburridísima, pero me muero porque me hagas el amor.

Peter muerto también de deseo, tomó la chica por la cintura y la estrechó contra él.

—Yo sí sé quién eres y me gustas tanto, Susan...

Susan le agarró por el cuello y le besó con fuerza, mordiéndole los labios, saboreando su lengua, profundizando el beso hasta que se quedaron sin aliento.

Luego la toalla de Peter se cayó al suelo y Susan se quedó alucinada mirando la erección de ese hombre que estaba excitadísimo...

—Es deseo y es mucho más, Susan...

Susan volvió a besarle, mientras las manos de ese hombre recorrían sus pechos con avidez, y era solo el principio... porque si algo tenían claro los dos era que eso no había hecho más que empezar...

Capítulo 14

Peter desabrochó los botones de la camisa blanca de Susan, con una ansiedad que le dificultaba la respiración. Ella cerró los ojos, mientras deslizaba las manos por el cuerpo perfectamente musculado de Peter.

Y olía muy bien, a recién duchado y a su perfume habitual que tanto le gustaba...

—Esto es una locura, pero hueles tan bien... —susurró Susan, loca de deseo.

Peter besó el cuello blanco de Susan y luego deslizó las manos hasta los pechos de tamaño perfecto, los mismos que había deseado tantísimas veces y que ahora estaban al alcance de sus dedos, de su boca, de su lengua.

—Tú sí que hueles bien, me gustas tanto, preciosa...

Peter descendió a besos, desde el cuello a los pechos redondos y altos de esa chica que se entregaba sin más a sus caricias.

—Peter quiero que sepas que yo esto no lo he hecho jamás con nadie en el hotel ni en ninguna parte. Soy esa clase de chica que solo lo hace con su novio...

Peter mordisqueó el pezón durísimo de la chica hasta hacerla gemir y luego le susurró:

—Estás conmigo y es lo único que importa. Déjate llevar, entrégate al placer y no temas nada. No te voy a juzgar por gozar, al contrario quiero que lo hagas, quiero que disfrutes Susan... Hazlo por mí, nena...

Susan cerró los ojos y obedeció a ese pedazo de hombre que devoraba sus pechos a conciencia, aquello era tan exquisito que creyó que iba a correrse ahí mismo...

—Peter eso que estás haciendo es tan bueno... —susurró Susan, extasiada,

quitándose la cofia.

—Solo es el principio, preciosa.

Peter la cogió en brazos y la llevó hasta la cama, donde le arrancó las braguitas y le subió la falda del uniforme que le quedaba de maravilla.

—No sé si podré resistirlo, Peter... Yo hace tanto que...

—Relájate, nena. Estás en buenas manos, solo va a ser placer... Infinito placer...

Peter se perdió entre los muslos de la chica y comenzó a lamerle con una pericia que la llevó al séptimo cielo en cuestión de segundos. Ese hombre sabía lo que hacía, la acariciaba con la lengua con la intensidad y la precisión justas como para arrancarle unos gemidos que a Peter le pusieron más duro todavía.

El placer era tan exquisito que Susan tuvo que enterrar la cabeza en la almohada para que no la escucharan en todo el hotel jadear de puro placer.

—Disfruta, Susan, quiero dártelo todo...

Susan estaba en un punto en el que era absurdo resistirse, ya solo quedaba entregarse y gozar de todo lo que ese hombre le estaba entregando como nunca antes nadie lo había hecho.

Con sus anteriores parejas había disfrutado del sexo, pero no de esa forma como lo estaba haciendo con Peter Dune.

Las caricias de ese hombre eran cada vez más atrevidas y exigentes tanto que como siguiera así iba a sucumbir a un orgasmo bestial.

De hecho, cuando estaba a punto de hacerlo Peter la penetró con dos dedos y ella gimió derretida de placer.

—Deseaba tanto sentirte de esta forma, estás tan mojada...

Peter siguió penetrándola cada vez con más intensidad y profundidad y cuando ella creyó que no podía no más, él se demoró en el punto G de la chica, en esa pequeña protuberancia que la hizo volverse loca de placer.

—Esto es increíble, Peter, por favor...

Peter siguió descubriéndole hasta dónde era capaz de sentir, llevándola un poco más allá los límites de todo lo que había conocido y disfrutado hasta ese momento, mientras ella jadeaba anegada por un placer que parecía no tener fin.

—Es todo para ti, nena, todo... —susurró Peter, mirándola con una mezcla de deseo y cariño que a Susan le derritió más todavía.

—Es demasiado, Peter. Es más de lo que puedo soportar...

—Nunca es demasiado, preciosa... —dijo Peter, cogiendo con la mano libre una toalla que había sobre la mesilla de noche y que no había utilizado después de la ducha—. Levanta un poco las caderas...

Susan obedeció y Peter colocó con cuidado la toalla debajo de las caderas de la chica, en previsión de lo que iba a pasar.

—¿Y esa toalla?

Peter acarició los pechos suaves y redondos de la joven, tan cremosos que gimió de puro gusto, y respondió mordiéndose los labios:

—¿Nunca te han tocado así, verdad?

Susan negó con la cabeza, porque lo cierto era que con sus novios había tenido un sexo bastante convencional, con la luz apagada.

Lo que estaba viviendo con ese hombre, esas caricias tan atrevidas y sin límites a plena luz del día era una experiencia totalmente nueva para ella.

—Nunca he sentido nada parecido...

—¿Ha escuchado hablar del *squirt*? ¿De la eyaculación femenina?

—Sí, pero yo no...

Susan no pudo decir nada más, porque en ese mismo instante una ola de placer la anegó de tal forma que le sobrevino un orgasmo de lo más intenso, que la hizo estremecerse entera. Un orgasmo contundente que presionó fuerte los dedos de Peter, que por unos segundos paró sus incursiones en el interior

mojado y estrecho de la chica.

—Este orgasmo ha sido en seco, pero en el siguiente vas a eyacular. Ya lo verás, nena. Solo tienes que dejarte fluir y centrarte en las sensaciones, nada más, preciosa.

—Este orgasmo ha sido tan salvaje que dudo que pueda correrme otra vez, Peter.

—Claro que vas a poder, confía en mí...

Peter sonrió de una forma tan *sexy* que los pezones de Susan se pusieron durísimos de nuevo, luego siguió penetrándola, mientras le pedía que contrajera y soltara los músculos internos.

Susan lo hizo al tiempo que Peter siguió con la masturbación cada vez más dura, tanto que llegó un momento en que sintió una sensación tan electrizante y placentera que creyó que hasta iba a orinarse encima...

—Ya lo tienes, nena. Levanta las caderas y presiona las nalgas, vamos, hazlo... ¡Entrégate! ¡No tengas miedo! ¡Déjate llevar! —le exigió Peter, penetrándola más fuerte que nunca.

Susan lo hizo, cerró los ojos y confió en las palabras de ese hombre, el amante más experto y exigente que había tenido nunca, y entonces un chorro viscoso salió de su interior haciéndola gritar de un placer infinito.

—Bien, nena, eres una diosa. Mira, de lo que eres capaz...

Susan con los ojos llenos de lágrimas y la cara repleta de gotitas de sudor, sonrió de emoción y de gratitud, y luego no pudo evitar romper a llorar como una niña.

Peter se tumbó a su lado, la abrazó con fuerza, y la besó en los labios con dulzura, mientras que con el dedo pulgar, acariciaba la vulva tan mojada de la joven...

—Lo has hecho muy bien, Susan. Gracias por abrirte así para mí, eres maravillosa...

Peter retiró con dos dedos las lágrimas de la chica, mientras que con la otra mano siguió tocándola de tal forma que la llevó hasta un límite en el que solo que tuvo que introducir dos dedos otra vez y penetrarla un poco más, para que volviera a correrse chorreando de placer.

—No puede ser, Peter, esto que haces conmigo es... —susurró Susan después de sentir otro orgasmo brutal que la dejó temblando.

—Solo te doy lo que mereces, lo que me haces sentir, eres puro fuego, nena.

Peter acarició muy dulce el rostro de la chica y luego se besaron de una manera muy tierna en los labios.

Susan pensó entonces que en la vida había conocido un hombre como ese que sabía ser duro y exigente en el sexo, pero a la vez dulce y cariñoso, que la había hecho sentir la mujer más deseada del mundo, pero a la vez protegida y cuidada, muy valiosa...

—Tú sí que eres puro fuego, Peter Dune. Eres muy especial... Demasiado... —reconoció tras lanzar un suspiro profundo.

—Te vuelvo a repetir lo de antes, solo es el principio, Susan...

Y se levantó al cuarto de baño donde en su neceser guardaba un par de condones...

Capítulo 15

Cuando regresó, Peter se percató de que Susan había arrojado la toalla empapada al cubo de ropa sucia que llevaba en su carrito de trabajo y que estaba limpiándose con un toallita húmeda de las que guardaba para reponer en las habitaciones.

—Ya estoy de vuelta, princesa —susurró mordiéndola en el cuello.

Susan sintió un escalofrío que la recorrió por completo y luego sonrió tímidamente:

—Creo que lo mejor es que me vaya...

Durante el rato que Peter se había pasado buscando los condones, a Susan se le habían pasado miles de cosas por la cabeza. Primero, que qué clase de locura le había entrado para acabar teniendo sexo de alto voltaje con un cliente, segundo, que qué hacía liándose con un deportista de élite que en breve se iría del país, y tercero que cómo había sido tan irresponsable como para tener sexo en horario de trabajo.

Sin embargo, Peter ajeno a las divagaciones de Susan, la tomó por la barbilla, obligándola a que le mirara a los ojos:

—¿Quieres marcharte? He ido a por un par de condones, todavía nos queda mucho por disfrutar...

—No lo dudo, pero estoy en horario de trabajo. Tengo los tiempos ajustados al máximo, como no me vaya ya no voy a poder sacar adelante la faena del día —replicó Susan en pleno ataque de cordura.

Peter la estrechó contra él, para que sintiera su potente erección y susurró a su oído:

—Lo entiendo, Susan. A pesar de mi dureza puedo esperar lo que haga falta...

Pero Susan no quería esperar, fue sentir esa dureza presionando su pubis y de nuevo su sangre ardió.

Sin pensarlo mucho más, enterró los dedos en el pelo de Peter y le besó con pasión y fuerza, de una forma tan exigente que él supo perfectamente lo que le estaba pidiendo.

Rasgó la envoltura del preservativo, lo sacó y se lo puso con cuidado de que no se rompiera. Después, la levantó por las caderas, ella rodeó el cuerpo duro de ese hombre con sus piernas y así en volandas Peter la cargó hasta empotrarla contra la pared del fondo de la habitación, tras una potente y seca embestida.

Susan al sentir esa invasión, cerró los ojos y gimió de placer. Peter la había penetrado tal y como deseaba, no quería que fuera dulce, ni especialmente cuidadoso, necesitaba esa rudeza, le quería así, desatado y sin contemplaciones.

—¿Lo quieres así, nena?

Peter tiró un poco del pelo de Susan para obligarle a que alzara la cabeza y luego la besó con profundidad, comiéndole la boca con avidez.

Ella casi sin aliento, dijo entre dientes:

—Sí, justo así...

Peter comenzó a penetrarla sin dejar de devorarla, mientras la chica clavaba las uñas en los hombros sudorosos y musculados.

—No voy a parar hasta que te lo dé todo, Susan. No voy a dejar de follarte hasta que te abra bien, quiero llenarme de tu humedad, de esta calidez tan estrecha...

Susan solo pudo gemir de lo excitada que estaba, solo quería que ese hombre no dejara de penetrarla y de hacerla sentir tanto como nunca nadie lo había hecho.

—Hazlo te lo suplico, hazlo... —susurró con los ojos llenos de lágrimas y

el corazón bombeándole muy deprisa.

Peter claro que lo hizo, se hundió en ella buscando el placer máximo de ambos, haciéndole experimentar a esa chica que temblaba entre sus brazos sensaciones que la tenían al borde un precipicio.

Y a él tanta entrega y tanta generosidad, porque Susan se lo estaba dando todo, le tenía tan emocionado como excitado.

—Eres un sueño, Susan. Quiero fundirme contigo, preciosa. Quiero dártelo todo...

Susan colocó las manos en las nalgas de Peter y las presionó contra su pubis porque necesitaba que las penetraciones fueran más intensas y más fuertes, porque quería mucho más aunque estuviera sintiendo que su cuerpo apenas ya iba a poder resistir más.

—Dámelo, Peter. Dámelo...

Peter sintió que la estrechez de esa chica se dilataba un poco más y decidió que era el momento para soltarse del todo, para ser más duro y más intenso, para profundizar más aún en las penetraciones, y hacerlas muchísimo más rápidas.

—Tómalo, Susan. Acéptame, así. Entero...

Peter movía la pelvis implacable, sus penetraciones hacían gritar de placer a Susan, que con los ojos en blanco, no dejaba de pedir más y más...

Peter entonces descendió con una mano hasta el pubis mojadísimo de la chica y con el pulgar acarició el clítoris unas cuantas veces hasta que desencadenó un orgasmo que apretó tan fuerte su miembro que le hizo gritar de puro gusto.

Después, cuando todavía Susan jadeaba en su hombro, exhausta de tanto placer, siguió penetrándola fuerte y contundente, hasta que un poco después se corrió lanzando un gruñido que a Susan le hizo sonreír de satisfacción.

Agotada, se aferró a él, que la llevó hasta la cama donde la dejó tumbada...

—Quédate conmigo esta semana... —le susurró tras tumbarse junto a ella.

Susan pestañeó muy deprisa y replicó con el corazón latiéndole con fuerza:

—¿Me estás pidiendo que me quede contigo en el hotel?

—Solo me queda una semana de vacaciones. Después vuelvo a Italia con la pretemporada que por cierto este año una parte es en Estados Unidos. En tres semanas estaré de vuelta jugando en Nueva York, ese fin de semana puedo escaparme y venir a verte otra vez... Si quieres claro...

Susan suspiró porque si algo no quería era separarse de ese hombre que acababa de hacerle sentir tanto, pero para ella hacer las cosas de esa manera tan intensa y tan rápida era tan novedoso que estaba un poco asustada...

—No suelo ir tan deprisa con los chicos...

Peter la besó en la mejilla con cariño y luego le dijo para calmarla:

—Perdona mi ansiedad, Susan, pero es lo que siento. Necesito pasar el máximo de tiempo contigo, es lo que me pide mi corazón y mi cuerpo también —confesó con una sonrisa enorme.

—No sé cómo se puede tomar mi abuela que pase una semana fuera de casa. Y encima con los exámenes a la vuelta de la esquina...

—Son a finales de mes, yo solo te pido esta semana. Después dispondrás de todo el tiempo hasta que regrese... Si es que quieres que lo haga...

—¡Claro que quiero! Pero si me quedo... tendrás que dejarme estudiar al menos dos horas o tres horas por la noche.

—Por supuesto. Y también si quieres te dejo practicar con mi cuerpo, soy todo tuyo... —bromeó Peter divertido.

—Esto es una locura, tengo sexo en horas de trabajo, me muero de ganas de pasar una semana con un chico que casi no conozco de nada...

—¿Cómo que no me conoces de nada? —replicó Peter, molesto—. Esta semana que hemos estado juntos hemos hablado de cosas profundas, nos hemos sincerado los dos, yo al menos te he abierto mi corazón y te he

contado cosas que solo saben mis mejores amigos.

—Sí, yo también me he abierto contigo, por no hablar de lo que acaba de pasar, que es la intimidad máxima, pero a mí me gusta hacer las cosas despacio, sin prisas... ¿Me entiendes? —confesó Susan mordiéndose los labios.

Peter repasó el labio inferior de la chica con el pulgar y luego le recordó:

—Perfectamente. Pero las cosas se han dado así, estoy de paso, mi vida está en Italia y solo tengo una semana para convencerte de que tu vida está a mi lado.

Susan perpleja, con los ojos como platos y muy nerviosa, replicó:

—¿No crees que te estás precipitando un poco, Peter Dune?

—Sé lo que quiero, Susan. Y lo tengo delante...

Susan respiró hondo y sin creerse que le estuviera pasando eso se centró en lo que de momento era lo más importante:

—Esto es demasiado para mí. Vayamos paso a paso, me queda una planta entera por limpiar y luego hablaré con mi abuela... Por la tarde, en el parque te cuento...

Capítulo 16

Después de meterse una paliza tremenda a limpiar, porque llevaba una hora de retraso que había perdido o ganado según se mirara con Peter, se fue a buscar a Tommy al colegio y luego a casa a comunicarle a su abuela lo que tenía previsto para la próxima semana.

Si es que se atrevía, claro, porque ganas no le faltaban aunque era consciente de que era una locura total, pero entendía perfectamente que su abuela pusiera el grito en el cielo cuando le contara lo que tenía previsto hacer.

Y tal vez así era lo mejor, ya que ella había perdido la cabeza con Peter, quién mejor que su abuela para devolverle la cordura y hacerle poner los pies en el suelo.

Porque se mirara por donde se mirase, lo suyo no podía ser. Era verdad que tenían mucha complicidad, una forma de ver la vida parecida y una química sexual brutal, pero había una realidad incuestionable que saltaba a la vista.

Ella era una chica normal, a punto de terminar una carrera que tenía pensado desarrollar en el futuro en Seattle, y él era un futbolista de éxito con un futuro prometedor en la liga italiana.

¿Cómo narices se conciliaba eso? Ahora que ¿cómo podía resistirse a pasar una semana junto al hombre más maravilloso que había conocido en su vida?

Agobiada por las preguntas que no paraban de taladrar su cabeza, subió a casa donde su abuela le tenía preparado un plato de lentejas...

—Sé que no te gustan demasiado, pero las necesitas para rendir con tus exámenes. Ahora vienen días muy duros y necesitas alimentar tu cerebro con cosas que lo potencien... —le dijo su abuela en cuanto le puso el plato sobre

el mantel.

Susan estaba tan nerviosa que no le apetecía comer ni un chusco de pan, con todo respiró hondo, cogió la cuchara y se dispuso a comer sin ganas:

—¿Se puede saber qué te pasa, jovencita? —preguntó la abuela a la que no se le pasaba una.

No había parido a Susan, pero la conocía mejor que nadie...

—Nada, abuela. Tranquila —mintió para que se quedara tranquila.

Pero la abuela no la creyó, se sentó a su lado y le preguntó cogiéndole cariñosamente la mano:

—No puedo estar tranquila porque te miro a los ojos y veo que tienes una preocupación enorme. ¿Me quieres contar qué pasa, cielo?

Susan se mordió los labios, resopló un poco y luego confesó ruborizada:

—Estoy metida en un buen lío, abuela.

La abuela frunció el ceño y preguntó preocupada:

—¿En el trabajo?

—No, en el trabajo está todo bien. Tiene que ver con el chico que lleva una semana acompañándome a casa...

Susan le había contado todo a su abuela, todo menos el beso y mucho menos lo que acababa de suceder hacía unas horas. Pero sí sabía que se habían conocido en un parque, que era un futbolista italiano, que era encantador, que quedaba todas las tardes con él, que se portaba genial con Tommy y que llevaban compartiendo cenas en los restaurantes del barrio durante toda la semana.

—¿Y qué pasa que tienes esa cara de circunstancias? ¿Te has enfadado con él?

—No precisamente...

—¿La cosa va bien entonces? —preguntó la abuela con los ojos chispeantes.

Susan resopló porque no tenía ni idea de cómo plantearle el asunto a su abuela...

—Depende de cómo lo mires...

—Solo hay una forma de mirar los regalos de la vida: con gratitud —le aconsejó la abuela.

Susan la miró con el ceño fruncido y le preguntó porque no entendía bien lo que quería decirle:

—¿De qué regalo hablas, abuela?

—De que a ti te gusta ese chico y no tienes ni idea de cómo gestionarlo.

Susan miró a su abuela con la misma cara que ponía siempre que le leía el pensamiento:

—¡Se me había olvidado que eres bruja! —exclamó Susan entre risas.

—No soy bruja, simplemente te conozco como si te hubiera parido. Desde que ese chico ha llegado a tu vida estás resplandeciente, hacía mucho que no te veía ese brillo en la mirada...

Susan suspiró hondo y clavó la mirada en el plato para que su abuela no siguiera leyéndole su interior:

—Ya, pero es complicado, abuela. Él vive en Italia, su carrera está allí y yo tengo que estar aquí contigo. Mi sitio es este...

La abuela dio un manotazo al aire y le espetó a su nieta:

—Tu sitio está donde esté tu felicidad y si es Italia, a Italia tendrás que macharte...

—Abuela por favor, que pensé que tú ibas a tener algo de cordura...

—La sensatez es la que me obliga a decirte que debes buscar tu felicidad por encima de todo.

—Pero es que está yendo todo tan deprisa, abuela, que siento hasta vértigo.

—Creo que deberías relajarte y disfrutar de las cosas buenas que te trae la vida, Susie. Estudias y trabajas muy duro, desde muy cría has cargado con

tremendas responsabilidades, ya te toca divertirse y sobre todo ser feliz.

—Pero es que le queda solo una semana de vacaciones y me ha pedido que la pase con él... —le contó Susan muy preocupada, esperando que su abuela le dijera que declinara la invitación.

—Pues en cuanto comas, haz la maleta y vete con él...

Susan puso los ojos como platos porque esperaba de su abuela cualquier cosa menos esa respuesta:

—Pero abuela que yo no soy de hacer las cosas a tontas y a locas, que yo me tomo las relaciones muy en serio, que me gusta ir despacio, pisando sobre seguro y...

—Lo mejor de la vida es lo inesperado, créeme Susan... Si sigues en tu zona de confort nunca va a pasarte nada que merezca la pena.

—Ya, pero es que esto es una aventura demasiado fuerte para mí...

—Ya sé que para ti lo ideal habría sido conocer a un chico en tu entorno laboral o de la universidad y que las cosas fueran de una forma convencional, pero la vida te ha traído a un jugador de fútbol europeo... Es lo que hay, cariño. Y tienes una semana para estar con él, conocerle un poco más y saber hasta qué punto puede llegar a ser importante esta historia para ti.

—Eso es lo que me da miedo, abuela. ¿Y si descubro que es importante de verdad? ¿Qué hago?

—Lo que debería darte miedo es que ese futbolista puede ser el hombre de tu vida y por tus miedos estás a punto de echar a perder el gran regalo que la vida te tiene deparado.

La abuela se puso de pie para regresar a la cocina a prepararle el segundo plato a Susan...

—¿Adónde vas a abuela? Si con las lentejas ya tengo de sobra...

—Cómete las lentejas y luego el pescado... Tienes que estar bien alimentada para los días tan duros que te esperan...

—¡Abuela, por favor! —exclamó ruborizada, llevándose las manos a la cara.

—Que no lo digo por la semana loca que te vas a pasar con ese chico tan guapo, lo digo por los exámenes...

—Me voy a llevar los apuntes, porque pienso estudiar todas las noches mínimo tres horas...

—Pues más tonta eres tú, cuando puedes ponerte a estudiar de forma intensiva después de que él se vaya. Dedícate mejor a... conocerle bien...

—¡Abuela, por favor! Deja de decirme esas cosas que me da mucha vergüenza...

—Anda, que ya eres una mujer hecha y derecha, no seas boba y disfruta de la vida, Susan. Porque este sin duda es tu gran momento...

Capítulo 17

Después de dejar a Tommy en casa tras la jornada de entrenamiento en el parque, se fueron directamente al hotel...

—Esto es muy raro, subir por este ascensor como cliente no estaba en ninguno de mis planes —comentó Susan, nerviosa, mientras subían a la planta séptima.

—¿Podrías tener problemas con tus jefes? —preguntó Peter, con cierta preocupación.

—Mañana hablaré con Daisy, pero si soy discreta no creo que pase nada...

—¿Y con tu abuela?

—Me ha dicho que disfrute de la vida... ¿Te lo puedes creer? —contestó Susan encogiéndose de hombros.

—Me gusta tu abuela, me encantaría conocerla antes de irme. ¿Me invitarás a comer un día con ella?

—Sí, claro... Ella también estará encantada de conocerte... Pero yo... Ay Peter, no sé, todo esto va demasiado deprisa...

El ascensor se abrió porque habían llegado a la séptima planta y la conversación quedó en el aire. Caminaron en silencio sobre la moqueta azul hasta la puerta de la habitación que Peter abrió para pedirle a Susan después, con un gesto caballeroso con la mano, que pasara...

—Sé que esto va mucho más deprisa de lo que tú quisieras, pero no quiero que te sientas incómoda. No va a suceder nada que no quieras tú que pase... ¿Me entiendes, preciosa? —dijo Peter tras cerrar la puerta de la habitación.

Susan asintió con la cabeza, mientras Peter dejaba la maleta de la chica en el suelo.

—Tengo miedo... —reconoció Susan, sentándose sobre cama enorme de la

habitación.

—¿A qué? —preguntó Peter sentándose a su lado.

—A que esto vaya más allá y se nos vaya de las manos.

Peter sonrió con su sonrisa perfecta y le acarició el rostro con la mano:

—Es lo que estoy deseando que pase, nena. ¿Qué problema habría con eso?

—Que lo nuestro sería imposible, tú allí y yo aquí... ¿Viéndonos cuándo? ¿Unos cuantos días al año? ¡Yo no quiero eso para mí!

Peter se echó a reír, porque esa mujer hasta cuando estaba agobiada estaba bonita...

—No me voy a conformar con tenerte unos cuantos días al año. Descuida que tampoco está en mis planes, pero hay muchas otras alternativas. ¿Qué tal si te vienes a Italia?

Susan le miró alucinada, como si estuviera hablando en chino:

—Eso es inviable, mi vida está aquí, con mi abuela...

—Tengo un maravilloso apartamento en el centro que está vacío y donde podrías poner tu consulta de fisioterapia. Y en las afueras tengo una casa asquerosamente grande, con una casa independiente para invitados, donde os podrías alojar tu abuela y tú, claro con la condición de que vinieras a visitarme por las noches a mi cama...

Susan no pudo evitar echarse a reír...

—¡Estás loco! Vaya ideas más raras que tienes...

—Te equivocas, es sensatísima, vente con tu abuela y vayamos poco a poco, hasta que te convenzas de que soy el hombre perfecto para ti, abandones la casa de invitados y te instales por fin como señora Dune en mi hogar, después de que celebremos un bodón por todo lo alto.

Susan se partía de risa, porque además Peter lo contaba con una gracia tremenda.

—¿Por qué no trabajarás en el mantenimiento del hotel? Sería todo tan fácil... —habló en voz alta.

—Porque la vida es así, nena. Nos pone a prueba y es maravilloso porque estamos aquí para eso, para superar pruebas, aprender y crecer. De eso se trata la vida...

Peter la besó en la mejilla despacio y Susan suspiró con el corazón a mil...

—Dicho así parece tan fácil...

—Es fácil, solo tienes que dejarte llevar... —Peter la besó suavemente en los labios y ella respondió devolviéndole el beso.

Luego, se enredaron en un beso más húmedo, más largo y más intenso, que les volvió locos de ganas de mucho más.

Peter le arrancó la ropa a Susan y ella hizo lo propio con la de él, hasta que se quedaron desnudos y temblando de deseo.

Susan le miró de arriba abajo y pensó que no se podía estar más bueno, ese tío parecía un dios griego y de repente se sintió en la obligación de honrarle como merecía.

Por eso, Susan comenzó a descender a besos desde el cuello hasta acabar arrodillada frente él, frente a su poderoso miembro duro que se moría por tener en su boca.

Peter sentado en el borde de la cama, al sentir que los labios de esa chica tocaban su parte más íntima sintió que iba a marearse de puro placer.

—Nena, eso que está haciendo es demasiado bueno...

Susan no tenía demasiada experiencia haciendo eso, con sus novios lo había hecho unas cuantas veces y no era que lo hubiera disfrutado demasiado. Con ellos todo había sido más mecánico y menos excitante, pero con Peter era distinto.

Con Peter se sentía mucho más libre para hacer lo que quisiera, con Peter tenía ganas de todo y estaba descubriendo cosas que ni sabía que llevaba

dentro.

—No es que sea una experta pero... —susurró Susan, levantando la cabeza y mirándole con verdadero deseo.

Peter acarició el rostro de la chica con el dorso de la mano y le dijo:

—No te veas obligada a devolverme el placer, haz lo que te apetezca. Si esto no te gusta, déjalo...

—Es que quiero hacerlo... —confesó Susan, justo antes de volver a introducir el miembro sedoso y duro en su boca.

Y esta vez fue más allá, no solo trazó dibujos en el glande con la punta de la lengua, sino que después lo aceptó en su boca tanto como pudo...

Peter gimió, tirando del pelo de la chica con suavidad, para salirse un poco del interior húmedo y caliente...

—Tienes una boca deliciosa, Susan. Pero ¿de verdad estás segura de que quieres hacerlo?

Susan asintió con la cabeza y esta vez aceptó un poco más todavía en su boca, porque quería hacerlo con todas sus ganas. Quería que ese hombre sintiera tanto placer como ella había sentido y si se podía más...

Lo necesitaba. Por eso, comenzó a chuparlo, sacando y metiendo el miembro de su boca, cada vez con más presión y profundidad, con más deseo y más morbo.

Peter rugiendo de deseo porque esa chica lo hacía como nadie que hubiera conocido, y eso que había estado con auténticas virtuosas, mujeres muy expertas que sabían bien lo que hacían, sin embargo esa chica a pesar de que se notaba que no lo había practicado demasiado, ponía tantas ganas, tanto empeño y tanta entrega, que estaba duro como no recordaba.

—Lo haces tan bien, nena... Eres divina...

Susan sacó el miembro de su boca y le pidió a Peter con los ojos chispeantes de deseo:

—Quiero más, Peter. Lo quiero todo, hasta el final...

Peter colocó las manos en la nuca de Susan, ella abrió la boca para tragarlo de nuevo y él apretó dulcemente la cabeza contra su miembro para que las penetraciones fueran más profundas.

Él de nuevo gruñó porque la sensación era exquisitamente insoportable y comenzó a penetrar la boca ardiente de esa chica, mientras los pechos perfectos y redondos se bamboleaban de una forma que no podía ser más *sexy*.

El miembro duro y grande de Peter empujaba cada vez más adentro, ya casi con el fondo de la garganta la chica, las mandíbulas de Susan estaban muy tensas pero ella no quería parar, lo tenía clarísimo.

Quería seguir aceptando, sintiendo, dándose todo hasta que se derritiera en su boca.

Pero aquello era duro, el miembro de Peter era grande y cada vez empujaba más adentro. Si bien, Peter estaba con ella para alentarla y hacer que fuera más allá de sus límites...

—Vamos, nena. Ya casi lo tienes...

Susan controló como pudo la arcada y siguió resistiendo esa invasión tan morbosa como excitante, hasta que Peter no pudo más y se corrió lanzando un gruñido que dejó a la chica estremecida.

Capítulo 18

Los dos cayeron tumbados, la una junto al otro, y Peter le acarició los labios con mucho cariño:

—Lo que has hecho, nena, no lo voy a olvidar nunca...

Susan se mordió los labios con el sabor de las esencias de ese hombre todavía en la boca.

—He hecho lo que sentía que tenía que hacer.

—Nos hacen análisis y pruebas constantemente, estoy sano. Puedes estar tranquila, conmigo el sexo siempre será seguro, en todos los aspectos.

—Yo no había hecho esto nunca, así hasta el final. Es la primera vez que acepto la semilla en mi boca y dejó que corra por mi sangre. Necesitaba que fuera así... No sé, pensarás que soy una cursi y una idiota... —confesó Susan retirándose un poco de rímel que se le había corrido después del esfuerzo.

—Exprésate como quieras, no tienes que pedir perdón por ser como eres. No lo hagas nunca, Susan. Yo te estoy muy agradecido por tanto placer como me has dado. Ha sido algo muy especial para mí, algo que va más allá del sexo. Esto no es solo sexo y tú lo sientes como yo... —susurró besándola en la boca con dulzura.

Los dos se abrazaron muy fuerte y luego se miraron a los ojos que decían demasiadas cosas, mucho más que las palabras que en esos instantes pudieron haber llegado a decir.

—Para mí el sexo no es algo frívolo, Peter. Ya lo sabes. Si estoy así contigo, si hago las cosas que hago es porque siento por ti algo que...

Susan se calló, porque de repente se sintió un poco ridícula: ¿cómo se podía hablar de algo profundo y de verdad en tan poco tiempo?

—¿Algo qué, pequeña? Dilo...

—No sé, es extraño porque para mí el amor es algo que crece poco a poco, pero estoy sintiendo cosas por ti cosas demasiado fuertes para llevar tan poco tiempo juntos.

Peter la abrazó más fuerte todavía, recorrió los labios de la chica con el dedo y susurró:

—Para mí no es nada extraño lo que dices porque siento lo mismo. No sé si esto ya lo vivimos en otras vidas, si llevo amándote siglos, Susan, pero lo que siento por ti me desborda... Y sí, puede que nadie lo entienda, que es poco lo que llevamos juntos, pero me siento contigo como si hubiera vuelto a casa. Tú eres mi puerto de llegada... Lo siento así, aunque suene estúpido y ridículo...

Susan sonrió con una sonrisa enorme y musitó emocionada:

—Vaya dos, estamos locos de atar.

—Mientras me encierren en la misma celda contigo, me da todo lo mismo.

Peter deslizó sus manos por los pechos redondos de Susan y luego tiró de su pezones hasta endurecerlos...

—Me gustas tanto, nena. Eres una maravilla.

Susan gimió cerrando los ojos y Peter siguió acariciando los pechos firmes y altos con ambas manos...

—Haces conmigo lo que quieres, Peter Dune.

—Solo quiero darte placer, solo quiero que seas feliz...

Peter descendió una mano hasta la entrepierna de la chica que estaba muy húmeda, acarició suave la vulva y luego hundió un dedo en el interior.

—Y lo soy, todo es esto es demasiado... —musitó mientras Peter la penetraba con el dedo.

—Nunca es demasiado, nena.

Peter sacó el dedo del interior de la chica, lo lamió como si fuera el manjar más exquisito y luego se levantó de la cama a buscar algo...

Susan pensó que sería un condón, pero cuál no fue su sorpresa cuando Peter regresó con la cámara de fotos.

—¿Y eso? ¿Para qué traes la cámara?

—Si te incomoda lo dejo, pero me encantaría retratarte mientras te tocas para mí...

Susan sintió de repente un pudor tremendo, jamás se había tocado para nadie y menos aún para alguien que portaba una cámara de fotos. Aquello era demasiado íntimo y también demasiado morboso...

Porque fue escuchar la propuesta y además de pudor, sintió una excitación tremenda.

—Para ti debe ser algo habitual pero entiende que para mí es algo cuanto menos chocante...

—No es nada habitual. Es la primera vez que le pido a una mujer que lo haga, jamás he sentido esta necesidad que ahora siento de retratar tu placer para tenerlo cuando estemos separados. Pero te repito que si no te gusta la idea, lo dejemos ahora mismo...

—No sé si me gusta porque no lo he hecho nunca, pero sí me preocupa lo que pueda pasar con esas fotos. Me horrorizaría que fotos íntimas mías estuvieran circulando por ahí... —comentó Susan mordiéndose los labios de la ansiedad.

—Es que es un delito, yo jamás haría nada parecido. Estate tranquila que las fotos estarán guardadas en un archivo oculto protegido con contraseña en mi tablet. Y por supuesto las borraré de mi cámara en cuanto las pase al otro lugar secreto y protegido. Además, no voy a sacar tu cuerpo, solo quiero retratar tu rostro, tus ojos, tu boca, como mucho tu cuello cuando lo arquees por la tensión del orgasmo. Nada más...

Susan tragó saliva porque precisamente lo que le estaba pidiendo retratar era lo más íntimo, su rostro entregado al placer, que ella misma iba

procurarse...

—Es muy fuerte lo que me pides, Peter —reconoció respirando hondo.

—Lo sé y acepto que no quieras exponer tu intimidad ante mí de esa forma tan abierta y...

Susan tuvo que interrumpirle, porque ella sí quería entregarle eso, le apetecía muchísimo ir más allá de sus límites y darse de esa forma tan nueva para ella.

—Quiero hacerlo, Peter. Pero no sé si mi cuerpo responderá, estoy muy excitada pero no sé si el objetivo me inhibirá...

—Probamos y si te encuentras incómoda, lo dejamos... ¿Te parece, preciosa?

Susan asintió y comenzó a acariciarse los pechos, mientras Peter le hacía fotos a los labios que ella mordía con sensualidad.

Los pezones se pusieron muy duros y deslizó una mano hasta su vulva mojada, miró a Peter y mientras él retrataba su deseo, ella introdujo un dedo hasta el fondo.

Peter gimió y ella también arqueando la cabeza hacia atrás...

—Lo estás haciendo muy bien, Susan —dijo disparando hacia el cuello en tensión—. Eres tan sensual, deja que salga todo lo que llevas dentro. Libera todo el fuego que tienes, no te dejes nada dentro, nena.

Susan comenzó a acariciar el clítoris con una mano, mientras que con la otra continuaba con las penetraciones cada vez más profundas y fuertes.

Peter sacaba fotos a la boca de la chica, hinchada por el deseo y ligeramente entreabierta, a la barbilla levantada, a los ojos que brillaban más que nunca en una expresión de poderío que le hacían parecer una diosa.

—Quería esta mirada, Susan. Justo esta... Eres una diosa.

Susan miró a Peter que estaba arrodillado en la cama, a su lado, con un deseo infinito y comprobó cómo estaba empalmado otra vez.

—Te necesito dentro de mí. Otra vez... —susurró tomando el miembro con la mano y metiéndolo dentro de su boca, hasta el fondo.

Peter dejó de hacer de fotos por unos instantes y solo cuando Susan se apartó del falo, con unas pequeñas lágrimas recorriendo su rostro por el esfuerzo de haberle aceptado tan dentro de ella, volvió a disparar.

Susan seguía masturbándose, sentía el clítoris tan duro y estaba tan mojada, que sabía que el orgasmo era inminente.

Peter que no cesaba de fotografiar ese rostro casi desencajado por el deseo más feroz, esas lágrimas fruto de una entrega infinita y esa boca que seguía ávida de más, también lo sabía por eso susurró:

—Ya lo tienes, nena. Dame tu orgasmo, déjame que lo atrape...

Y Susan se lo dio, un orgasmo tremendo sacudió todo su cuerpo, haciéndola gemir de un placer que Peter retrató tan excitado que en cuanto los espasmos de la chica cedieron, soltó la cámara y se marchó al baño a buscar un condón para continuar con aquello...

Porque por supuesto que no habían terminado...

Capítulo 19

Cuando Peter regresó a la cama, Susan permanecía bocabajo con los ojos cerrados, todavía estremecida de tanto placer.

—Me da miedo pedirte que me enseñes las fotos, no quiero ver las caras que he puesto...

—Eres tan hermosa, Susan. Esas fotos son lo más bello que he retratado nunca, y créeme que he estado en el mundo entero. Pero no hay nada que se compare con tu cuerpo entregado al placer más auténtico. Verte gozar es como una explosión de la naturaleza, es belleza en estado puro, es un canto a la vida y a todo lo bueno que tiene.

—Eres demasiado amable, Peter Dune. Seguro que he puesto alguna cara horrible, donde salgo feísima...

Peter posó una mano sobre las nalgas blancas y cremosas de la chica y las recorrió muy excitado.

—Me encanta cómo gozas, cómo te entregas al placer, hay tanta verdad y tanta intensidad... No puede haber nada feo en un acto tan puro y tan auténtico, Susan.

Peter llevó una mano hasta la boca de Susan y presionó para que la abriera. Ella un poco sorprendida por la invasión que no esperaba abrió la boca y lo acepto hasta el fondo.

—Chupa bien el dedo, nena. Llénalo bien de saliva...

Susan lo hizo y luego llevó ese mismo dedo hasta la entrada del ano pequeño y estrecho de la chica...

—¿Te gusta hacerlo por aquí?

Susan se quedó casi sin habla, porque jamás lo había hecho de esa forma con ninguno de sus novios. Ni siquiera la habían tocado como lo estaba

haciendo Peter en ese momento que empujaba su dedo un poco dentro de ella.

—No lo he hecho nunca —respondió con el corazón a punto de salirse por la boca de la excitación que tenía.

—¿Y te gustaría hacerlo? —preguntó Peter con un tono de voz duro y áspero que a Susan le excitó más todavía.

—Me da miedo el dolor...

—Si dilatas bien y estás muy caliente, no tienes que temer nada. ¿Esto que estoy haciendo te gusta?

Peter introdujo un poco más el dedo y Susan gritó de placer al sentir esa invasión.

—Es algo diferente. Las sensaciones son electrizantes, es tremendamente morboso pero no sé si con algo más grande será igual...

Peter siguió con el dedo, abriendo esa estrechez que apretaba con fuerza un poco más, con unas ganas infinitas de penetrarla.

—Será mucho mejor, *baby*, pero hoy no vas a descubrirlo. Quiero que estés muy preparada el día que lo hagamos. Si es lo que deseas...

Peter sacó el dedo del interior estrecho de Susan, le dio la vuelta y se puso el condón sobre su miembro muy duro.

—Solo sé que contigo lo quiero todo, Peter. No sé otra cosa...

Peter rugió de deseo, la cogió por los tobillos y subió las piernas de la chica, luego él se colocó encima y la penetró de una embestida que la hizo gemir de placer.

—Necesitaba estar dentro de ti, Susan.

—Y yo también te necesitaba dentro. Lléname. Lléname entera.

Peter comenzó a hacerle el amor, primero con cierta suavidad, y a medida que los jadeos de Susan fueron más exigentes, con más contundencia y profundidad.

Peter se entregaba en cada penetración, quería demostrarle con su cuerpo lo que estaba rugiendo en su corazón, todo lo que necesitaba entregarle, así, duro, implacable, salvaje y a la vez tierno y amoroso, pero con una generosidad extrema, sin dejarse absolutamente nada.

Y Susan recibía todo lo que ese hombre apasionado le daba, el mejor amante que sin duda había tenido nunca, que le entregaba a manos llenas todo su deseo, mientras ella gozaba como jamás en su vida.

Los dos, sudorosos y jadeantes, siguieron así amándose hasta que Susan le pidió que cambiaran de postura porque necesitaba estar encima de él.

A Peter le encantó la propuesta porque en cuanto la vio cabalgándole, con los pechos llenos y bamboleantes y una cara de placer exquisito, se puso más duro todavía.

Le fascinaba tener a esa diosa, buscando el placer subida a su miembro duro y grande que ya estaba pidiendo la liberación final.

Pero Peter quería gozar un poco más, alargar ese placer infinito y para eso se incorporó, besó húmedo y profundo a Susan y luego giraron para quedar otra vez ella debajo de él.

Así, siguieron haciendo el amor como dos salvajes, hasta que un orgasmo brutal le sobrevino a Peter que, justo cuando el chorro caliente y viscoso estaba a punto de salir, se quitó el condón y derramó ese líquido que ambos anhelaban sobre el vientre sudoroso y ardiente de Susan.

—Eres pura magia, Susan. Estoy loco por ti...

Susan sonrió satisfecha de haber dado tanto placer a ese hombre que la miraba con los ojos chispeantes de ternura y deseo y luego cerró los ojos mientras Peter extendía con sus manos el líquido derramado por el vientre y los pechos redondos y llenos.

—Me gusta tanto tu cuerpo, Susan. Y sobre todo me gusta tanto lo que veo en el fondo de tus ojos...

Susan le miró emocionada y susurró temblando de emoción...

—A mí también me gusta todo, Peter.

Peter siguió acariciándola, extendiendo su esencia por la piel suave de esa chica que no dejaba de sorprenderle y confesó:

—Hay algo que me decía que tenía que venir a Seattle. Mis amigos se reían porque no es el clásico destino que elige un futbolista en vacaciones. Pero yo sentía que tenía que estar aquí...

Susan excitada por las caricias de ese hombre y por todo lo que estaba escuchando solo pudo decir:

—No sabes cuánto me alegro de tu elección...

Y luego jadeó después de que Peter tirara delicadamente de uno de los pezones durísimos.

—¿Quieres correrte una vez más, nena?

Susan sentía que todavía podía darle más, y Peter que se moría por entregarle más placer todavía, ni se lo pensó cuando la chica asintió con la cabeza.

Descendió hasta la entrepierna de Susan y comenzó a lamer esa deliciosa humedad sabiendo tan bien lo que hacía que al poco ella volvió a correrse entre gemidos agónicos...

—Peter Dune, vas a acabar conmigo... —musitó después de correrse, exhausta de tanto placer.

—Tenemos una semana maravillosa por delante, te digo lo de siempre: esto no ha hecho más que empezar...

Susan le miró con los ojos muy brillantes y le comentó con cierta angustia:

—Pero va a terminar, Peter... Después de esta semana te irás y luego vendrás, sí, pero después de eso...

Peter colocó el dedo índice en la boca jugosa que tanto deseaba de esa chica tan dulce y susurró:

—Vamos a ir paso a paso, preciosa. Vivamos cada día con intensidad y después... yo ya te he propuesto un posible después. En tu mano está decidir qué deseas para tu futuro. Yo lo tengo muy claro...

Peter la besó suave en los labios y ella le miró con el corazón latiéndole muy fuerte:

—¿No tienes ni la más mínima duda?

Peter negó con la cabeza porque no tenía más que escuchar a su corazón:

—Desde el primer momento en que te vi sentí algo muy fuerte, algo que no había sentido en la vida por ninguna mujer. Fue algo más allá de la mera atracción y el deseo, fue una convicción muy profunda, un palpito extraño y tal vez hasta delirante, pero sentí que tú eras el motivo por el que estaba ahí...

Susan sintió un escalofrío por todo el cuerpo y luego suspiró:

—Peter Dune, estás como una cabra. Pero me encantas...

Peter soltó una carcajada y la cogió en brazos para llevarla hasta la ducha...

Capítulo 20

Los días siguientes se sucedieron de la misma manera, por la mañana llevaban a Tommy al colegio, luego Susan se marchaba a trabajar y después de comer con Peter, volvían a recoger a Tommy al colegio.

Las tardes eran de parque y después de cenitas en lugares que esta vez escogió Peter en los sitios más de moda y distinguidos de la ciudad.

Lugares a los que Susan no había ido jamás porque no podía permitírselos por precio, pero ahora que los estaba disfrutando entendía por qué la gente hablaba tan bien de ellos.

Eran lugares muy elegantes, donde servían una comida exquisita y donde ella lució los modelos que Peter se empeñó en comprarle.

Ropa de Armani, Hugo Boss, Michael Kors, Gucci... con carteras y zapatos a juego que ella no había visto más que en fotos de las revistas.

Pero ese hombre tan terco se había empeñado en que se la pusiera, es más él mismo se había encargado de ir a comprarla y la verdad era que había acertado completamente con la talla.

Todo le sentaba como un guante y todo lo que había escogido era una ropa maravillosa de la que hace soñar a cualquiera.

—Me estás acostumbrando tan mal, Peter Dune, que me va a costar volver a mi vida normal... —le confesó una noche en que estaban cenando en el elegante Metropolitan Grill.

Peter apretó con cariño la mano suave y delicada de Susan y le dijo:

—Te doy lo que mereces y ¿me quieres explicar cómo lo haces para tener estas manos tan preciosas con todo lo que trabajas?

—Me las cuido bastante. Trabajo con guantes y luego las ejercito mucho también en las prácticas de fisioterapia. Parecen frágiles pero son muy

fuertes...

—Son como tú entonces... —susurró entrecruzando los dedos.

—Puede ser que sí... —replicó Susan sonriendo.

—Estos días están siendo lo más felices que recuerdo, Susan.

Susan se echó un mechón de pelo detrás de la oreja y, emocionada por lo que estaba escuchando, replicó:

—¿Por qué crees que tengo miedo a volver a mi vida normal?

—Pero ¿para qué quieres regresar? Quiero decir que no hay nada que impida que esto siga... Vale, que vamos a estar unas semanas sin vernos y que tú debes aprovechar y estudiar duro para terminar tu carrera ¡y con buena nota! ¡No espero menos de ti! Pero luego...

Susan respiró hondo porque ese pero luego le agobiaba demasiado...

—Esta noche cuando lleguemos al hotel me tienes que dejar que estudie un poquito, ¿me lo prometes?

—Y si quieres practicar conmigo, yo encantado porque tengo una contractura en el cuello que me lleva fastidiando toda la noche.

—¿Y eso? —preguntó Susan con el ceño fruncido.

—Debe ser tensional, a pesar de que me estoy tomando esto de la mejor manera posible, no creas que no me atormenta la idea de estar separado de ti.

Susan le miró con los ojos llenos de lágrimas y susurró nerviosa:

—¿A ti también te pasa?

—¿Cómo no me va a pasar si es lo más grande que me ha sucedido en la vida? No quiero separarme de ti, pero debemos hacerlo...

—Ya lo sé.

—Y en nuestra mano tenemos que el futuro sea maravilloso, preciosa.

Susan se calló porque llegó el camarero con el postre y luego retomaron la conversación:

—Me estás pidiendo un cambio de vida tan grande, Peter... Otro país, otro

idioma, otra vida... Y no estoy sola, mi abuela no ha salido de Seattle en su vida...

—Ya sé que no es fácil, pero ¿no crees que nuestro amor merece eso y mucho más?

Susan sintió una punzada en el vientre y pestañeó muy nerviosa, luego musitó:

—¿Amor?

—Yo lo siento así, no he follado contigo ni una sola vez. Contigo me doy entero y por amor, Susan. Me importa un bledo si me tomas por un chiflado, pero mi verdad es esa.

Susan no pudo evitar sonreír con los ojos llenos de lágrimas, porque ella sentía algo parecido aunque ni se había atrevido a verbalizarlo.

—Yo hago el amor contigo y siento cosas por ti que son demasiado fuertes y que apenas entiendo, pero necesito tiempo para asimilar todo esto Peter...

Peter no dijo nada, se limitó a comerse la tarta de limón que le habían traído y que era deliciosa y al final, cuando concluyó dijo:

—Tómame el tiempo que necesites, Susan. Yo voy a estar esperándote el tiempo que haga falta, siempre...

A Susan la respuesta de Peter le gustó tanto que sintió unas mariposas en el estómago que le llevaron a echarse las manos al vientre:

—Me temo que son las mariposas de los enamorados... —sonrió, feliz.

—No temas al amor, preciosa. Es todo mucho más fácil de lo que parece... Siempre es más fácil...

Y así, felices y de la mano, regresaron al hotel en taxi donde Susan estuvo trabajando el cuello de Peter hasta que lo descontracturó por completo:

—Eres muy buena haciendo esto, Susan... Realmente, eres muy buena haciendo todo...

—Cocino fatal y la plancha se me da que ni te cuento de mal...

—No es problema, no te preocupes... Pero en serio eres maravillosa como fisioterapeuta, no te va a faltar trabajo cuando termines la carrera. Yo desde luego te pienso enviar a todo el equipo de fútbol, incluido al entrenador...

—¿A Seattle? —replicó muerta de risa.

—Sé que acabarás en Italia por mucho que te resistas...

Peter que estaba sentado en una silla, se giró y tomó a Susan por la cintura...

—Se me dan fatal los idiomas...

—No te hace falta hablar, tus manos son milagrosas...

Peter deslizó las manos por los pechos de la chica y los apretó hasta hacerla gemir. Luego bajó los tirantes del vestido rojo de Valentino que le sentaba de maravilla y dejó que se deslizara hasta el suelo.

Susan echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos porque Peter le desabrochó el precioso sujetador de encaje que Peter le había comprado y se metió un pezón cremoso en la boca.

—Tu boca sí que lo es, Peter...

Peter mordisqueó los pezones de la chica y luego la llevó en volandas hasta la cama. Una vez allí se desnudó por completo y se puso un condón que llevaba en la cartera:

—Llevo toda la noche deseando quitarte el vestido y hundirme dentro de ti...

—Yo estoy deseando que lo hagas... —susurró tirando de los hombros de Peter que acabó tumbado sobre ella.

Después se besaron en la boca, con tal pasión que la sangre de ambos ardió hasta volverles más locos de deseo todavía.

Luego Peter la penetró hasta el fondo, haciéndola gemir estremecida, y así comenzaron a hacer el amor, ávidos y voraces, como siempre.

Porque a pesar de que no paraban de practicar el sexo, las ganas eran

inagotables, infinitas y locas...

Así se devoraron las bocas y las caderas se agitaron frenéticas en la búsqueda de un placer que fue a más, entonces Peter se apartó un poco para dar la vuelta a Susan y penetrarla desde atrás, agarrado fuertemente a las maravillosas caderas de la chica...

Susan enterró la cabeza en la almohada y se dejó llevar por las infinitas sensaciones que le proporcionaba esa postura, era tan excitante que de repente quiso más y le pidió a Peter que lo intentara analmente:

—Termina atrás, por favor, te lo suplico, Pet... —rogó cuando sintió que él estaba a punto de correrse.

—Lo haremos cuando te prepare bien, preciosa.

A pesar de que se moría por penetrar esa dura estrechez no lo hizo, porque sabía que sin lubricante aquello no iba a ser una experiencia agradable, por muy excitada que estuviese. Así que en su lugar acarició fuerte con el pulgar el clítoris, casi golpeteándolo y ella tuvo un orgasmo tan fuerte, que Peter se corrió de inmediato...

Capítulo 21

Al día siguiente, despertó desnuda abrazada a Peter y pensó que si había sido alguna vez tan feliz no lo recordaba. Luego, sonó su teléfono móvil y maldijo a todos los inventos modernos:

—¿Quién llama a estas horas? ¡Arggg! —protestó Peter colocándose la almohada encima de la cabeza.

—Es Ket, es raro que llame a estas horas...

—Cógelo a ver si les ha pasado algo... —dijo Peter, con cierta preocupación.

Susan descolgó tragando saliva y preguntó a bocajarro:

—¿Qué pasa, Ket? ¿Todo bien?

—Sí, tranquila. Es Tommy, se ha pasado la noche entera vomitando y no va a ir a la escuela. Luego llamaré al doctor para que venga a verlo a casa...

—¿Le sentó mal el helado que se tomó en el parque? —preguntó Susan con culpa.

—No, tranquila. No es eso. Debe ser nervioso, verás es que ha pasado algo estos días... No he querido contarte nada porque como tú estás con tus cosas...

Susan dio respingo en la cama, muy intranquila por lo que estaba escuchando:

—Por favor, no seas boba, soy tu amiga y estoy siempre para escucharte.

—Verás, hace un par de meses me pidió amistad en Facebook el padre de Tommy.

—¿Qué? ¿Robert ha vuelto? —preguntó Susan con los ojos como platos.

Peter la miró un poco asustado y ella con un gesto de la mano le dijo que no se preocupara que todo estaba bien, dentro de la bomba que suponía que

Robert hubiera vuelto de alguna forma.

—Pasé de él, pero empezó a escribirme unos privados donde no hacía otra cosa que pedirme perdón. Me aseguraba que se había equivocado, que cuando se enteró que estaba embarazada le entró un pánico tremendo y no se le ocurrió nada mejor que huir. Éramos muy jóvenes, él no tenía empleo, ni casa, ni nada que ofrecerme... Total, que se marchó y bueno, terminó la carrera, Susan, es doctor en Illinois, y dice que no me ha olvidado...

Susan no salía de su asombro, habría esperado de Robert cualquier cosa menos que regresara y no solo pidiendo perdón sino también todavía enamorado...

—Me dejas sin palabras, Ket. Han pasado tantas cosas en estos siete años que cuesta creer que ahora...

—Por eso no respondí a ninguno de sus privados, no me creía nada de nada. Pero siguió escribiéndome, contándome su día a día, hablando de todo y de nada, compartiendo sus logros con los pacientes y sus días más tristes... Y entre palabra y palabra, de repente, volvió a aparecer el Robert que yo conocía, el chico del que me enamoré, alegre, divertido, apasionado, soñador... Ese Robert... Y un día llevada por esa nostalgia: le respondí y empezamos a hablar...

—Dios mío, Ket. ¿Pero cómo has podido vivir todo eso en silencio?

—Quería hacerlo así, necesitaba aclararme, poner en orden mis sentimientos... Pero mira tú por dónde ayer estuve hablando con él en la tablet de Tommy y cometí la imprudencia de dejar abierto mi perfil.

—No... —comentó Susan, llevándose la mano a la cara.

—Lo ha leído todo y ya sabe que su padre está deseando conocerlo.

—Pobrecillo, es demasiado para él. No me extraña que se haya enfermado...

—En un rato quiero hablar con él, para mí todo es muy duro, Susan. No le

he dicho nada estos meses para protegerle, pero Robert me está demostrando muchas cosas y creo que ya va siendo el momento de que se conozcan.

Susan respiró hondo y pensó que su amiga tenía razón, a pesar de que Robert lo había hecho fatal, lo importante era que estaba de vuelta y de que Tommy necesitaba una figura paterna.

—Creo que también. Sé paciente porque supongo que necesitará un tiempo para asimilarlo, pero Tommy es un crío buenísimo y comprensivo. Lo entenderá todo, Ket...

—¿Y nos perdonará? —preguntó Ket, angustiada.

—Tommy tiene un gran corazón, por supuesto que lo hará amiga...

—Ojalá, pero ¿cómo es la vida, no? Nos lo quita todo y de repente, nos los devuelve...

—Lo importante es aprender de los errores y abrir el corazón, Ket. Abrirlo de par en par... —le aconsejó Susan a su amiga, mientras Peter la miraba con una cara de amor que no podía con ella.

Luego, tras colgar le contó a Peter lo que había sucedido, desayunaron juntos tras llamar al servicio de habitaciones y como ya no tenían que ir a recoger a Tommy quedaron en que se verían después para ir a comer al centro.

Después, Susan se despidió con un beso larguísimo y apareció puntual en la sala donde se guardaban los trastos de limpieza, presta a empezar su jornada laboral con una sonrisa tan radiante que a Daisy no le pasó inadvertida:

—¡Buenos días! ¡Tú te lo estás pasando muy bien! —exclamó con una cara de guasa tremenda.

Susan se mordió los labios y soltó una risita nerviosa, luego se llevó el dedo índice a la boca y susurró:

—Gracias por ser tan buena jefa.

Y es que Susan solo sentía gratitud hacia ella, porque Daisy estaba al tanto de todo, de hecho había hablado con los jefes para explicarles la situación, y solo le habían pedido: que fuera discreta.

Ellos no podían permitir escándalos en el hotel y la noticia de que un futbolista tenía una relación con una empleada podía ser manipulada por la prensa amarilla y acabar ensuciando la imagen del establecimiento. Y por supuesto, también la de los propios protagonistas...

Así que al pedirles discreción la dirección del hotel, lo único que estaban haciendo era proteger a todas las partes. Y todos lo entendían...

Por eso ellos no se dejaban ver en las zonas comunes y Susan seguía realizando su trabajo como siempre, con empeño y dedicación.

—Estás radiante, niña. Ese hombre te está sentado muy bien —comentó Daisy, cuando se la encontró de buena mañana.

—Es un hombre extraordinario, Daisy —dijo en voz baja.

—¿Me invitarás a la boda? —preguntó Daisy, guiñándole el ojo.

Susan dio un manotazo al aire y replicó entre risas:

—No seas enredadora, Dai...

—Soy directa y sensata, esto va tan viento en popa que puedo escuchar hasta las campanas de boda.

Susan resopló y negó con la cabeza:

—Tú me conoces, sabes que me gusta hacer las cosas despacito y con buena letra. No soy nada impulsiva, tengo los pies demasiado en la tierra...

—Hasta que has conocido a ese chico y has empezado a hacer locuras... ¡Ya era hora, querida!

—Una locura controlada, se marcha a finales de semana... Luego volverá en tres semanas, pero después...

—Después te lías la manta a la cabeza y te plantas en Italia. ¡Ya ves tú! ¡Facilito, Sue! —replicó Daisy dándole unos golpecitos con el dedo índice en

el pecho.

—Superfácil —bromeó Susan—, solo tengo que cambiar de país con mi abuela, aprender un idioma, empezar de cero con una profesión que jamás he ejercido antes...

—Has estudiado muchísimo, eres lista y eres buena: estás preparada para ese y mil retos más. Además cuentas con el mejor estímulo que puede tener un ser humano: el amor.

Susan se mordió los labios y preguntó entre susurros:

—¿No crees que es demasiado pronto para hablar de amor?

Daisy ni lo dudó, negó con la cabeza y con la mano en el pecho habló con total sinceridad:

—El corazón no entiende de tiempos, solos siente... Olvídate del tiempo y pregunta a tu corazón qué siente por ese chico. Es lo único que tienes que hacer, Susan. Si tu corazón le busca, desea estar con él, fundirse con él, ser uno: hazlo, no te preocupes por nada más, porque seguro que estás haciendo lo correcto.

Susan respiró hondo, sintió una fuerte punzada en la boca del estómago y agradeció el consejo de su jefa con una sonrisa enorme.

—Eres una mujer muy sabia, Daisy.

—A lo mejor leo demasiadas novelas románticas, pero siento que es así. Guíate por tu corazón y nunca te equivocarás...

Susan aseguró a Daisy que así sería y se marchó con su carrito a limpiar las habitaciones con ese runrún taladrando su cabeza...

Capítulo 22

Mientras Susan limpiaba las habitaciones del hotel, sin dejar de pensar en lo suyo con Peter, este estuvo entrenando muy fuerte en el gimnasio y después de darse una buena ducha decidió llamar a un amigo muy especial que estaba en apuros.

—Tommy, Peter Dune al habla, ¿cómo estás campeón?

—Pues cagándome vivo, tío. Fatal... Pero te agradezco muchísimo que llames —contestó el crío muy contento de recibir esa llamada.

—Voy a echarte de menos esta tarde...

—No creo que esté bien de aquí a que te vayas, Peter. Me ha cogido esto muy fuerte, tengo un asco horrible y unas ganas de potar constantes. No sé si será que me he pillado un virus o algo...

—Cuando estoy estresado o algo me agobia también se me suelen agarrar los nervios a la tripa —confesó Peter.

—¿En los partidos importantes también te ha pasado?

—Infinidad de veces, no imaginas el pastel de chocolate que dejé antes de la final del año pasado...

—Puaj qué asco, calla por favor que voy a potar. ¡No seas cerdo, Peter!

Peter se echó a reír y decidió ir al grano, tal y como hacía siempre con sus amigos, y sin duda ese mocosito lo era:

—Susan me ha contado lo que ha pasado, entiendo que estés afectado pero hay algo que siempre debes tener presente...

—¿Afectado? Mira, Peter, me he enterado de golpe y porrazo de que mi madre es una mentirosa, de que mi padre es un cobarde, de que realmente le importo una pito a todo el mundo. ¿Afectado dices? ¡No, tío! Estoy hecho una mierda como las que tú cagas antes de los partidos importantes. Ni más

ni menos...

—Chico, controla esa lengua... —le regañó Peter.

—Eres tú el que has hablado de tus mierdas —le recordó el chico molesto.

—Lo que quiero decirte es que es normal que estés alterado por todo lo que está pasando, pero lo que necesito que sepas es que hay algo que debes tener siempre presente, seas cuales sean las circunstancias...

—¿El qué? —preguntó Tommy frotándose los ojos con curiosidad.

—El equipo. El equipo es siempre lo más importante, y sí es verdad que a veces alguno se equivoca, que otro mete la pata y que el de más allá la pifia por completo, pero todos podemos hacerlo. Somos humanos estamos aquí para cometer errores, lo importante es salir adelante por más dura que sea la situación y hacer equipo. ¿Me entiendes?

—Sí, claro, todo eso está muy bien para el fútbol, pero no para una familia de locos. Mi padre me abandonó porque era un acojonado, mi madre me va a querer comer el coco para que le perdone, y todo después de haber estado haciendo cosas a mis espaldas. ¿Se puede ser más traidora? Pues esta es la familia que tengo, Pet...

—Tommy, la familia es como un equipo de fútbol. Hay que ir todos a una o se pierden los partidos...

—A mí me da igual mi familia, por mí como si lo pierden todo. ¡Total, no tenemos nada!

—Lo más importante que tiene una familia es el amor ¡y tú lo tienes! ¿Cómo puedes decir semejante aberración? Tu madre te adora y a tu padre tendrás que escucharlo teniendo en cuenta que no siempre tenemos un comportamiento perfecto.

—¿Tú si hubieses tenido un hijo le habrías abandonado? —preguntó Tommy lleno de furia.

—No plantees la pregunta así, Tommy, porque solo vas a acabar

haciéndote daño. Lo que tienes que entender es que a veces por miedo y falta de confianza en uno mismo se acaban cometiendo errores tremendos. Pero lo importante es rectificar y pedir perdón...

—¿Me estás diciendo que debo perdonar a mi padre?

—Te estoy diciendo que lo escuches, que le des la oportunidad de hablar contigo y luego decides... Nada más...

Tommy resopló, se revolvió el pelo con la mano y luego le confesó a Peter:

—Tío ¿sabes que se me está quitando el dolor de barriga? Hablar contigo me ha hecho bien, Peter.

—Llama cuando quieras, campeón. Y si te ves con fuerzas, ya sabes: pachanga en el parque.

Peter colgó con la sensación de que había hecho lo correcto y luego se marchó al restaurante asiático donde había quedado con Susan para comer.

Cuando llegó solo tuvo que esperar un poco para verla aparecer resplandeciente. No sabía qué clase de magia hacía esa chica, pero cada día que pasaba estaba más radiante y hermosa.

—Me he entretenido un poco porque he llamado a mi abuela. Quería decirle que iba a llevarte mañana a comer y ¿te puedes creer que me ha dicho que no vayamos?

Peter se echó a reír, mientras retiraba la silla para que Susan se sentara:

—¡A saber lo que le has contado de mí que me tiene tanto miedo!

—¿Miedo? ¡Al revés! —comentó sentándose en la silla—. Me dice que ya habrá tiempo de conocerte, que ahora mejor invierta el tiempo en aprovechar hasta el último segundo contigo.

—Tu abuela tiene toda la razón, Susan. Es muy sensato lo que te ha dicho, yo me muero por conocerla, pero creo que es mejor que aprovechemos lo poco que queda...

—Tampoco se pierde tanto tiempo por ir a comer un par de horas a casa,

Peter.

—Yo prefiero pasar cada segundo que queda contigo, qué quieres que te diga... —dijo acariciando la mano de Susan.

Ella sonrió encantada de que ese hombre sintiera de esa manera, porque a ella le pasaba lo mismo. Aunque le hubiera gustado comer donde su abuela, la verdad era que también quería pasar cada segundo pegada a Peter...

—Está bien, iremos a casa de mi abuela cuando regreses... Y ¿qué tal la mañana? ¿Todo bien?

—He tenido una sesión de las fuertes en el gimnasio y luego he llamado a Tommy, sentía que debía hacerlo...

—¿Y cómo se lo ha tomado? Porque a Tommy no le gusta hablar de su padre...

—Conmigo sí que ha hablado, y le he dicho lo que pienso: que el equipo siempre es lo más importante.

Susan sonrió porque el consejo de Peter le pareció de lo más tierno...

—Tú no dejas de ser futbolista ni cuando das consejos.

—Es que es verdad, Susan, el equipo, la familia, llámalo como quieras es siempre lo más importante. Y a veces hay que saber echar a un lado el rencor, el orgullo y perdonar por el bien de todos.

El *maître* llegó, tomó nota de lo que iban a tomar y después Susan le dijo a Peter, muy emocionada por lo que había hecho por Tommy:

—Gracias preocuparte por Tommy.

—He hecho lo que habría hecho cualquiera, Susan. Pero bueno, me ha dicho que se sentía mejor después de hablar conmigo...

—Ojalá se ponga bueno pronto...

—Mientras tanto tenemos las tardes libres...

—Yo había pensado en visitar algún museo, hacer un poco de turismo ¿te apetece? —propuso Susan, después de dar un sorbo al vino que el camarero

había traído.

—Pues no. No me apetece en absoluto, a mí lo que me está pidiendo a gritos el cuerpo es una siesta *hot* en el hotel.

Susan estuvo a punto de escupir el vino de la risa, porque no se podía ser más descarado que ese hombre.

—¿Siesta *hot*? ¿Pero es que tú no te cansas nunca de tener sexo?

Peter dio un sorbo a su copa y respondió bien tranquilo:

—Lo nuestro no es sexo, es mucho más y no, no me canso. Al contrario, cada vez necesito más y más, me he hecho adicto a ti...

Susan se rió y confesó un poco ruborizada:

—Reconozco que yo también tengo ganas a todas horas, no sé qué bicho has despertado en mi cuerpo que a mí el sexo me resultaba casi que indiferente y ahora...

Susan se calló porque llegó el camarero con los rollitos de primavera y luego en cuanto se hubo marchado, Peter le ordenó:

—Ahora come rápido, que estoy loco por volver al hotel. ¡Te vas a enterar tú de lo que es una siesta buena!

Capítulo 23

Entre risas, llegaron al hotel y subieron a la habitación que ese día había hecho una compañera de Susan:

—Me sigue sorprendiendo entrar en la habitación y verlo todo en orden. Nunca imaginé que me iba a tocar estar en el otro lado...

Susan se sentó en la cama y Peter se sentó junto a ella, bromeando:

—Y conmigo.

—Y contigo, exactamente. Si hace un mes me llegan a decir que iba a estar metida en este lío, habría jurado que no, que era imposible. Pero aquí estamos... —Susan respiró hondo y Peter la cogió de la mano.

—Estás preciosa —susurró retirándole un mechón de pelo.

Susan sonrió y sintió una emoción muy especial, esa clase de emoción que solo se siente cuando estás con el alguien con el que sabes que puedes ser tú, sin temor a ser juzgado.

—Gracias por estos días, Peter, para mí están siendo como unas bonitas vacaciones. Un sueño del que no quiero despertar.

—Para mí son vacaciones, es un sueño y es una realidad porque esto es real, Susan. Tienes que creértelo de una vez...

Peter la besó suave en los labios y acarició despacio el rostro aterciopelado de la joven:

—Nunca pensé que iba a ser tan fácil estar entre estas cuatro paredes, para mí esto es trabajo y ahora es un sueño del que despertaremos muy pronto. La vida no es este hotel, ni comer en sitios bonitos, ni hacer turismo con una cámara de fotos echada al hombro. La vida es otra cosa y es lo que me da vértigo...

—Te equivocas, la vida está donde estemos los dos, el lugar da lo mismo.

Este hotel, un apartamento en Nueva York o una cabaña que levante con mis propias manos en una isla desierta. Lo nuestro es algo muy fuerte, Susan. Tú lo sientes como yo cuando nos miramos, cuando hacemos el amor, cuando paseamos sin más por las calles...

Susan le miró y sabía que lo que estaba diciendo ese chico era cierto. Ella lo estaba sintiendo de la misma manera, por eso le besó con toda su alma...

A Peter ese beso le conmovió tanto como le excitó, porque esa chica le llenaba como nadie lo había hecho en la vida.

—Un día te pregunté acerca de las casualidades y yo no creo en ellas, Susan. Yo estoy aquí por ti y cada día estoy más convencido de ello. Las cosas no pasan porque sí, yo estoy en Seattle porque algo dentro de mí, a nivel muy inconsciente, lo sabía...

Susan le abrazó fuerte y, temblando de emoción y deseo, le confesó:

—Soy mucho más realista que tú, soy aburridamente sensata, por eso no dejo de sorprenderme por esto que nos está pasando.

Peter desabotonó el vestido camisero de lunares que llevaba la chica, mientras no dejaba de mirarla con una intensidad brutal:

—Vívelo, Susan. Entrégate a lo que sientes con la misma intensidad con la que lo haces cuando hacemos el amor... ¿No decías que no sabías separar una cosa de otra?

—Sí, pero tengo miedo... Eres un jugador de fútbol, millones de mujeres te desean...

Peter se echó a reír, porque esa mujer no podía ser más exagerada:

—Solo soy un chico normal que tiene la suerte de hacer lo que le gusta y encima que le paguen muy bien. Nada más. Me quedan unos cuantos años de estar en activo que pienso disfrutar al máximo y luego aspiro a ser entrenador. Mi vida es el fútbol, pero también deseo tener una familia...

—Son unos sueños bonitos —susurró Susan, al tiempo que Peter le mordía

el cuello.

—Te quiero en mi vida, Susan. Quiero compartir mis sueños contigo, quiero que estés a mi lado, te quiero a ti. Te quiero...

Al susurrar aquellas dos palabras en su oído, el corazón de Susan comenzó a latir con tal fuerza que temió que se le saliera del pecho:

—Peter yo... —susurró la chica llevándose la mano al pecho.

—No digas nada, no hace falta que lo digas, pero deja que yo exprese lo que siento, aunque te parezca ridículo, precipitado y descabellado.

A Susan no le parecía nada de eso, al contrario, le parecían las palabras más hermosas, sinceras y dulces que le habían dicho jamás. Pero no se lo dijo, en su lugar le besó de una forma que a Peter no le quedó ni la más mínima duda de que esa chica estaba sintiendo lo mismo que él.

Luego, se quitaron las ropas y tumbados juntaron los cuerpos que se acoplaban a la perfección.

Susan alzó una pierna por encima de la cadera de él, Peter pegó su pubis al de ella y así estuvieron frotándose y besándose hasta que él cogió un condón de la cartera y se lo puso.

Susan entonces se subió encima de él a horcajadas y comenzó a hacerle el amor, mientras Peter acariciaba los pechos redondos y cremosos con ambas manos.

—Qué bien te mueves, Sue... —susurró Peter, derretido de placer.

Y Susan siguió agitando sus caderas hasta que Peter deslizó el pulgar hasta el clítoris y ella sucumbió a un orgasmo brutal que erotizó tanto a Peter, que se corrió al momento entre espasmos feroces.

Luego se quedaron profundamente dormidos, en una siesta que no pudo resultar más deliciosa, y larga porque duró más de dos horas, pero es que estaban agotados de vivir esos días que estaban resultando demasiado intensos.

La primera que despertó fue Susan que decidió darse un buen baño de espuma en la maravillosa bañera redonda del cuarto de baño para relajarse un poco después de tanta emoción.

Si bien, cuando llevaba más de diez minutos disfrutando de aquella maravilla, con los ojos cerrados y entregada a la música relajante que se había puesto en los auriculares, algo interrumpió su paz de forma repentina.

Peter se había colado en la bañera, se había sentado frente a ella y acababa de colocarle un pie en el pubis...

Con el corazón acelerado, Susan abrió los ojos y Peter ascendió con el pie por el vientre, siguió hacia los pechos que los acarició hasta poner los pezones durísimos y luego subió hasta la boca que la chica abrió muerta de deseo.

Peter empujó el dedo gordo dentro de la boca caliente y húmeda de Susan y está lo aceptó hasta el fondo.

Peter gimió de placer y Susan que jamás había hecho nada parecido se dejó llevar y lamió el dedo hasta que Peter volvió a descender hasta su entrepierna, acarició la vulva con el dedo gordo del pie y con cuidado lo enterró en el interior de Susan que le miraba con una cara de excitación tremenda.

—Ha sido muy buena idea venir a la bañera, Sue...

Susan que en la vida ni se le había pasado por la cabeza hacer semejantes cosas, se mordió los labios y jadeó poniendo los ojos en blancos. Aquello era demasiado...

Pero la cosa solo acababa de empezar, porque Peter sacó el dedo gordo, lo volvió a meter en la boca sedosa de la chica y cuando ella estaba al borde del éxtasis más exquisito, él decidió ir mucho más allá con las caricias.

Retiró el pie de la boca tan dulce que había estado besándole como si fuera el más delicioso de los manjares y le pidió a Susan que se sentara en el borde la bañera.

Él salió del agua, se colocó detrás de ella y enterró dos dedos en el interior de la chica que gimió al sentir tal invasión.

Susan estaba tan excitada que cuando Peter acarició el clítoris con el dorso de la mano, se corrió entre gemidos entrecortados, que la dejaron casi sin aliento.

Peter la besó, hundiendo la lengua en la boca que tanto le fascinaba, y luego siguió penetrándola con los dedos, acariciando ese punto, esa pequeña rugosidad en el interior húmedo y estrecho, porque quería dárselo todo...

Susan sintió que iba a desvanecerse de tanto placer, aquello era demasiado, pero Peter no solo no pensaba rendirse sino que sus caricias fueron cada vez más intensas y profundas, tan irresistibles, que al poco le sobrevino tal oleada de placer que tuvo que gritar, mientras que de su interior brotaba un líquido viscoso que le hizo llorar de felicidad.

Solo Peter podía hacerle llegar tan lejos, solo Peter sabía dárselo todo... Por eso, le amaba... Pero no se lo dijo...

Capítulo 24

Después de disfrutar al máximo de esa semana juntos, Peter regresó a Italia a preparar la pretemporada con su equipo y Susan se dedicó a preparar sus exámenes a conciencia.

Ambos se echaban muchísimo de menos, pero hablaban por Skype, se ponían wasaps y se consolaban con la idea de que en breve volverían a verse.

Tommy por su parte no solo se recuperó rápidamente de su problema estomacal, sino que aceptó que su padre subiera a merendar para conocerse...

—No lo vas a creer, Sue... ¡Mi padre es un gran admirador de Peter! —le confesó el crío por teléfono, después de aquel primer encuentro.

—¿De verdad? No, venga, es una broma, ¿no?

—De verdad, que a mi padre le encanta el fútbol y es hincha del equipo de Peter... Yo no podía creerlo tampoco, pero es cierto. Así que cuando venga tenemos que presentárselo. Le he dicho que es mi amigo y que le quiero muchísimo...

Susan sonrió y envidió la inocencia del niño, esa capacidad maravillosa para expresar sus emociones libremente sin temor a nada.

Ella en cambio todavía no se había atrevido a decirle a Peter que le quería y eso que se moría de ganas de decírselo, pero los adultos eran así de estúpidos.

—Y él te quiere a ti, Tommy. ¿Entonces con tu padre bien?

—Me ha caído muy bien, es doctor pero de los simpáticos. ¿Sabes lo que te quiero decir? Es muy enrollado, gasta bromas y acepta bien que se las hagas... Y trata muy bien a mamá, se miran de una forma Susan que yo creo que estos van a volver a caer.

Susan no pudo evitar partirse de risa porque ese mocoso era la bomba:

—¿Y te importaría que volvieran a caer?

—Son mis padres. No son perfectos, pero quién lo es. Lo importante es lo que me dijo Peter, hay que pensar en el bien del equipo. Y si los dos deciden que quieren volver a estar juntos, quién soy yo para decir nada.

—Eres muy grande, Tommy. ¿Entonces los has perdonado?

—Quién no dice mentiras alguna vez y lo de mi padre... Bueno, me ha explicado que era un inmaduro cuando supo la noticia de que mamá estaba embarazada, luego se arrepintió pero no sabía cómo pedir perdón, reconoce que fue un tonto y que se portó fatal... Pero lo importante es que ahora estamos juntos otra vez. ¿No te parece?

—Claro que me parece, Tommy. Os merecéis ser felices y así va a ser, ya lo verás...

—Y tú también, Susan. A ver si cuando vuelva Peter te pide matrimonio y tú comes perdices también.

Susan soltó una carcajada y replicó risueña:

—Vas muy deprisa, me parece a mí... De momento me conformo con pasar el fin de semana con él. Después, ya se verá...

—¡Yo veo boda! *Ta-ta-ta-tacháaaaaaan* —canturreó el niño la marcha nupcial.

Susan partida de risa se despidió y volvió al estudio porque al día siguiente tenía un examen, concretamente el más difícil.

Sin embargo, como todos lo aprobó con muy buena nota, estaba tan contenta que compró una botella de champán y brindó con ella por Skype delante de Peter, que estaba con otra copa en Roma feliz de los éxitos de su chica.

—Ya solo me queda un examen para acabar la carrera, todavía ni me lo creo.

—Pues créetelo, preciosa, porque te lo mereces. Eres la mejor.

—No, no lo soy. Pero te agradezco que me mires con tan buenos ojos.

—Sí, que lo eres. Doy fe de cómo me dejaste sin contractura en un periquete. Por cierto, estoy hablando muy bien a mis compañeros de ti. Fíjate cómo será que te ha abierto una lista de espera, me he convertido en una especie de secretario tuyo, espero que no te importe.

Susan se echó a reír y dio otro sorbo a su copa de champán, estaba tan feliz de compartir ese momento con Peter y de cómo se estaba desarrollando todo:

—Eres un liante, Peter Dune.

—Te quiero, es solo eso —reconoció Peter emocionado.

Y Susan se conmovió tanto al escuchar esas palabras que sonaban tan sinceras que no le quedó más remedio que abrir su corazón y sincerarse igualmente:

—Y yo, yo también te quiero.

Al escuchar esas palabras Peter por poco no se cayó de la silla en la que estaba sentado.

—Estoy en una sala de prensa, a punto de comparecer ante los medios para opinar sobre la nueva temporada, y no sé si he escuchado bien...

—Te quiero, Peter Dune. Te quiero —repitió Susan con una sonrisa enorme.

—¡Lo que te ha costado, mujer! —comentó Peter frotándose los ojos de la impresión.

—¡Lo que pasa es que tú vas a la velocidad del rayo! Ni me creo que esté diciendo estas cosas tan pronto, pero es lo que siento. La distancia no hace sino afianzar mis sentimientos.

—¿Pensabas que se diluirían? —preguntó Peter arqueando una ceja.

—El tiempo lo que hace es que se vea todo con más claridad, que reluzca la verdad y la verdad es esta. Lo que siento por ti crece cada día, es algo innegable. Te echo muchísimo de menos, estoy contando los días que quedan

para volver a verte.

—Y yo, detesto meterme cada noche en mi cama vacía. Y estoy cogiendo al Skype un odio que ni imaginas. Detesto ver tu cuerpo a través de una pantalla y no poder tocarlo, odio no poder besar tu boca, ni abrazarte fuerte para que me sientas bien...

—Ya queda poco, Peter. Tenemos que ser pacientes.

—¿Por qué no te coges un avión y te vienes un par de días? Yo corro con todos los gastos.

—No puedo dejar el trabajo colgado, yo también tengo un equipo y unas responsabilidades. Además tengo que estudiar, el último examen es fácil pero no hay que confiarse.

—¿Por qué seremos tan asquerosamente serios y profesionales? —replicó Peter dando un manotazo al aire.

—Porque así es como hay que ser. Venga, tranquilízate, que ya verás cómo pasan pronto los días.

De repente, Susan escuchó cómo llamaban a la puerta de la sala donde Peter se había encerrado y alguien le avisó de que tenía que comparecer en la rueda de prensa.

—Me reclaman, cielo. Luego hablamos por la noche. Te quiero.

—Y yo...

La comunicación se cortó y Susan se sintió tan feliz como no recordaba, por fin había logrado abrir su corazón y se había quitado un gran peso de encima. Necesitaba que Peter supiera lo que sentía y hasta el momento no había encontrado la ocasión para decírselo.

Era una mezcla de pudor, de timidez, de sentirse ridícula, pero bien pensado lo estúpido era guardarse todo eso que estaba sintiendo y no compartirlo con la persona que amaba y que merecía todo su amor.

Porque Peter no se podía estar portando mejor, se preocupaba por los suyos

y por ella, no había día que no preguntara por todos, por su abuela, por Ketty, por Tommy, incluso hasta por Daisy y Robert.

Era un hombre genial que la respetaba, que la quería, que la deseaba... no se podía pedir más.

Y así, con esa convicción los días siguieron pasando, Susan aprobó también con buena nota el último de los exámenes, pero cuando apenas quedaban dos días para que Peter regresara, sucedió algo terrible.

Aquella noche en que se abrió la caja de los truenos, Susan estaba en su cama extrañando tanto a Peter que se puso a buscar cosas sobre él en Internet.

Nunca lo había hecho antes, había estado tan ocupada en sus cosas que jamás se había tomado la molestia de buscar información sobre él, y en qué hora se le ocurrió hacerlo.

Y es que la primera entrada que le salió fue una noticia de apenas unas horas en la que un diario italiano de cotilleo anunciaba que el romance de Mandy Strauss y Peter Dune iba viento en popa, acompañado de una foto de los dos saliendo de un restaurante muy elegante de Roma.

Susan se frotó los ojos porque eso solo podía ser una pesadilla, pero no... Volvió a mirar y ahí estaba esa rubia y Peter detrás con una mano puesta en la cintura de avispa...

El mundo de Susan de repente se hizo pedazos...

Capítulo 25

Aunque estaba rota de dolor, Susan encontró fuerzas sin saber de dónde para leer el artículo entero y enfrentarse al resto de las fotos que lo documentaban.

Y aquello ya fue terrible, porque según ese diario ese romance había comenzado en Seattle semanas atrás, de hecho aparecían juntos saliendo de varias boutiques como Michael Kors y Armani, tiendas donde Peter le había comprado modelos.

Pero lo peor de todo fue la última instantánea en la que aparecería Peter haciendo una foto al rostro de la chica, en plena calle en Seattle una mañana soleada...

Y Susan ahí ya sí que se echó a llorar, porque sintió que si lo había hecho en plena calle, también lo habría hecho en privado mientras hacía las mismas cosas que hacía con ella.

¿Pero cómo podía haber sido tan imbécil de pensar que un futbolista famoso iba a enamorarse de alguien tan insignificante como ella?, pensó.

Ella había sido una más, un entretenimiento de vacaciones, como otro cualquiera...

Se sentía tan mal que antes de que empezar a romper cosas, porque tenía ganas de hacer trizas todo: los vestidos que le había regalado, las carteras, los zapatos... incluso el móvil para no tener más que hablar con él, decidió enviarle un wasap a Ket y tener así con quién desahogarse.

Así le puso a su amiga el link del diario junto a la frase:

Estoy hecha mierda.

Y apenas pasaron tres segundos, cuando recibió la llamada de su amiga:

—Nena, ¿qué pasa? ¿No estarás hecha mierda por cuatro fotos en un diario

sensacionalista?

—Míralas bien por favor, que no te ha dado tiempo a verlas con detenimiento.

—Las estoy mirando pero no veo nada, en la última parece que la coge por la cintura, pero la verdad es que no se percibe muy bien.

—¿Y la que le está haciendo retratos de primer plano? —comentó indignada.

—Tía a él le encanta hacer fotos...

—Demasiado y si estás desnuda y a punto de correrte ya ni te cuento... — confesó muerta de la rabia.

Ketty se echó a reír y luego le dijo a su amiga:

—¿Te ha hecho ese tipo de fotos? Qué morbazo, Susan...

—Fui idiota, de verdad que todavía no sé cómo me he dejado embaucar por este encantador de serpientes. ¡Me quiero morir! ¡Qué vergüenza más grande, madre mía!

—Anda, hija, relájate que te va a dar algo. ¡Si no ha pasado nada! ¿Tienes miedo de que se filtren fotos tuyas desnuda y follando? ¡Eso no va a pasar, Peter es un tío responsable, las habrá puesto a buen recaudo! —exclamó para tranquilizarla.

—Solo me hizo fotos de mi rostro, o eso me aseguró porque viendo lo mentiroso que es, ya no me creo nada.

—¿Por qué dices que es mentiroso?

—¿Por qué no me comentó que se había ido de *shopping* con la rubia? Incluso que le había hecho fotitos... Ya te lo digo yo, este cuando hace fotitos del rostro es porque o te ha follado o está punto de hacerlo...

—Calla, anda, no te sulfures. Será una amiga o algo que se encontraría sin más, y no te contó nada porque no le daría importancia. Pues como si tú te encuentras con alguien de la universidad y caminas con él un par de cuadras.

¿Se lo contarías? Chica, es algo tan intrascendente que para qué, ¿no? Pues eso, lo que pasa es que él es famoso y le han hecho unas fotos... Pero yo no veo nada raro en ellas...

—No, claro el titular dice que el romance va viento en popa pero no hay nada raro... —protestó furiosa.

—¿Te vas a fiar de una revista de cotilleo? Por favor, nena, seamos serios... Llama a Peter ahora mismo y acláralo todo.

Susan se puso rígida solo de pensar en que tenía que enfrentarse a ese mentiroso compulsivo:

—No pienso hablar con ese tío jamás en la vida. Se acabó. Conmigo no juega nadie, Ketty.

—No seas dramática, por favor, y afronta esto como una adulta...

—No seas tú ingenua, este tío ha estado jugando conmigo pero esto se acabó... —Y justo en ese instante Susan recibió una llamada y era Peter, quién si no... La llamaba todas horas...—. Es él, me está llamando...

—Genial. Habla con él abiertamente de esto, escucha su versión y no te dejes llevar por los celos que son muy malos consejeros.

Susan se despidió de su amiga y cogió el teléfono bufando, tanto que Peter se dio cuenta al instante de que algo pasaba:

—¿Todo bien, nena? Te llamo por teléfono porque el Skype no conecta, se ha caído...

—Será para qué no vea dónde estás... Mira ya da lo mismo, no hace falta que te escondas, ya lo sé todo... —dijo con un humor pésimo.

—No sé de qué estás hablando, nena. ¿Es una broma?

—Ojalá, hablo de cierta revista donde se confirma que tu romance con Mandy Strauss va viento en popa y viene ilustrado con fotitos de Seattle y Roma. ¿Te vas haciendo una idea de lo que hablo?

Peter se echó a reír porque para él esas fotos no tenían la más mínima

importancia, de hecho raro el mes que no le inventaban algún nuevo romance.

—¿Quién te manda leer esa bazofia? ¡Se lo inventan todo para vender revistas!

—Mira Peter tengo ojos en la cara y sé lo que estoy viendo... No sé por qué has jugado conmigo de esta forma... ¿Para qué has dejado que llegara tan lejos cuando solo he sido un polvo más? —le reprochó echándose a llorar.

—Pero, nena, ¿qué estás diciendo? Lo que siento por ti es real, es lo más grande que me ha pasado en la vida. Las fotos esas no son nada, me encontré a Mandy un día que fui a comprarte ropa y me acompañó a dos tiendas más, porque ella iba al mismo sitio.

—Ya sí, por eso luego la hiciste retratos en plan primerísimos planos...

—Quería cambiar su foto de perfil de las redes sociales y me pidió que si le podía tirar unas cuantas fotos... Esa es la historia, no tiene más misterio... Y lo de Roma me la encontré el otro día a la salida de ese restaurante donde quedé para comer con mi agente como te conté.

—¡Qué casualidad todo!

—Pues sí, la vi, la saludé y abrí la puerta para que saliera...

—¡Y bien que le pusiste la mano en la cintura!

—Caray, Susan, no recuerdo bien si la rocé un poco al indicarle que saliera, pero vamos que no tengo nada con Mandy Strauss. No es la clase de chica con la que yo tendría algo en la vida. ¡Ni siquiera antes de conocerla! No niego que es atractiva y además es muy divertida e inteligente, pero jamás tendría un rollo con alguien que lleva todo el día a la prensa pegada al culo.

—Rollo, eso es lo que he sido para ti. La tonta discreta con la que es fácil tener un rollo...

Peter furioso replicó apretando fuerte los puños:

—Digo rollo porque con ella no tendría jamás nada serio, no es como

contigo. Joder, Susan, entérate de una vez: yo te quiero. ¡Joder, te amo!

Susan estaba tan enfadada que decidió que lo mejor era colgar y esperar a que se le pasara el cabreo que tenía encima. Pero antes le recordó:

—Me mentiste y eso no te lo perdono. No entiendo por qué no me has contado que te has encontrado con esa tía...

—Porque no tiene la menor importancia. ¿Acaso tú me vas contando con quién te relacionas todos los días? ¿Con quién te cruzas hasta en el ascensor y tienes conversaciones de lo más intrascendentes? Seamos serios y maduros, Susan.

—Sí, pero yo no voy retratando a los tíos con los que me encuentro... —dijo ella, quemadísima con eso—. Y no sabes cuánto me arrepiento de las fotos que me hiciste aquel día. Qué horror... Solo te pido una cosa, por favor, bórralas todas y olvídame para siempre.

—Susan ¿pero qué bicho te ha picado? Mira, si quieres estar conmigo debes aprender a tomarte estas cosas de otra forma. Soy objetivo de la prensa más canalla y se van a inventar miles de chismes más. Pero tú tienes que ser madura, confiar en mí y estar por encima de toda esta mierda... ¡Yo te amo! ¿Lo entiendes?

Susan rompió a llorar y se sintió tan idiota que colgó el teléfono...

Capítulo 26

Peter volvió a llamar desesperado, pero Susan apagó su móvil... Luego, llamó al fijo y le exigió a su abuela, entre lágrimas, que no lo cogiera:

—Me parece feo no hacerlo, Susie. Lo siento pero voy a descolgar...

La abuela descolgó y escuchó a Peter decir:

—Señora Brown, soy el novio de su nieta, Peter Dune, ella acaba de ver unas fotos más que ha publicado la prensa sensacionalista con una actriz y no quiere hablarme. Yo no tengo nada con esa chica, la conozco, la saludé en una tienda, me pidió que le hiciera un par de fotos, y el otro día me la volví a encontrar en Roma. La prensa con eso ha montado un romance, pero le juro por lo más sagrado que yo no tengo nada con esa mujer. Yo amo a su nieta con todo mi corazón, más de lo que jamás he amado a nadie. Y quiero que se venga conmigo a Roma, que ustedes dos se vengan conmigo, y no se lo diga ahora porque me odia, pero quiero pedirle matrimonio, quiero tener hijos con ella... ¡Joder, la quiero hacer feliz! Pero la muy terca está empeñada en que soy un mentiroso y no quiere cogerme el teléfono...

La abuela sonrió, apretó fuerte los labios y luego viendo que su nieta estaba fuera de sí, creyó que lo más prudente era decir:

—Encantada de saludarte, muchacho. Entiendo lo que me cuentas, pero déjame que hable con Susie y ella te llamará en cuanto se calme...

—¿Yo? —gritó Susan—. ¡Que se olvide de mí ese cerdo! ¡No quiero saber nada de él! ¡En la vida! ¡Cuelga ya, abuela! ¡No escuches más a ese mentiroso!

La abuela se despidió gentilmente de Peter y luego le pidió a su nieta que se calmara:

—Susie parece mentira que te pongas así por unas fotos... Todo el mundo

sabe cómo es esa clase de prensa. Ese chico parece sincero, yo le creo...

—Genial —comentó cruzándose de brazos—. Pero yo no... No le perdono, abuela. No le perdono que no me dijera que había estado haciéndole fotitos a la rubia, no le perdono que no me dijera que había salido en prensa, no le perdono nada...

—Susan estás exagerando la nota. Entiendo que estés celosa porque se ve que ese chico te gusta de verdad, pero no ha pasado nada para que montes este escándalo.

—No, claro, como tú no has leído que tu novio tiene un romance con una actriz ni le has visto con las manos en su cintura...

La abuela dio un manotazo al aire y, quitándole importancia, le dijo:

—No seas niña. Ese hombre es famoso y van a salirle miles de fotos como esas... Lo importante es lo que tú sientes por él y lo que él siente por ti. Lo demás es basura...

—Yo sé lo que siento, pero ahora dudo de si lo que él me ha dicho es verdad. Dudo de todo... ¡Joder, abuela, es un puñetero mentiroso!

La abuela negó con la cabeza y le explicó a su nieta para que entrara en razón:

—Él no te ha mentado, simplemente no te ha contado los encuentros que tuvo con esa actriz porque no significa nada para él. Hija, es algo más que sensato... No hay engaño ninguno... Anda, te voy a hacer una tila y te vas a meter en la cama... Mañana ya verás cómo lo ves todo con más claridad...

La abuela se fue la cocina, luego Susan se tomó la tila pero no vio nada con claridad, ni ese día ni al siguiente en que siguió con el móvil apagado, ni el siguiente que era cuando Peter se suponía que regresaba a Seattle.

Estaba demasiado dolida, y sí reconocía que era una rencorosa y tal vez se estaba pasando veinte pueblos, pero no quería saber nada de él.

No estaba preparada para volver a verlo ni para que le dijera que era una

estúpida inmadura que no asumía que él era un tipo famoso.

Por eso, ni encendió el móvil y decidió pasar los días libres que había cogido para estar con él, encerrada en casa viendo películas antiguas, melodramas que pensaba llorarse hasta quedarse sin lágrimas.

Claro que esos eran sus planes, porque el sábado a la hora de comer llamaron a la puerta y su abuela le pidió que abriera que era la señora Williams, la vecina a la que había prestado un libro.

Susan abrió sin mirar por la mirilla y cuál no fue su sorpresa que era Peter con un ramo de flores y más guapo que nunca con un traje oscuro de Armani.

—¿Qué haces aquí? —preguntó temblando de emoción.

Peter la cogió por la cintura y la besó en los labios con todas las ganas que tenía guardadas.

Ella le devolvió el beso, pero se apartó después muy nerviosa:

—¿A cuántas amiguitas vas a coger hoy por la cintura?

Peter se echó a reír y volvió a besar a Susan esta vez en la mejilla.

—He venido a ver a la señora Brown, he quedado con ella porque tengo algo que pedirle...

—¿Qué? ¿Mi abuela ha hablado contigo a mis espaldas?

Entonces, apareció por detrás la abuela que saludó muy cariñosa al joven:

—Peter, ¡qué bueno que llegaste! ¡La comida está casi a punto!

—Gracias por la invitación, señora Brown. Le he traído este ramo de flores, espero que las petunias le gusten...

La abuela abrazó cariñosa a Peter y luego cogió el ramo:

—Me encantan... Voy a buscar un jarrón ahora mismo... Gracias, Peter, eres un sol.

Los dos jóvenes volvieron a quedarse a solas y Susan alucinada preguntó:

—No se puede ser más manipulador que tú. Pero vas listo, si piensas que ganándote a mi abuela voy a perdonarte...

—Es que no tengo que pedirte perdón por nada. No he hecho nada malo. Solo un par de fotos a una conocida que no tienen la menor trascendencia. Yo he venido a otra cosa a casa de tu abuela... ¿Te queda claro?

Susan decidió ignorarle por completo, en ese momento y después durante la comida en la que él y la abuela no pararon de partirse de risa por todo. Sobre todo a los postres, cuando Thelma sacó álbumes familiares y comentó distintos momentos de la vida de Susan...

—Aquí se cayó de un tobogán, se hizo un daño tremendo, pero la muy terca se levantó y decidió tirarse otra vez. Nunca se ha rendido, por eso ha logrado tantas cosas, yo la admiro muchísimo. Es muy luchadora, trabaja duro para que no nos falte nada y además estudia y ha obtenido unas calificaciones brillantes. Es mi orgullo y es la chica más dulce y más buena que vas a encontrarte en la vida, Peter Dune.

—Eres mi abuela, ¿qué vas a decir?

—Dice la verdad —replicó Peter—. Eres una chica maravillosa, pero terca como una mula...

—Sí, eso sí. Y los enfados se le tardan un montón en pasar... —se chivó la abuela—. ¿No ves que es Tauro? Le cuesta rumiar las cosas, ella digiere lento, necesita su tiempo, pero luego acaba viendo la luz y es comprensiva. Ten paciencia con ella, Peter...

—Abuela, por favor, ¿vas a venderme la piel a un precio de saldo? ¿Pero esto qué es? —comentó sin poder evitar echarse a reír.

—Tiene toda la razón, señora Brown. Esta faceta de ella no la conocía, pero no puedo darla más tiempo. Debo regresar en unos días a Italia y no quería irme sin pedirle algo...

—¿A mi abuela? —replicó la chica dando un respingo en la silla.

—Sí, claro.

—Dime, querido. ¿En qué te puedo ayudar? Me tienes en ascuas desde que

hablamos el otro día —preguntó la abuela frunciendo el ceño de la curiosidad.

—Verá, le confieso que estoy enamorado hasta las trancas de su nieta. Ella ahora me odia, pero espero que usted tenga razón y solo se trate de que es una Tauro un poco terca y rencorosa, el caso es que no puedo vivir sin ella, la necesito a mi lado y sé que puedo hacerla feliz. Obviamente, no le garantizo que todo sea un camino de rosas, pero le juro que me voy a esforzar cada día de mi vida en que esta aventura merezca la pena. Por eso, estoy aquí... Señora Brown, ¿sería tan gentil de concederme la mano de su nieta, la muy terca de Susan Brown?

La abuela se echó a reír y luego dos lágrimas recorrieron su rostro de pura felicidad:

—Claro que sí, muchacho —dijo cogiéndole con cariño de las manos.

Susan emocionada hasta el tuétano pero todavía algo enfadada, se cruzó de brazos y gruñó:

—Pero esto ¿qué es? ¿Yo no tengo que decir nada? ¿Mi opinión no cuenta en absoluto?

La abuela y Peter se echaron a reír y Susan no pudo evitar hacerlo también, porque estaba con las dos personas que más quería en el mundo y si ellos eran felices... ella también tenía que serlo.

Capítulo 27

Ya en el hotel, los dos solos, todavía seguían bromeando con la petición de mano:

—¿Cuándo prefieres que sea la boda? —comentó Peter, mientras bajaba los tirantes del vestido azul que se había puesto Susan para la ocasión.

Era un vestido sencillo, comprado en un mercadillo, porque con el enfado que tenía, convencida de que las prendas que le había regalado Peter las había escogido la rubia, había decidido no ponérselas más.

—Todavía no he dicho que sí... —respondió Susan risueña.

—Tranquila que ahora te voy a terminar de convencer con mis artes amatorias... —dijo besándola de una forma muy *sexy* en la clavícula.

—Vas a necesitar mucho más que tus maravillosas artes amatorias, Peter Dune... —dijo mientras el vestido caía al suelo.

—Este vestido es nuevo. No lo conocía...

—¿No pensarás que me iba a poner los vestidos que esa tía eligió para mí?

—Ella no eligió nada, me la encontré nada más... Todas esas ropas las seleccioné yo para ti... Pero bueno, el vestido que hoy llevas es precioso, aunque para ser sincero me gustas más desnuda... —susurró rompiendo las braguitas que llevaba puestas.

—Peter ¿qué haces rompiendo mi ropa interior?

Peter señaló cuatro bolsas de lencería de La Perla que tenía sobre la mesa de madera noble de la habitación y le dijo:

—Te he comprado un arsenal de conjuntos, no te preocupes... ¡Y los he elegido yo a conciencia! Te he imaginado con ellos puestos haciendo cosas que mejor no quieras saber...

Peter deslizó las manos por los pechos de la chica y luego desabrochó el

sujetador para atrapar los pezones de una forma exquisita.

—A lo mejor me interesa saberlo...

—¿No te interesa más saber dónde está tu anillo de compromiso?

Susan sonrió divertida porque ese hombre parecía saber bien lo que quería...

—Y luego yo soy la terca oficial.

—Está en Italia, tienes que venir a buscarlo, te aseguro que es una auténtica pasada...

Peter dio unos tironcitos de los pezones de la chica que la hicieron gemir de placer...

—Se me estaba olvidando lo bueno que es esto... —susurró cerrando los ojos.

Peter que todavía estaba vestido con el traje, no resistió ni un segundo más sin sentir la piel de esa mujer sobre la suya, y se quitó todo con una rapidez tremenda.

Ya desnudos, se abrazaron y Peter le susurró acariciándole el cabello largo y sedoso, que olía tan bien:

—Qué ganas de volver a tenerte así en mis brazos, Sue. Si llego a perderte por esa tontería, te juro que habría quemado la sede de ese periódico de mierda con mis propias manos.

—Si no es por mi abuela, desde luego que ahora no estaríamos así. No pensaba cogerte el teléfono en todo el fin de semana...

—¿Y después? —quiso saber Peter, frunciendo el ceño.

Susan se quedó con la vista clavada en los maravillosos ojos verdes de Peter y no le quedó más remedio que decir la verdad:

—Me importas demasiado... Ya no sé vivir sin ti... Pero por favor no vuelvas a retratarte con más rubias sin contármelo...

Peter la abrazó con mucha más fuerza y le susurró al oído para que

estuviera tranquila:

—Soy un hombre fiel, Susan. No tienes nada que temer, soy todo tuyo y de nadie más. Te lo juro...

Susan sabía que estaba diciendo la verdad, lo sentía en el fondo de su alma, por eso le besó con todo el amor y la pasión que tenía reservadas para él, y Peter colocó las manos en el culo redondo y bien firme de Susan y lo empujó contra su erección.

—Te creo, Peter. Te creo... —susurró Susan, emocionada.

Peter también lo estaba y la besó en los labios con dulzura, mientras acariciaba las nalgas con ganas infinitas de penetrarla.

—Qué ganas tenía de tenerte así, estas tres semanas han sido horribles. No quiero estar separado nunca más de ti, Susan.

Susan acarició los pectorales marcados, los abdominales perfectos y terminó en el miembro duro y grande con el que tantas ganas tenía de ser llenada...

—Yo también te he extrañado tanto, Peter.

—He traído algo, si quieres podemos probarlo... —comentó Peter, sacando un tubo de crema lubricante que tenía en su neceser de viaje.

Susan se mordió los labios de ansiedad y de ganas, se moría por probar cosas nuevas con Peter, de ir más allá de sus límites una vez más, como siempre que estaba con él.

Por eso, Susan apartó las bolsas de lencería que estaban sobre la mesa y colocó su cuerpo encima para ofrecerle a Peter una perfecta panorámica de su trasero.

—No lo vas a creer, pero no he dejado de pensar en que tenía que ofrecerte algo muy especial para este reencuentro. Y es justo esto con lo que llevo fantaseando desde que te fuiste. Quiero que lo hagamos así, necesito que mi primera vez sea contigo...

Peter muerto de deseo por la entrega de esa mujer que se atrevía con todo, le dio una nalgada que le hizo gemir de placer, abrió el tubo de crema y dejó caer una buena cantidad sobre el pequeño y estrecho orificio.

Susan se estremeció al sentir el frío de esa sustancia en esa parte tan especial y luego cerró los ojos para dejarse invadir por las sensaciones.

Peter primero introdujo un dedo poco a poco y luego comenzó a penetrarla hasta que se relajó lo suficiente como para que aceptara un segundo dedo con un estremecimiento que la excitó más todavía.

—Lo estás haciendo muy bien, Susan. Te estás abriendo como una flor, me encanta cómo te entregas...

Susan gimió porque ahora la invasión era más dura, el dolor se confundía con el placer y sentía que estaba llegando al límite, a un umbral del que no iba a ser capaz de pasar.

—No sé si podré darte más, Peter...

—Relájate, Susan. Claro que puedes darme más, siempre me lo das pero no tengas prisa... Tenemos mucho tiempo por delante...

—Me está costando aceptar dos dedos, así que tu miembro que es mucho más grande y duro... —musitó con temor a no poder aceptar a su hombre dentro de ella.

Peter acarició la espalda ondulada y suave de la chica hasta hacerla jadear otra vez y luego acarició el clítoris que estaba durísimo.

—Tienes una vulva deliciosa, Susan, estás tan mojada que vas a ser capaz de todo. Ya lo verás...

Susan sentía que su interior estaba a punto de estallar, era una sensación electrizante y morbosa, le dolía y le gustaba, pero no estaba muy convencida de poder ir a más, hasta que Peter comenzó a estimularle el clítoris de tal forma que no solo se humedeció más todavía, sino que sucumbió a un orgasmo que a Peter le puso más duro aún.

Sin aliento, Susan que tenía el cuerpo aplastado contra la mesa, sintió cómo Peter sacaba los dedos, dejándole un vacío que le dolió más que esa invasión necesaria para prepararla para lo realmente bueno.

—Te quiero dentro de mí, Peter... —suplicó agónica.

Peter le ayudó a incorporarse y la empujó por los hombros para que se arrodillara, porque necesitaba que le tomara con esa boca dulce que había echado tanto de menos.

Susan que deseaba lo mismo, cayó de rodillas, lamió el falo grande y duro, y luego lo metió en su boca, primero un poco y luego casi entero.

Peter excitadísimo enterró los dedos en la nuca de la chica y comenzó a penetrar esa boca húmeda y caliente que aceptaba todo lo que le estaba dando.

Susan con el rímel corrido del esfuerzo por reprimir la arcada, pero orgullosa de poder dar tanto a ese hombre, siguió chupando y lamiendo, tragando hasta casi rozar con la nariz los rizos del vello de su hombre, hasta entregarse hasta unos límites que finalmente hicieron que Peter se corriera en lo más profundo de su garganta...

Capítulo 28

Peter derretido por tanto placer y por tanto amor como esa chica le estaba dando, sacó el miembro de esa humedad deliciosa y unas gotas de sus esencias salpicaron el rostro de Susan que seguía de rodillas, postrada ante él, con un gesto de placer infinito.

Peter retiró las gotitas lechosas con el dedo que Susan, siempre ávida de más, chupó hasta casi correrse otra vez...

—Eres divina, Susan. Nunca nadie me hizo gozar de esta forma... Nadie me ha dado tanto en la vida...

Peter a continuación tiró de ella para que se incorporara y la cogió en brazos para tumbarla en la cama.

Allí se abrazaron otra vez, exhaustos de tanto amarse, y se quedaron un buen rato con la mirada perdida el uno en la otra.

—Algún día me correré aquí —susurró tocando su vagina— y llenaré tu vientre por completo. Quiero hacerte muchos hijos, Susan. Quiero una gran familia...

Susan sonrió y respiró hondo porque aquello era demasiado:

—Espera a que pruebe a tener uno y ya vamos negociando...

—Pero al menos quieres uno...

—Sí, pero no ahora que te conozco Peter Dune... —bromeó Susan.

—Desde luego que me conoces porque me pondría ahora mismo manos a la obra...

—Necesito tiempo, espero que lo entiendas...

Peter la abrazó con mucha dulzura y le dijo besándole la frente:

—Te voy a dar el tiempo que necesites, Susan. Solo deseo tu felicidad...

Susan sintió que el corazón iba a escapársele por la boca, porque no se

podía ser más feliz de lo que lo estaba siendo en ese momento:

—Te amo, Peter.

—Y yo, pequeña, con todo mi corazón.

Y así, abrazados y felices se quedaron dormidos un buen rato, hasta que Susan se despertó y se dio la vuelta para sentir a Peter en su espalda.

Peter entonces despertó también y al sentir el cuerpo caliente y dulce de esa mujer, la sangre se le volvió a bajar al mismo sitio.

Susan sintió la erección de Peter pujando dura contra sus nalgas y suspiró de placer:

—Ya estoy otra vez lleno de amor por ti, nena —susurró Peter colocando la punta del miembro en la entrada del estrecho orificio de la chica.

—¿Puedes hacerlo otra vez? Quiero decir que si no será demasiado desgaste para ti, tienes un partido el lunes...

Peter la besó en el cuello haciéndola estremecer de placer y susurró:

—El sexo me da energía y fuerza, es al revés... Y si estoy enamorado, ya es la locura: juego mejor que nunca.

—Deduzco por tus palabras que has estado muchas veces enamorado... —comentó Susan, un poco mosqueada.

—Lo que siento por ti, no lo he sentido en la vida. Y sí, estoy jugando mejor que nunca, por lo menos eso es lo que dice mi entrenador y la prensa después de verme en estos partidos preparatorios.

—Se lo debes a Tommy y a los entrenamientos en el parque...

Peter se echó a reír y musitó:

—Se lo debo a Tommy es verdad, pero también a ti, cielo... Eres la ilusión de mi vida, por ti quiero darte todo. No te preocupes que amarte solo va a hacer que sea mejor, en todos los aspectos.

Susan suspiró de nuevo, con el corazón lleno de amor, y Peter deslizó una mano hasta la entrepierna de la chica que recibió la caricia en la vulva mojada

con un pequeño jadeo.

Peter a la vez presionó un poco su miembro contra la entrada estrecha de la chica y ella le pidió que siguiera:

—Quiero que lo hagamos así, quiero sentirte por todas partes.

—¿Estás segura, nena?

—Llevo fantaseando con ello muchos días. Estoy preparada. Quiero sentirlo. Hazlo Peter, te lo suplico...

Peter quería hacerlo, se moría por vivir esa experiencia con ella, pero la notó que estaba bastante cerrada, así que le echó más lubricante y luego la penetró otra vez con un par de dedos:

—No quiero que te duela, quiero que lo disfrutes... —le dijo Peter, mientras el cuerpo de Susan cedía poco a poco a las caricias tan profundas.

—Quiero sentirte muy dentro, Peter. Estoy lista... —replicó Susan, porque sentía que esta vez se estaba abriendo más, que su apretada musculatura estaba cediendo.

Peter sacó los dedos del interior de la chica y comprobó que estaba más abierta que nunca, por eso lubricó bien su miembro durísimo de ver a Susan tan dispuesta al placer y le pidió que se tumbara bocabajo.

Ella lo hizo y el cayó con cuidado encima de ella, clavándole la cabeza de su miembro de un contundente empujón.

Susan gritó, aquella invasión era más de lo que esperaba, pero el dolor era tan excitante que el grito era también de placer. Se sentía más abierta y expuesta que nunca, pero así también lo estaba su corazón. Y pidió más...

Peter tiró un poco del pelo de la chica y se hundió lento y profundo hasta el final de ella que lloraba estremecida por todo lo que estaba sintiendo.

—Si te duele lo dejamos, *baby* —le susurró Peter al oído, lamiendo esas pequeñas lágrimas y clavado completamente en el interior de la chica.

—Ni se te ocurra, no llores de dolor. Duele pero me gusta, es intenso, es

electrizante, es tan fuerte el placer que me desborda, y por eso lloro... Esto es demasiado para mí, son tantas emociones, pero quiero vivirlas hasta el final. Quiero que te derrames dentro de mí, Peter... No pienso dejarlo aquí...

—Te quiero, Susan. Eres lo mejor que me ha pasado nunca... —replicó Peter, comenzando a mover las caderas con cuidado, para penetrarla con suavidad.

Susan se agarró fuerte a las sábanas de la cama y enterró la cabeza en la almohada unos instantes para ahogar los jadeos que le estaban provocando esos movimientos tan medidos y controlados.

Sentía su interior en tensión máxima, aquello era tan fuerte que no sabía ni definirlo, pero se sentía tan excitada que al poco le pidió a Peter que le diera más:

—Sé más duro, Peter. Puedo soportarlo. Vamos... Dame fuerte...

Peter al escuchar esas palabras se excitó más todavía y gruñendo de placer le dijo:

—Esa es mi mujer, te lo voy a dar todo, princesa. Todo...

Peter comenzó penetrarla con más fuerza y profundidad y cuando notó que la estrechez de Susan se había dilatado más todavía, le pidió que se pusiera a cuatro patas sobre la cama.

Susan lo hizo y Peter escupió de una forma *sexy* y excitante en su ano justo antes de hundirse otra vez, agarrando fuerte las caderas de la chica.

En esa postura, las penetraciones eran más intensas y profundas, Susan le sentía mucho más fuerte y más duro y gimió como una loca, porque aquello era lo más salvaje que había sentido en su vida.

Era algo que estaba más allá de toda definición, era una fusión completa y tan contundente que podía sentirla hasta en la última célula de su piel. Su cuerpo abierto al máximo, hasta un extremo que ni había podido imaginar y Peter entregándose todo.

—Vamos, nena, ya casi lo tenemos... —susurró Peter, tras deslizar una mano hasta los pezones durísimos de ella y luego bajarla al clítoris.

Susan gritó otra vez, porque el pulgar de Peter golpeando suavemente su clítoris fue ya el delirio extremo.

Su cuerpo entero se arqueó y, jadeante y sudorosa, Peter entonces la cogió por el cuello con cuidado y le exigió que se dejara llevar...

—Dámelo, preciosa. Quiero sentir tu orgasmo muy fuerte, estoy contigo, dámelo...

Susan con la sensación de que iba a estallar en mil pedazos de placer, gritó desesperada y sucumbió un orgasmo tan brutal que arrastró a Peter también.

Porque al escuchar a su chica gemir de aquella manera, al sentir su orgasmo de una forma tan bestial, se vació por completo dentro de ella...

Luego los dos exhaustos se tumbaron abrazados y se miraron sabiendo que aquella experiencia tan íntima y tan salvaje no iban a olvidarla jamás...

Había sido algo mucho más que sexo, mucho más que una experiencia morbosa y diferente, porque aquello había sido sobre todo entrega, generosidad y amor...

Y los dos solo tenían que mirarse a los ojos para saberlo...

Capítulo 29

Al día siguiente, después de una noche de amor de lo más intensa, quedaron un rato para almorzar con Tommy y sus padres.

Al crío le hacía una ilusión tremenda volver a ver a Peter y presentarle a su padre, con el que cada día se llevaba mejor.

Después de una comida muy animada, Susan se levantó para ir al cuarto de baño y Ket se fue con ella, todavía con sus muletas porque aún no se había restablecido del todo del pie, y no porque también tuviera ninguna urgencia sino porque quería hablar con ella un ratito a solas.

—Se te ve muy feliz con Peter, cuéntame cositas anda... —le pidió Ket, después de que Susan saliera de hacer pis—. Ya le has perdonado lo de la rubia...

—Todo bien, de maravilla... —suspiró mientras se lavaba las manos—. Y no me hables de la rubia que me siento una estúpida... Yo no estoy acostumbrada a estas cosas...

—Pues más te vale que te acostumbres porque me temo que tu hombre es muy famoso...

—Y es lo que me da miedo, aquí en Seattle pasa desapercibido, podemos pasear tranquilos pero en Italia debe ser una locura hacer lo mismo con él.

—Te acostumbrarás...

—No lo sé. Me agobia mucho la idea de dejar Seattle, no sé, estoy confundida... —susurró mientras buscaba la barra de labios en el bolso.

—Pero le amas y no digas que no, porque se te nota en la cara.

—Sí, le amo, claro que le amo...

—¿Y en la cama qué tal? —preguntó guiñándole el ojo.

—Mejor no quieras saber, amiga.

—Es una máquina, imagino. Es un deportista élite, ese tío debe ser imparable y luego es tan guapo... Anda, tía, que no te lo estás pasando bien, te tienes que estar poniendo las botas...

Susan se echó a reír, mientras daba por fin con la barra de labios.

—No tiene nada que ver con lo que había conocido hasta ahora. Ese hombre es de otro planeta... Con él he llegado a unos límites que bueno... No te lo cuento por pudor, pero imagina las cosas más morbosas del mundo... Bien, pues casi todas, las he hecho yo con él...

—Tengo la imaginación tan calenturienta que se me ocurren miles de cerdadas, querida amiga... —replicó Ket partida de risa.

—Bueno, esto es morbo dentro de lo normal, quiero decir que no pienses en cosas muy raras...

—Vamos que por fin has descubierto la parte de atrás. ¿A qué es muy excitante ampliar los horizontes?

Susan se llevó las manos a la cara y le rogó a su amiga, avergonzada:

—Por favor que soy muy pudorosa, Ket. Ya sabes que no me gusta hablar de estas cosas.

—Bueno, dime solo si te llena bien...

—Me llena en todos los aspectos...

—Y por todos tus orificios... Jajajajajaja.

Susan no pudo evitar soltar una carcajada porque su amiga era la bomba:

—No seas mala, Ket.

—Vale, las orejas y la nariz son las únicas que se han quedado sin llenar...

Susan cogió el bolso y amenazó con lanzárselo a su amiga a la cabeza:

—Te quieres callar o te tiro el bolso...

—Relájate, si no hay nada más maravilloso que encontrar un hombre que te folle bien. Y no hay más que mirarte, se te ve como más mujer...

Susan soltó una risotada y dando un manotazo al aire, le dijo a su amiga:

—Deja de decir bobadas, por favor. No hace falta tener sexo con un tío para ser más o menos mujer. Se es mujer siempre...

—Sí, pero si estás bien follada la piel te brilla y los ojos relucen como dos soles. ¿Acaso no te has mirado al espejo, nena?

Susan terminó de retocarse el maquillaje y reconoció ante su amiga:

—Peter me hace muy feliz, es cierto que desde que estoy con él me siento mejor y tengo ganas de hacer miles de cosas. Me encuentro con más energía, pero lo de marcharme de Seattle me tiene loca perdida. ¿Por qué serán las cosas tan complicadas?

—¿Me lo dices a mí que estoy empezando a sentir cosas otra vez por el tío que me abandonó hace siete años?

—Ya lo he visto, os cruzáis cada mirada que saltan chispas...

—Pero no hemos tenido nada todavía, es que perdonar esto es muy gordo, Susan. No es como lo de tu rubia, esto es muy serio. Ese tío se cagó vivo y nos dejó tirados... Eso es muy duro...

—Ya lo sé, pero me temo que si quieres ser feliz vas a tener que dejar el pasado atrás.

—No para de pedirme que le perdone a todas horas y quiere reparar el daño hecho hasta con dinero. Le ha abierto una cuenta a Tommy con cincuenta mil de los grandes ¿te lo puedes creer?

—Creo que para perdonar hay que reparar, así que me parece genial. Es la mejor manera de que sanen las heridas...

Ketty se apoyó en sus muletas y siguió contando a su amiga:

—Me está ayudando también con la rehabilitación y con Tommy está haciendo muy buenas migas. Ya lo estás viendo, se llevan de maravilla...

—Tommy es un gran chico.

—Le ayudó mucho lo que le dijo Peter de que tenía que pensar en el equipo, me lo contó y ese consejo fue el que le ha hecho afrontar todo esto de

una forma tan adulta. Es admirable, resulta que el crío de siete años es el más maduro de esta familia...

—Supongo que todavía necesitas más tiempo para asimilarlo todo...

Ketty se atusó una ceja y, luego tras respirar hondo, confesó:

—Él me encanta, le miro y tengo ganas de que me empotre contra todo, todavía recuerdo cómo la clavaba el muy cabrón y era bueno, muy bueno. El mejor amante que he tenido nunca, lo daba todo y estaba siempre muy atento a lo que yo sentía, era muy generoso... Y qué quieres que te diga, esas cosas no se olvidan... ¿cómo no van a saltar las chispas cuando nos miramos? Pero luego recuerdo que se fue sin más y eso me tiene atada de pies y manos...

—Supongo que es cuestión de tiempo...

—Supongo que sí, de momento me alegro de que la relación con Tommy fluya de maravilla, que mi chico tenga una figura paterna es algo muy importante. Y respecto a nosotros, pues lo que tú dices: tiempo al tiempo... Quién sabe, a lo mejor te llamo dentro de tres tardes y te digo que lo hemos hecho hasta en el jardín... Pero de momento, prudencia y paciencia... Anda que quién me ha visto y quién me ve, con lo que era yo de impulsiva y de loca.

—Eso es madurar, Ketty. Supongo que para eso estamos aquí...

—Es verdad, yo he tenido que aprender a ser sensata y paciente y tú a espabilarte, nena, en todos los aspectos... Jajajajajaja. Anda, cuéntame algo guarrete, que llevo en el dique seco ni se sabe...

—Ya te queda poco de abstinencia, mujer, tranquila. Si se ve que entre tú y Robert hay una atracción brutal...

—Ya te contaré, mientras te toca a ti...

Como Ketty insistía tanto a Susan no le quedó más remedio que contar:

—¿Alguna vez te han tocado ahí con los pies? ¿O has succionado un dedo gordo del pie como si fuera lo otro?

Ketty con los ojos como platos se echó a reír y, abanicándose con la mano, replicó:

—Nena, pero tú estás avanzando con las lecciones de cinco en cinco. Pues anda que no estás tú adelantada... Yo eso con los pies no lo he probado nunca...

—Son muy eróticos, jugar con ellos da un morbo tremendo... ¿Y ahora nos vamos? —preguntó Susan, sintiéndose una diosa del sexo.

—Me encanta verte tan libre y tan resuelta, Susan. Qué bien te ha hecho ese chico, tú no seas tonta y pírate para Italia. Tu vida está con él, aquí solo vas a marchitarte...

—Estoy enamorada de él, muy enamorada, pero llevamos muy poco.

—No hace falta estar tres siglos con alguien para saber que es la persona con la deseas estar. Tú nunca has estado tan a gusto con nadie, hacéis una bonita pareja, os entendéis bien y encima juntos folláis que da gusto... Chica, ¿tú qué más quieres? ¡Anda, no seas boba y lánzate a la aventura!

Capítulo 30

De vuelta al hotel, donde iban a pasar las últimas horas juntos antes de que Peter tomara el vuelo de regreso a Nueva York, él la abrazó en cuanto entraron a la habitación y le susurró emocionado:

—No quiero separarme de ti.

—Ni yo —susurró Susan enredando las manos en el pelo de Peter.

—Me alegro tanto de que a nuestros amigos las cosas les vayan bien, Tommy estaba feliz.

—Susan está todavía enfadada con Robert, pero creo que no queda mucho para que vuelvan a estar juntos.

—Es un buen tipo. Cometió un error horrible, pero está esforzándose mucho por enmendarlo.

—Sí, tengo la misma impresión. Creo que si le ponen empeño va a salir todo de perlas... Son una familia estupenda...

—¿Y nosotros?

Peter la estrechó contra él y ella suspiró al sentir la dureza de ese hombre que la volvía loca.

—Nosotros somos dos pervertidos —dijo Susan muerta de risa.

Peter para hacer honor a su fama, le bajó el vestido palabra de honor verde de un tirón y le arrancó el sujetador que se abrochaba por delante con la boca...

Luego empujó a Susan hasta la cama y se colocó encima de ella poniendo su falo durísimo entre los pechos redondos y firmes que ella sostenía con ambas manos.

—Llevo todo el almuerzo mirando tu escote, no sabes la de fantasías que has despertado en mí...

—Es el sujetador que me regalaste, empuja el pecho y lo levanta de una forma...

Peter se restregó contra el canalillo mientras ambos jadeaban de placer...

—Deseaba tanto estar así, frotándome entre tus pechos... Eres un sueño, Susan...

Luego, Peter se incorporó un poco y metió el miembro en la boca dulce de la chica que deseaba tanto como él tenerlo dentro.

Lo chupó, lo lamió, lo tragó, lo sintió tan dentro que temió no poder resistirlo, pero claro que pudo y al final tuvo su merecido.

Peter se corrió en lo más profundo de su garganta y cuando todavía estaba gimiendo por la intensidad del acto, él bajó a su entrepierna y lamió la vulva con verdadera voracidad.

Luego, cuando los gemidos estaban a punto dejarla sin aliento, golpeteó con la punta de lengua el durísimo clítoris y ella se corrió gritando el nombre del hombre al que amaba.

Después, se quedaron abrazados y en silencio, con los cuerpos exhaustos de tanto placer, hasta que se hizo de noche y ya quedaba poco para la despedida:

—Me tengo que ir ya, princesa... —le susurró Peter, mordiéndole el lóbulo de la oreja.

—No... —sollozó Susan abrazándose fuerte a él.

—En siete días sale el avión del equipo rumbo a Italia desde Nueva York, he preguntado y hay plazas libres. Me encantaría que te subieras a ese avión con tu abuela...

Susan le miró asustada, ella se moría de ganas de irse con él, pero aquella propuesta era del todo precipitada.

—Son solo siete días. No me da tiempo a dejar una vida atrás en tan solo siete días.

—No pienses en lo que dejas atrás, piensa en la vida que nos espera. Es lo único en lo que tienes que centrarte, Sue.

—Pero tendría que avisar en la empresa, no puedo dejar colgados a mis jefes después de lo bien que se han portado conmigo, y luego tengo que empacar tantas cosas... Es muy complicado lo que me pides...

—Habla con Daisy, ella lo entenderá y mediará con los jefes. Y no tienes que empacar nada, lleva lo necesario y nada más, en Navidades tengo vacaciones y podremos volver a Seattle.

—Pero Peter esto que me pides es...

—¿A qué es lo que tienes miedo? ¿Acaso no me quieres? —preguntó pellizcando la barbilla de la chica.

—Claro que te quiero, Peter.

—Pues vuela conmigo, acabas de terminar tu carrera, puedes desempeñar tu profesión perfectamente desde Italia. La universidad puede enviarte los certificados hasta allí por mail...

—Pero no sé hablar tu lengua...

—Lo practicaremos día y noche, pero no te preocupes que vas a empezar con los chicos del equipo y con amigos míos que hablan inglés a la perfección. La lengua no es un problema, ni el alojamiento, ni nada en absoluto. Solo tienes que dejar que pase, podemos ser muy felices juntos, Susan, solo tienes que decir que sí y subirte a ese maldito avión conmigo y con la señora Brown, por supuesto. Sin tu abuela no vamos a ir a ningún lado...

Susan sonrió emocionada, porque le encantaba que Peter quisiera tanto a su abuela, la persona que más adoraba en el mundo.

—¿Y si no encajo en tu vida? Me refiero a que aquí es fácil, nadie te reconoce y nos dejan en paz. Pero en Italia no sé si aguantaré a la prensa todo el día dándonos el coñazo. Yo no estoy acostumbrada a eso...

—Soy una persona pública, la gente quiere saber de mí, y tienes que tomarlo como lo que es: una manifestación de cariño. Yo de todas formas procuro no exhibirme en lugares concurridos, no frecuentaremos discotecas ni sitios parecidos, en eso puedes estar tranquila... Pero es cierto que acapararás el interés de la prensa al principio, querrán saber quién es la mujer que me ha robado el corazón.

—Dios mío, qué agobio, con lo tímida que soy yo...

—Yo hablaré, diré que eres la mujer más maravillosa del mundo y nos tomarán fotos cuando vayamos a algún lugar público... Una fiesta deportiva, algún acto benéfico o la inauguración de la exposición de algún amigo pintor... Nada más...

—Me dan pánico los flashes, esa exposición mediática... —confesó apoyando la cabeza en el pecho de Peter.

—Será en ocasiones contadas y te prometo que será divertido, además si te pones muy nerviosa nos encerraremos en cualquier cuarto y te haré el amor hasta que te desestreses...

Susan rompió a reír y luego miró a Peter mordiéndose los labios:

—De verdad que ojalá que fuera tan fácil... —dijo al fin.

—Me encantaría tener otra vida, nena, ser un chico normal que trabaja en una oficina, pero esto es lo que soy y no lo puedo cambiar.

—Y yo no quiero que lo hagas, eres el mejor en lo tuyo. Cada vez que te he visto con el balón me he quedado alucinada, haces magia con los pies, tienes un don y debes desarrollarlo al máximo. Pero entiende que tu mundo entraña una serie de cosas que a mí me agobian...

—¿Te agobian tanto como para tirar por la borda esto que tenemos? —preguntó Peter, preocupado levantando la barbilla de la chica para que le mirara a los ojos.

—Valoro lo que tenemos tanto o más que tú. Sé que esto que nos está

pasando es lo más hermoso que he vivido en la vida, pero ahora me pides que dé un salto para el que no sé si estoy preparada...

—Susan en la vida las cosas nunca son como deseamos, lo ideal es que todo salga a pedir de boca, pero no seas ingenua, la vida no es eso. La vida es un puro reto, cada día hay un obstáculo nuevo que vencer, y eso es lo que nos hace crecer... Nunca sabrás si estás preparada si no te lanzas...

Susan abrazó a Peter muy fuerte y cerró los ojos porque no quería seguir proyectándose hacia más adelante.

—Ahora solo quiero disfrutar hasta el último segundo que me queda de estar contigo. Ya pensaré mañana...

Peter la besó dulce en los labios, le acarició la espalda con cariño y luego susurró:

—No se trata de pensar, Sue, ya no hay nada que pensar. Se trata solo de sentir... ¿Tú qué sientes por mí? —preguntó Peter con el corazón latiendo con fuerza y los ojos brillantes de emoción.

Susan le dio tal beso en la boca que a Peter no le quedó ni la más mínima duda de lo que esa chica sentía.

Ahora solo faltaba que fuera capaz de saltar... solo se trataba de eso.

Capítulo 31

Después de despedirse de Peter en el aeropuerto, Susan se metió en un taxi en el que no paró de llorar...

—¿Se encuentra bien, señorita? —preguntó el taxista, preocupado.

—Sí, estoy bien. Gracias...

—Las despedidas en los aeropuertos son tristes, pero hay que pensar en lo bonito que va a ser el reencuentro.

—El problema es ese, el reencuentro... A veces cuesta tanto salir de la zona de confort... —reconoció Susan entre hipidos.

—Lo mejor de la vida siempre está al otro lado de lo conocido, si se queda donde está ahora mismo, le garantizo que se va a perder cosas increíbles —comentó el taxista, con un hombre gordo y de barba blanca que parecía Papá Noel.

—¿Y usted por qué lo sabe? ¿Es adivino o algo?

—Tengo ya mis años señorita, sé de qué va esta película que es vivir.

—Si llego a subirme a su taxi en diciembre habría pensado que es Papá Noel el que me está dando el consejo...

—Si le ayuda a tomar la decisión, piense que lo soy. *Hohohoho*.

Susan rompió a reír, se secó las lágrimas, luego respiró profundo y concluyó:

—La verdad es que la vida es sorprendente...

—Por supuesto que lo es, señorita, solo hay que saber mirar con los ojos del niño que fuimos, con ilusión, con curiosidad y con esperanza... Pruebe a hacerlo así y ya verá como la percepción de su mundo cambia...

Susan sonrió y le agradeció al taxista el consejo al tiempo que le llegó un wasap de Peter diciéndole que la amaba.

Susan suspiró y cerró los ojos, y no solo pensó en lo feliz que le hacía ese hombre, sino que lo sintió en lo más profundo de su corazón.

Luego, tras llegar a su destino y darle las gracias al taxista por sus sabios consejos, subió a casa donde le esperaba su abuela que estaba con un *Manual de Italiano para principiantes* sentada en el sofá...

—Abuela ¡no me lo puedo creer! ¿Estás aprendiendo italiano?

Susan besó a su abuela cariñosa en la frente y la abuela le devolvió el beso en la mejilla:

—Es lo que deberías estar tú haciendo también...

—¿Yo?

—¿Piensas ser la típica extranjera atolondrada que no se entera de nada? Pues yo no, lo siento, a mí me gusta ir por la calle y enterarme de todo. Ir al mercado y hablar con los dependientes, poder leer los letreros y enterarme bien, poner la tele y pillarlo todo...

—Abuela ¿estás hablando de irnos a vivir a Italia? —preguntó Susan que no daba crédito.

—¿De qué si no? Mira, cielo, la gente no aparece en nuestras vidas así como así, si Peter ha entrado en tu vida es porque tiene que estar en ella y para que eso suceda no podemos quedarnos en Seattle.

Susan miró alucinada a su abuela que no podía tener las cosas más claras...

—¿No te apena dejar nuestra ciudad, nuestra casa, nuestros amigos y conocidos?

—Puedo volver cuando me plazca, existe el Skype y el teléfono, incluso ¡puedo escribir cartas larguísimas que tarden dos semanas en llegar! Así que no, no me apena, lo que me apenaría sería que te quedaras sin vivir la maravillosa historia de amor que la vida te está poniendo en bandeja de plata.

—El avión del equipo de Peter sale en una semana, me ha pedido que viajemos con él y dice que podríamos estar de regreso en Seattle por

Navidades...

—Y tú estás muerta de miedo, por eso te has hartado de llorar... —dedujo la abuela que conocía bien a su nieta.

—Como para no tener miedo, abuela. Es un cambio muy grande...

—Las ocasiones buenas hay que cazarlas al vuelo, sin pensar, sin hacer caso al puñetero miedo, créeme Susan...

Susan sabía que su abuela era una mujer sabia y que todos los consejos que le daba eran siempre muy certeros, pero ella quería hacer bien las cosas.

Así que al día siguiente, llegó al trabajo y le contó todo a Daisy que escuchó el relato emocionada...

—Es la historia más preciosa de amor que he escuchado en mucho tiempo... —comentó Daisy retirándose las lágrimas de los ojos—. Vais a ser muy felices, Susan. Lo sé...

—Ya, pero ¿no te parece todo muy precipitado? Además, para la empresa es una faena que marche así, sin más...

Daisy arqueó una ceja y la miró con extrañeza:

—¿Me estás hablando en serio, muchacha?

—El avión del equipo de Peter sale en apenas una semana. En ese tiempo es difícil que encuentres sustituta.

—Te vamos a echar de menos porque eres una gran trabajadora, aparte de una chica extraordinaria pero la dirección y yo teníamos más que asumido que no ibas a jubilarte en el hotel. Tienes un futuro prometedor con tu carrera y ahora además tienes la posibilidad de desarrollarlo en otro país y con el hombre que amas. ¿Crees que vamos a hacer que lo demores unas semanas más hasta que encontremos alguien que esté a tu altura para suplirte? Yo al menos no lo voy a consentir...

—Ya, pero os hago una faena...

—Te equivocas la faena te la haces a ti misma... Los de Recursos

Humanos en cuanto les dé el aviso tardarán dos horas en encontrarme a otra chica y todo empezará de nuevo... Yo te echaré de menos, pero no imaginas lo feliz que soy de saber que la vida te dio todo lo que mereces.

Daisy con dos lagrimones enormes cayendo por el rostro se abrazó fuerte a Susan que también rompió a llorar...

—Cómo te voy a echar de menos, Daisy. Maldita sea...

—De maldita nada, que ya iré yo a verte a Italia que tengo unas ganas de conocer mundo tremendas...

—Y las vacaciones de Peter tenemos pensado pasarlas en Seattle, en Navidades estoy de vuelta.

Daisy se quitó una pulsera de oro que llevaba en la mano y le dijo a Susan:

—Toma, es para ti. Te va a dar mucha suerte.

—Daisy no puedo aceptarlo, es tu pulsera...

—Yo no la necesito ya, me la regaló una amiga bruja para que me diera suerte y ya la tengo...

—¿Hay algo nuevo que yo no sepa?

—¡Tengo salud, me voy a jubilar en unos meses y tengo la corazonada de que la vida me va a traer algo muy bueno muy pronto! ¿Te parece poco? No necesito más suerte, así que quédatela tú. Te protegerá y te traerá cosas buenas.

Susan aceptó la pulsera emocionada que Daisy le abrochó, mientras le hablaba:

—No seas boba y súbete a ese avión. Una nueva vida te está esperando y tienes que empezar a vivirla cuanto antes...

—Nunca tendré una jefa tan buena como tú —confesó Susan retirándose las lágrimas.

—¡Más te vale no tener ni una jefa más! Has estudiado muy duro como para volver a tener jefa, tú tienes que ser desde ahora la dueña de tu destino.

¡Se acabaron los jefes! A partir de hoy no hay más jefa que tú. Abre tu consulta que es tu sueño y lucha por ella hasta el final.

—¿De hoy? ¿Me estás diciendo que deje hoy mismo el trabajo? — preguntó Susan perpleja, porque tampoco estaba preparada para escuchar eso.

—Tienes demasiadas cosas que hacer, Susan. No pierdas ni un segundo más aquí. Todo lo que tenías que aprender de este lugar, ya lo has aprendido. Estás más que preparada para afrontar lo que viene. Sé que vas llegar muy lejos, sé que vas a montar una muy gorda allá donde vayas, y sé que te convertirás en una jefa excepcional...

Susan, llorando de nuevo, le replicó a su jefa:

—Deja de darme jabón, Daisy que me lo voy a acabar creyendo.

—Es la verdad, para ser un buen jefe hay que haber estado abajo dando duro el callo y tú lo has hecho y con creces. Además tienes talento y una capacidad de trabajo titánico. Así que lo tienes todo para triunfar, Susan. Nadie te va a parar, ¿estamos?

Daisy dijo esas palabras con tal determinación que a Susan no le quedó más remedio que asentir y afrontar de una vez su destino.

Capítulo 32

Una semana después, Susan y su abuela, se estaban subiendo al avión que iba a llevarlas a Italia. Iban cargadas de maletas porque después de todo era una mudanza, pero sobre todo iban cargadas de dos cosas que son imprescindibles en una aventura de ese calibre: ilusión y coraje.

Cuando Peter, que no sabía nada de la decisión que había tomado la joven y su abuela, las vio entrar en el avión tuvo que pellizcarse para no creer que estaba soñando.

Luego corrió hasta Susan a la que besó, con dos lagrimones enormes recorriendo su rostro...

—Dios mío, Susan, no puedo creerlo... ¡Estás aquí!

—Ella, yo y tropecientas maletas... —dijo la abuela entre risas.

Peter saludó muy cariñoso a la señora Brown y luego, después de presentarlas al equipo, acompañó a la abuela hasta un asiento libre que quedaba junto al entrenador.

Susan se sentó al lado de Peter, en la plaza libre que había dejado por si acaso acababa apareciendo en el último momento, como así había sido.

—Lo que llevo rezado para que al fin te decidieras... No he querido decirte nada estos días para que no pudieras pensar que te presiono...

Peter aclaró este punto porque esos días que habían estado separados no había mencionado el asunto de volar juntos a Italia para no agobiarla.

—Y yo pensando que tal vez habías cambiado de opinión.

Peter la miró pasmado y, revolviéndose el pelo de los nervios, replicó:

—¿No me digas que llegaste a pensar eso? O sea que es un milagro que estés aquí...

—Dale las gracias a mi abuela que siempre me devuelve la cordura cuando

me dan estos agobios estúpidos. Es que estoy muy nerviosa, Peter, jamás me he visto en una de estas y estoy que no me aclaro...

—Solo tienes que escuchar a tu corazón, nena. Nada más...

—Mi abuela me dijo que no fuera tonta, que tú no me decías nada porque no querías presionarme... Vamos, que mi abuela es muy sabia y yo... pues rematadamente tonta. El caso, es que ella empezó a preparar todo para el viaje, mientras en Seattle llovía a mares...

—A mí la lluvia me ha dado tregua en tu maravillosa ciudad, dicen que allí llueve mucho pero a mí no me ha llovido ni un solo día.

—Seattle te quiere mucho, porque nada más marcharte: descargó la mundial... El cielo lloró tanto como yo... Hemos pasado una semana de lluvias muy fuertes, pero justo hoy ha salido el sol...

—Por si quieres una señal más —dijo Peter cogiendo la mano de la chica y besándola.

Susan le miró, le dio un beso en los labios y susurró:

—Ya no necesito más señales, ni más nada. Estoy aquí porque te amo, Peter, con todas las consecuencias, hasta el final.

Peter la besó con dulzura y luego le acarició el pelo mordiéndose los labios.

—Qué ganas de hacer el amor, nena. He pasado una semana muy complicada sin parar de tener sueños húmedos contigo. No puedo estar sin ti, Susan, mi cuerpo te llama a gritos por las noches y mi corazón vuela siempre contigo, da igual dónde esté. Te necesito y te quiero demasiado...

Susan respiró hondo y le confesó al hombre de su vida, porque eso era Peter para ella:

—Ya estamos juntos, ya no vas a tener que conformarte con los sueños...

—Hasta que os he visto aparecer por esa puerta he estado roto de los nervios... Sé que era muy difícil cerrar una casa por unos meses y hacer una

mudanza en tan poco plazo, pero es que no puedo pasar ni un solo día más sin ti.

Susan resopló porque la verdad era que había sido complicado y sobre todo agotador dejarlo todo listo...

—Menos mal que hemos tenido la ayuda de la señora Williams, que por cierto se ha quedado con las plantas, que para mi abuela son sagradas. Nos las va a cuidar hasta que regresemos... Ella pasará todas las semanas a echar un vistazo a la casa, cosa que nos tranquiliza bastante.

—Eso es genial, *baby*.

—Traemos cosas que significan mucho para nosotras, libros, objetos y utensilios, pero de ropa muy poco.

—En Italia hay tanta moda, tanta ropa bonita, que es absurdo que cargues con trapos viejos...

Susan miró a Peter con el ceño fruncido y le regañó risueña:

—Oye que mi ropa es bien bonita, no son trapos viejos...

Peter se echó a reír...

—Más bonita eres tú. Pero tú me entiendes ¿no?

Susan asintió y siguió contándole sobre la mudanza:

—Hemos metido cosas que nos recuerdan de dónde venimos, quiénes somos... Bueno, mejor lo dejo que me estoy poniendo demasiado profunda para hablar de una mudanza. Jajajajajaja.

Peter la besó otra vez y luego la abrazó con fuerza:

—No te avergüences por expresar lo que sientes, Susan. Lo que dices es muy profundo y me hace todo el sentido. Me gusta que traigas cosas que te recuerden que eres Susan Brown, una chica luchadora y excepcional que ha peleado por todo lo que tiene. ¿Cómo no te vas a traer las cosas que tienen un gran significado para ti? Uno es de dónde viene también... Claro que tienes que ponerte profunda. ¡Es tu vida!

Susan sonrió aliviada porque Peter la entendiera, y es que ese hombre podía leerla como nadie:

—Pero ya estamos aquí, que es lo verdaderamente importante.

—¿Te ha costado mucho tomar la decisión?

—Te quiero, Peter. Deseo estar contigo tanto como tú, pero arrastrar conmigo a mi abuela a una nueva vida, dejar mi trabajo y mis cosas, a priori era muy complejo, pero ¡ha sido tan fácil! Estoy rodeada de personas que son formidables, mi abuela está aprendiendo italiano, Daisy me dijo que volara hasta ti, no puso ni una sola objeción, Ketty y Tommy están felices de que estemos juntos...

Susan suspiró con los ojos llenos de lágrimas y Peter apretó fuerte su mano:

—Ya está, Sue. Ya estás aquí, lo has hecho genial, como todo. Te prometo que no te vas a arrepentir de la decisión que has tomado. Has sido muy valiente y eso tiene siempre su recompensa. Voy a darte todo para que seas feliz...

—Lo soy, Peter. Solo con estar a tu lado, lo soy. Te quiero...

Tizziano de la Rosa, uno de los mejores defensas del mundo, que estaba sentado delante de ellos, escuchó a Susan decirle a Peter, alto y claro, que le quería y no pudo evitar ponerse de pie y gritar:

—Ey, equipo, que la chica le ha dicho que le quiere. ¡Un gran aplauso, por favor, y que vivan los novios!

No solo el equipo sino los familiares, la prensa especializada y los empresarios importantes que también viajaban con ellos en ese vuelo rompieron a aplaudir.

Susan no sabía dónde meterse, pero Peter la agarró por el cuello y la besó haciendo que los aplausos fueran más fuertes todavía.

Luego se puso de pie, les dio las gracias por el cariño y todo volvió a la

normalidad.

—Dios mío, qué vergüenza... —susurró Susan llevándose las manos a la cara.

—Los chicos son muy bromistas, son buenos tíos... Somos un gran equipo, la verdad...

—Esa es la razón por la que estoy aquí —confesó Susan con los ojos llenos de lágrimas.

—¿El equipo? —replicó Peter, arqueando una ceja.

—Sí. Recordé las palabras que le habías dicho a Tommy, y pensé en pleno agobio, cuando estaba aterrada por la indecisión, que qué era lo mejor para nosotros...

Peter la besó con fuerza otra vez, con ganas de quitarle la ropa y hacerle el amor ahí mismo, y le dijo emocionado:

—¡Somos un equipo, Susan! ¡Y esto es solo el comienzo! Ya lo verás...

Y justo en ese instante el capitán les informó por megafonía de que el avión estaba a punto de despegar...

Las vidas de Susan y Peter también, hacia un futuro tan prometedor como ilusionante...

EPÍLOGO

Susan y su abuela se adaptaron rápido a su nueva vida, Susan abrió la consulta y la tuvo llena desde el primer día, Peter marcaba goles como nunca y la felicidad era esa cosa que venía cada noche a abrazarles cuando se amaban hasta quedar exhaustos.

La vida les sonreía porque peleaban duro por sus sueños, porque se cuidaban y se amaban, y porque celebraban cada día el regalo de haberse encontrado.

Así que la historia de Susan y Peter, de cómo se conocieron y de cómo empezó un gran amor, debe ya terminar aquí.

La historia de todo lo que pasaron hasta que se celebró la boda un año después, de cuando llegaron los tres críos años más tarde y de cómo los vieron crecer sanos y felices, es otra historia.

Otra historia también muy hermosa...